

**Pablo:
imagen y
leyenda**

**JOSÉ LÓPEZ
SÁNCHEZ**



**Pablo:
Imagen y Leyenda**

**Pablo:
Imagen y Leyenda**

José López Sánchez

Presentación, notas y apéndice
Idania Trujillo y Elizabet Rodríguez

Prólogo
Víctor Casaus

Ediciones *La Memoria*
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
La Habana, 2003

Edición: Idania Trujillo de la Paz
Diseño y cubierta: Héctor Villaverde
Emplane computarizado: Carlos F. Melián López

© José López Sánchez

© Sobre la presente edición:
Ediciones *La Memoria*

Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*, 2003

Impreso por:

ISBN: 959-7135-
Ediciones *La Memoria*

Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
Calle de la Muralla N° 63, La Habana Vieja,
Ciudad de La Habana, Cuba
Apartado 17012, Habana 17, C.P. 11700, Ciudad de La Habana
Correo electrónico: centropablo@cubarte.cult.cu
Sitio web: www.centropablo.cult.cu www.centropablo.org

CENTRO CULTURAL



P A B L O
de la Torriente Brau

A Ruth y Zoe de la Torriente Brau.
A Carmen, mi compañera.
A mi hija y nietos.
A Aleidita Guevara.

A modo de presentación

Una fría y plomiza tarde de noviembre de 1998 tocamos a la puerta de la casa marcada con el N° 264. Un señor de avanzada edad, rostro sereno e inquisidores ojillos preguntó, en tono cortante y seco, el motivo de nuestra visita. Casi al unísono respondimos: «Vinimos a hablar de la guerra de España, doctor, nos han dicho que usted estuvo allá y conoció a Pablo de la Torriente Brau en Cuba.» Aquella frase, pronunciada con energía pero al mismo tiempo con ingenua dulzura, fue el «ábrete sésamo» que nos permitió entrar en esa especie de territorio sagrado de la memoria de un hombre y una generación, como cariñosamente le nombramos.

Es posible que este no sea un texto paradigmático en el estricto término en que la academia ubica al género testimonio; puede, incluso, abusar en descripciones e interpretaciones sobre hechos y situaciones históricas, personajes, vivencias... Sin embargo, es un libro auténtico pues no escamotea verdades ni edulcora errores. Está impregnado de ese espíritu irreverente y soñador que marcó a una generación de jóvenes de la que Pablo fue, al decir de su entrañable Raúl Roa, «el más talentado mozo...».

El autor de este volumen no es un literato profesional. Es un hombre que ha creado una obra caracterizada por la originalidad, el rigor científico y la profundidad analítica que ha tenido un valor fundacional para la historiografía de las ciencias en Cuba, en especial para la medicina. Su afilado humor, acendrada cultura y sensibilidad, sentido de la responsabilidad y el patriotismo le llevaron a representar a nuestro país en varias misiones diplomáticas.

El Pablo que aquí nos muestra López Sánchez fue el que conoció en las tánganas estudiantiles, bajo la bonachona sombra del Patio de los Laureles de la Universidad de La Habana, en las asambleas depuradoras, las tertulias literarias, como las del escritor cubano Carlos Montenegro, donde se discutía de política, arte, filosofía y ciencia; se comía y bebía y nunca faltaba el buen chiste, la conversación picante y el choteo criollo de diverso matiz casi siempre contra el desgobierno.

Como representante del estudiantado cubano, primero y, luego, delegado del Partido Comunista de Cuba ante el Comité Central del Partido Comunista Español, López Sánchez participa entre 1937 y 1938 en varias misiones como corresponsal de guerra en España. Conoce a Valentín González, El Campesino, jefe militar de Pablo en el frente de Madrid; al comandante cubano Policarpo Candón; al músico trinitario Julio Cuevas y a otros revolucionarios cubanos también combatientes que habían ido a España a defender la República. Ellos le contaron muchas de las anécdotas de Pablo miliciano y comisario político. El autor asume, entonces, el papel de doble testimoniante al devolvernos, mezclados, sus propios recuerdos con los de aquellos hombres que, junto a Pablo, batallaron en los frentes de guerra.

No pudo resistir tampoco El Profe la fascinación de escribir, en un sintético paralelismo, sobre Pablo y el Che, a quienes califica, sin ningún viso peyorativo, como románticos de la Revolución. A ambos conoció y admiró.

Obstinado y persistente, como un niño que cree haber encontrado nuevamente, a los noventa y dos años, el impulso para echar a volar su imaginación y recordar también —¿por qué no?— sus pequeñas hazañas, López Sánchez, nos entrega en este libro la visión humana, vehemente y sincera del Pablo que conoció, de la heroica y hermosa época de los años 30 del siglo XX—que fue también la de su juventud— con la pasión y, a veces, la exagerada meticulosidad con que un médico, anuncia el alumbramiento de un hombre nuevo.

Idania Trujillo y Elizabet Rodríguez
La Habana, octubre de 2002

Prólogo

Imagen, leyenda y homenaje

Este libro pertenece, por derecho propio, a la Colección Homenajes que las Ediciones La Memoria del Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau iniciara dos años atrás con la Historia de las doctrinas sociales de Raúl Roa.

En aquel caso se trataba del rescate de un libro publicado por primera y única vez en 1949, que fue utilizado como texto de estudios por la generación entonces emergente y que nos revela hoy, a pesar del tiempo transcurrido, el estilo y los valores indiscutibles de su autor, una de las figuras luminosas del pensamiento y la acción revolucionarios dentro del siglo XX cubano.

En este caso, tenemos ante nosotros, gracias a la lucidez, la memoria y el tesón del doctor José López Sánchez, esta imagen y leyenda de Pablo de la Torriente Brau, escrita con apasionado fervor juvenil por su autor, quien nos confiesa en algún momento de su narración: «Para quien ha vivido 92 años los recuerdos cobran una dimensión más sólida e intensa.»

Los recuerdos, efectivamente, se encuentran en el centro de la concepción de este libro apasionante. Sin ellos, su estructura poliédrica no podría sostenerse y no se produciría ese sugerente balance entre memoria y ensayo, entre testimonio y análisis. Su autor no vacila en definirlo, en sus palabras proemiales, como «un ensayo político más que literario», aclarando que «no es biográfico ni historicista, aunque aparecerán algunos elementos cuando la oportunidad lo reclame. Se trata de una disquisición» y «aspira, eso sí, a ofrecer testimonio de hechos y personalidades que guardan relación con el actor principal de la historia en el tiempo y en los escenarios en que se desarrolló su vida y ocurrió su muerte».

Para recorrer a saltos iluminadores la vida de Pablo de la Torriente Brau, López Sánchez se afina en su situación privilegiada, que felizmente ha decidido compartir con nosotros, sus lectores: haber sido contemporáneo, compañero y amigo de Pablo y de muchas de las figuras mencionadas en este libro. Juntos, el narrador-participante y el personaje-testimoniador nos proponen un viaje de maravilla y análisis que arranca en Puerto Rico, en el primer año del siglo pasado y termina (para continuar en realidad, de otra forma, como el autor nos propone

con el texto mismo) en la España republicana y agredida de 1936, cuando el periodista y comisario cae combatiendo en los alrededores del Madrid asediado.

Dentro de ese viaje —metáfora sugeridora y activa de la vida del personaje— ocurre su iniciación en la lucha y en la literatura al mismo tiempo, al filo del año clave de 1930; se sufren cárceles y exilios; se renueva, con sus textos memorables («105 días preso», «Tierra o sangre», «La isla de los 500 asesinatos») el periodismo de la época; se adelanta, con el libro *Presidio Modelo*, el advenimiento del testimonio moderno dentro de nuestra literatura; se viven, junto a los fundadores de ORCA, los intentos de crear un frente único que salve la revolución perdida o aplazada en la primera mitad de la década del 30; se acompaña al personaje principal de esta historia en su sueño de irse a España, «a la revolución española», a «aprender para lo nuestro algún día»; se conocen pormenores de su muerte en Majadahonda, cuyas consecuencias para nuestras letras resume López Sánchez en esta acertada frase: «Con la desaparición de Pablo se perdió el mejor paradigma del testimonio de la guerra de España.»

Como se aprecia al terminar de leerse el párrafo anterior, esta nueva obra de José López Sánchez podría venir acompañada de aquella advertencia whitmaniana: «Compañero, esto no es un libro. Quien lo toca, toca a un hombre.»

Resulta importante y aleccionador que la imagen y la leyenda que da origen al texto —la vida y la obra de Pablo de la Torriente Brau— sean mostradas por el autor a partir de un criterio que compartimos desde siempre, porque hace justicia, precisamente, a la autenticidad y a la grandeza de gentes como Pablo, quien escribió, a propósito de Rubén Martínez Villena: «Ningún héroe es verdadero si no es más grande en la muerte que en la vida. Si no queda más vivo que nunca después de su muerte.»

López Sánchez retoma esa definición pablana y propone el siguiente comentario: «Sólo después de la muerte el hombre es grande si el pueblo lo recuerda. Los halagos en la vida son como los fuegos fatuos; duran hasta que sople la primera brisa del nuevo amanecer.»

Pablo, quien escribió: «ni me interesa ni creo en el “hombre perfecto”. Para eso, para encontrar eso que se llama “el hombre perfecto”, basta con ir a ver una película del cine norteamericano», aparece en este libro en su exacta dimensión de héroe de su tiempo, de nuestro tiempo: creo que también del tiempo que vendrá. La vocación indagadora y humana que anima esta obra de López Sánchez, lo lleva a incluir un quinto capítulo en el que relaciona las personalidades formidables de Pablo y Ernesto Che Guevara, dos «románticos de la Revolución», cuyas «vidas son comparables y paralelas en la historia»: «lo que más los identifica es su pensamiento y devoción a la humanidad».

A ellos también el autor propone aplicar un canon que los defina como personajes populares y nuestros, héroes posibles y animadores de utopías, que convezan con la magia terrenal de sus acciones y con la ética de su pensamiento: «Traspasaron el umbral de su tiempo no como héroes marmóreos, sino como hombres que vivieron intensamente, lucharon, amaron, sufrieron decepciones y gozaron la vida por sobre la mediocridad, las falsas apariencias o las derrotas.»

Para construir la imagen y la leyenda de Pablo en este libro, López Sánchez utiliza la narración en primera persona como testimoniante privilegiado de aquel período e incluye citas de entrevistas inéditas realizadas al comandante Policarpo Candón y a Valentín González, El Campesino, jefes de Pablo en la Guerra Civil Española. El autor también reconstruye diálogos del cronista y de otros personajes, a partir de sus recuerdos. Este recurso, que puede resultar discutible, porque descansa únicamente en la memoria del autor, ha sido utilizado con mesura e inteligencia a lo largo del texto: la fiabilidad exacta del diálogo es menos importante que el valor del testimonio directo que está aportando este testigo excepcional.

Como ejemplo de reconstrucción de anécdotas inéditas o poco conocidas, vale citar aquella en la que el venezolano Carlos Aponte dispara con su pistola, desde la Universidad, contra los carros de la policía que rondan incesantemente la colina, hecho que ni el propio Pablo probablemente conoció, según comenta el autor. Otro tanto ocurre con la entrevista secreta que

López Sánchez sostiene, en nombre del Partido Comunista, con el líder revolucionario Antonio Gúiteras, para discutir sobre la inminente huelga de marzo de 1935.

En este sentido el libro aporta a sus lectores una rica gama de contextos y atmósferas, dentro del candente panorama social y político que narra. El autor se incorpora a sí mismo como testificante para entregar descripciones enriquecedoras de los hechos que la historia ya ha incluido en sus anales. Véase, entre otros, el tema relacionado con los preparativos de la huelga de marzo. Entre las cosas que debemos agradecer a López Sánchez al entregarnos esta imagen y leyenda de Pablo es esa capacidad de evocación que le permite extraer de sus recuerdos estas precisas narraciones, en un proceso que él mismo ha descrito con palabras en las que conviven las confesiones y la poesía: este libro «me ha obligado a elevarme hacia las silenciosas alturas de mi memoria en aquellos años de estudiante cuando salíamos a combatir a “la porra” en la calles y luego enamorábamos a las muchachas bajo la luz de las estrellas».

Esa vocación documental del autor convive con su filo ensayístico: el fracaso de la revolución del 30; la represión desatada por la huelga de marzo; los aciertos y desaciertos de las principales fuerzas políticas de la época que pugnaban, desde ópticas y tácticas diferentes, por transformar la realidad social cubana —el Partido Comunista, el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), el Directorio Estudiantil Universitario, Joven Cuba, ORCA...—, son analizados en el libro, mientras se desarrolla su discurso testimonial. En ese sentido también debemos agradecer la aparición de este texto, porque puede propiciar el debate, entre especialistas y lectores interesados en el tema, acerca de momentos de la lucha revolucionaria de aquellos años sobre los que aún no se ha dicho la última palabra —si esta existe en realidad.

Las apreciaciones y valoraciones del autor, realizadas desde su óptica de militante comunista, como «cuadro dirigente del Partido» en aquella coyuntura, no deben ser tomadas como esa última palabra. Pero exponerlas y publicarlas, con honestidad y transparencia, sin duda puede acercarnos, a través del debate, a una mayor y mejor comprensión de muchos de aquellos acontecimientos y procesos. Este saludable y útil propósito parece estar entre los objetivos iniciales de López Sánchez cuando nos advierte al inicio del libro: «Es posible que esta narración no produzca un equilibrio en el alma del lector, pues se moverá entre agudas ansiedades y el estremecer doloroso de personas y colectividades humanas.»

Aunque el autor defina esta obra como «un ensayo político, más que literario», los pablianos que en el mundo somos debemos agradecer también la información que el texto ofrece sobre esa faceta cenital de la vida de Pablo: el periodismo, la literatura, y dentro de esta específicamente el testimonio. López Sánchez aborda el tema desde varios ángulos: describiendo y analizando la labor del cronista, renovador de los lenguajes al uso en la prensa de la época; y subrayando la obligación «moral» que ese cronista asume en relación con su obra (en especial, a través del libro *Presidio Modelo*) y con sus futuros lectores.

Entre los ejemplos que esta imagen y leyenda de Pablo ofrecen al lector se encuentran los textos seleccionados por López Sánchez para mostrar el nivel de elaboración literaria de los textos periodísticos del cronista, aún cuando estos hayan sido escritos bajo la presión de intensas urgencias informativas y políticas. Esta descripción tomada de «Tierra o sangre», desde sus ecos martianos, lo confirma: «La naturaleza es el gran libro de la superstición campesina, que encuentra en ella todas las grandes fuerzas incontrolables: la luz, la noche, la germinación, la tempestad y el silencio.»

El tema de las luchas campesinas y la denuncia de la situación carcelaria del país, que había sufrido en carne propia, fueron dos de los temas mayores de la obra periodística de Pablo durante el período, sobre todo desde la fundación del periódico *Ahora*, donde fue reportero estrella, a partir del 10 de octubre de 1934. López Sánchez resume así la intensidad de la labor del cronista: «Pablo supo, como ningún otro escritor de su época, desnudar el verdadero rostro del crimen. Sus personajes de presidio tienen esa rara y poco común capacidad de provocar, a un tiempo, repulsión y lástima, odio y vergüenza.»

No es difícil advertir la admiración, que compartimos, por la calidad expresiva de la obra de este cronista incesante, capaz de combinar el ritmo apremiante de la prensa diaria con las

altas exigencias estéticas. Como propone López Sánchez, «habría que adentrarse bien en la intensa producción pablana de ese período para percatarse no sólo de la abundancia de su creación sino de su capacidad para analizar la realidad que lo circunda».

Esa capacidad de análisis llevó al autor a la concepción y escritura de un libro fundamental del género testimonial en nuestro continente: *Presidio Modelo*, terminado en 1935, en su exilio neoyorquino, y que no vería la luz hasta la segunda mitad de la década del 60. La «obligación moral» de publicarlo, para culminar un ciclo que el autor entendía como imprescindible, convirtió esa tarea de gestión editorial en una de las principales obsesiones de su vida después de exiliarse por segunda y última vez en Nueva York, en medio de la represión desatada en Cuba después del fracaso de la huelga de marzo de 1935.

El motivo principal del exilio de Pablo tiene que ver, pues, nuevamente, con el compromiso de preservar la unidad entre palabra y hechos, entre ética y estética que animó su labor y su existencia. El cronista había denunciado en el periódico *Ahora* a los autores del asesinato de dos estudiantes revolucionarios. Durante el juicio, el principal testigo, intimidado por las amenazas, negó sus declaraciones hechas al cronista semanas atrás. Atrapado en aquella coyuntura por haber ejercido la denuncia y defendido la verdad, Pablo logra escapar de sus perseguidores marchando al exilio y de ahí, tras una decisión iluminadora y tajante, un año y medio después, a la Guerra Civil Española, que había estallado en julio de 1936.

Sobre este capítulo final de la vida del cronista, el libro de López Sánchez aporta también información y análisis. Llegado a España, con tareas de su partido, meses después de la muerte de Pablo, López Sánchez fue corresponsal del periódico *Al Ataque*, órgano de la Primera Brigada Móvil de Choque, comandada por Valentín González, *El Campesino*, y de la que Pablo era comisario político en el momento de su muerte en combate en Majadahonda, a escasos doce kilómetros de Madrid.

A López Sánchez debemos el importante testimonio personal sobre el ingreso de Pablo en las filas del Partido Comunista en España poco antes de su muerte. Los documentos oficiales que probaban este hecho, junto con otras pertenencias personales del cronista, se perdieron durante un bombardeo fascista al tren en que viajaba López Sánchez. El autor de este libro, que fue testigo también de la admiración que el recuerdo de Pablo despertaba entre los combatientes de su unidad, dejó constancia de aquel hecho histórico en carta dirigida a las hermanas de Pablo, que ahora incluimos en el apéndice de este libro, junto a otro texto del autor, testimonios, fotos y un breve índice onomástico.

En sus trabajos periodísticos Pablo hizo la semblanza de muchos de sus compañeros de lucha: Mella, Rubén, Guiteras, Barceló, Trejo. Ahora José López Sánchez ha hecho esta amplia y analítica semblanza de Pablo en su libro, donde nos entrega su imagen y su leyenda. Homenaje dentro del homenaje, este prólogo está dedicado a aquellas figuras extraordinarias, para quienes Pablo también escribió al referirse al autor de *La pupila insomne*: «Rubén fue uno de los hombres que no terminan.»

«Para no olvidar su hermoso gesto solidario y para que su tremenda existencia sirva de inspiración cotidiana», nos dice ahora López Sánchez, ha sido escrito este libro de memoria y análisis, de testimonio y ensayo sobre Pablo de la Torriente Brau.

El autor ha sido consecuente con su historia personal, con su larga trayectoria política e intelectual, al entregarnos este libro de juventud con la imagen y la leyenda de Pablo en sus 92 años de edad, en sus 70 años de militancia revolucionaria. Diplomático de la Revolución Cubana, científico e historiador de las ciencias médicas, galardonado muchas veces por su trabajo profesional, reciba con la edición de este nuevo libro suyo, aquel mensaje de cariño y de admiración que nuestro Centro Cultural le hizo llegar en 1997, junto con el Premio que lleva el nombre del cronista:

A José López Sánchez, contemporáneo de Pablo y nuestro, por sus aportes a la lucha y a la ciencia, en el sexagésimo aniversario de su participación en la Guerra Civil Española.

Al publicar este libro y al escribir estas palabras que anteceden su lectura, compartimos con López Sánchez, con el doctor, con Pepe, esta frase suya, que le pertenece doblemente: «No miento si digo que la manera más hermosa —tal vez la única con que a Pablo le hubiera gustado que se le nombrara— es en la brega constante por la vida.»

Víctor Casaus

Palabras proemiales

Lo que va a exponerse en este libro es un ensayo político más que literario. No es biográfico ni historicista, aunque aparecerán algunos elementos cuando la oportunidad lo reclame. Se trata de una disquisición. Si bien no alcanza madurez intelectual, cariz filosófico o conexiones integradoras, aspira, eso sí, a ofrecer testimonio de hechos y personalidades que guardan relación con el actor principal de la historia en el tiempo y en los escenarios en que se desarrolló su vida y ocurrió su muerte.

Es posible que esta narración no produzca un equilibrio en el alma del lector, pues se moverá entre agudas ansiedades y el estremecer doloroso de personas y colectividades humanas.

Las explicaciones o análisis de las ideas y acontecimientos que aquí se ofrecen intentan fundamentarse en la teoría marxista y en la valoración del papel del individuo en la historia, aunque puede ocurrir que no se alcance la fidelidad lógica, bien por escasez de conocimientos o falta de información adecuada, por tal motivo acudiré, en lo fundamental, a la memorización de los recuerdos y experiencias vividas, y a la bibliografía que durante años he consultado.

El centro de la historia que ahora ofrezco al lector es la personalidad de Pablo de la Torriente Brau a quien conocí en los avatares estudiantiles de los años 30 del pasado siglo; mozo impetuoso y rebelde, una de las inteligencias más preclaras de su generación, participante y cronista de las luchas en Cuba y también en la guerra revolucionaria de España —una especie de relámpago que dejó ver más las pretensiones que las reales posibilidades de una nueva sociedad humana.

En mi ayuda vendrán algunos contemporáneos, que por una u otra razón, participaron o tuvieron acceso al conocimiento en los quehaceres de esta lucha conocida por algunos como guerra civil, nombre impropio pues lo que tuvo lugar en España fue una guerra revolucionaria; alto y necesario exponente de la lucha de clases en una época determinada que alcanzó magnitud de contienda nacional revolucionaria; dirigida por un Frente Popular, integrado por fuerzas democráticas, con una ideología de compromiso cuya aspiración era establecer un régimen en favor de las más amplias capas de la población.

Es posible que algunos historiadores traten de encontrar semejanza con algún movimiento revolucionario precedente, en especial con La Comuna de París. Sin embargo, la guerra de España no tiene comparación con ningún otro acontecimiento pues no fue únicamente proletaria —si bien el proletariado fue su columna dorsal— sino una alianza entre obreros, campesinos, pequeña y mediana burguesía con respeto para todas las opiniones y credos. Baste decir que la coalición del Frente Popular fue el resultado de una estrategia delineada por los comunistas.

Si alguna identidad se quiere establecer con otra situación histórica es la surgida tras la derrota fraguada por la traición de las grandes naciones para colaborar con el nazi-fascismo. Puede haber alguna semejanza entre Thiers y Franco.

La similitud entre las diversas fuerzas del Frente Popular radicó, más bien, en el sustantivo común de sus personalidades con un espectro amplio de ideas, tanto en lo ideológico como en lo

táctico militar. Sus múltiples expresiones se sintetizaron en una tipicidad en el pensar y el actuar.

En los libros *Contemporáneos*¹ y *Pablo: con el filo de la hoja*² se describen rasgos de su personalidad humana y política así como del proscenio histórico en el que alcanzó heroicidad paradigmática.

El propio Pablo comunicó en cartas y crónicas lo que aconteció en su período vital, testimonio reunido en los volúmenes: *Cartas cruzadas*,³ de Víctor Casaus y *Pluma en ristre*,⁴ compilación realizada por su entrañable amigo Raúl Roa. Estos autores, como otros que aparecerán en el curso de esta disquisición, dan a conocer los sueños inconclusos de aquella brava generación, que en el marco histórico de su tiempo, constituyó una potencia creadora, una leyenda que trascendió su propia historia e incluso su propia leyenda; fue capaz de crear un mundo de ilusiones dominadas por las más violentas pasiones, la justicia, el sacrificio, la moralidad, la ética, y la adhesión y respeto a la verdad humana; una constelación de revolucionarios que llenó todo el tiempo que va desde 1930 hasta 1959, en que culmina la epopeya con la Generación del Centenario.

No se ha abarcado aún en su totalidad la historia de aquellas acciones, las personalidades y el conjunto de las nuevas e incontenibles ideas que, desde los años 20, habían trazado el camino de la revolución. Sólo han aparecido algunos ensayos de figuras míticas como las de Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena. De todos los que integraron la generación del 30, Pablo es un arquetipo. De paso diré que Raúl Roa, Juan Marinello, Ladislao González Carbajal, y luego, Carlos Rafael Rodríguez, no fueron sólo entes pasivos que con agudeza han dejado escritas páginas y relatos; ellos mismos son personajes activos de la historia, de los acontecimientos que desbordan casi medio siglo XX. Sus experiencias vitales marcaron una etapa de convergencia de la ideología mambisa y el marxismo; fueron escultores del pensamiento revolucionario cubano.

La guerra revolucionaria de España fue un atrayente foco para la voluntad internacionalista de muchos cubanos. Con entera independencia del llamamiento de la Internacional Comunista, los hombres, particularmente los comunistas, fueron por voluntad y medios propios a escalar las montañas nevadas de los Pirineos en busca de los frentes de combates.

Desde Cuba, tras soportar los rigores de una lucha perdida, y aún sin reponerse de las heridas dejadas tras la huelga de marzo de 1935, hombres y mujeres marcharon en número casi de mil y en suelo español mostraron ardor, valentía y sacrificio. Pablo de la Torriente Brau es el símbolo más acabado de aquellos internacionalistas. Su vida fue hoguera y fontana. Fue a España a servirla y a aprender para su deber con sus dos patrias: Cuba y Puerto Rico.

Pero la participación de Pablo en la guerra revolucionaria de España, en gesto absolutamente desprendido y personal, no fue una representatividad individual; en él se resumen las ansias y motivaciones de toda la juventud de su época. Él fue un buido intérprete del más puro internacionalismo.

En estas páginas ofrezco, sobre todo a los jóvenes, la imagen y la memoria del Pablo que yo conocí, cronista y participante de los más significativos acontecimientos de su tiempo; su trayectoria vital en las letras y en la revolución.

El Autor

Capítulo I

El pequeño Torriente

Raúl Roa García, el más íntimo y apreciado amigo de Pablo, le pidió a Loló de la Torriente que escribiera una biografía sobre el entrañable amigo a quien calificó como el «mayor talento frustrado de nuestra generación»; pero aclara «frustrado por la muerte». De inmediato Loló comienza la tarea, consciente de la importancia que tamaña empresa significaba para la vida de ambos revolucionarios. Roa y Pablo, vale la pena recordarlo, compartieron además de una profunda e intensa amistad, hazañosas utopías. Y esa paradigmática amistad fue creciendo en la medida que la individualidad de cada uno fue haciéndose más firme y propia, como en el caso de José Martí y Fermín Valdés Domínguez, o de Carlos Marx y Federico Engels. Cada uno desempeñó la tarea demandada de su pensamiento y su accionar político.

Pablo nació en Puerto Rico en la noche del 12 de diciembre de 1901. Escribió Loló de la Torriente que aquella noche fue relampagueante y tormentosa y como es de rigor en estos casos, él asumió en vida las características de la naturaleza, el ímpetu, el desbordamiento, la generosidad y la palidez amorosa de la luna, oculta por el raudal de las lluvias y la preñez de las nubes.

Su nombre completo fue Pablo Félix Alejandro Salvador de la Torriente Brau, hijo de Félix de la Torriente Garrido — nacido en España en la casa solariega de los Torriente, en Hermosa, Santander— pedagogo y director de diferentes centros de estudios; su madre, Graciela Brau, hija predilecta del periodista Salvador Brau. Los datos de la familia están recogidos en un folleto escrito por Zoe, hermana de Pablo, quien cuenta: «Es en Puerto Rico donde se inicia la formación del carácter y la orientación moral de Pablo a la sombra de su abuelo materno[...] Ha tenido Pablo la suerte de heredar de Salvador Brau talento, virtudes, morales y aficiones literarias y artísticas[...]»⁵

Más de una vez se ha relatado y no pierdo oportunidad de repetir, una anécdota inicial de *Batey*, su primer libro, donde cuenta que frente a su casa se erguía una de las estatuas de Colón, «[...]en que aparece siempre encaramado en un palo de mármol, con la mano sobre los ojos, como si el Almirante hubiera sido un infeliz grumete y comprendo que esto me va a traer mala suerte cuando sea famoso[...]»⁶ y burlonamente enfatiza: «Mi nacionalidad es otro lío[...]»⁷

Pasó su niñez en las islas de Puerto Rico y Cuba pero no pudo prever que, como voluntario de la libertad, también le correspondería la nacionalidad española.

Soy testigo, como todos sus amigos, del ardor con que exigía que se le llamara Torriente Brau. Al respecto hay una anécdota que debe recordarse como testimonio de lo que para él significaba su apellido Brau.

El Ala Izquierda Estudiantil había promovido una asamblea general en el anfiteatro del hospital *Calixto García* en apoyo a la lucha que libraban los campesinos en Realengo 18 para impedir que le robaran sus tierras. Pablo le pidió a Lino Álvarez, presidente de los realenguistas, que viajara a La Habana con él para divulgar la lucha y así recabar ayuda de los medios de prensa capitalinos. Lino se disculpó pues sus deberes se lo impedían en ese momento. No obstante, nombró a Gil Hierrezuelo, su segundo en el mando, quien para asumir la tarea se hizo acompañar de un joven campesino.

⁵ Zoe de la Torriente Brau. *Pablo de la Torriente*. La Habana, Editorial Pablo de la Torriente, 1995, p. 12.

⁶ Pablo de la Torriente Brau. *Cuentos completos*. La Habana, Ediciones *La Memoria*, Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*, 1998, p. 41.

⁷ *Ibidem*.

Según cuentan fue una asamblea entusiasta donde habló Hierrezuelo y fue grandemente ovacionado. A continuación usó de la palabra el joven que al referirse a Pablo en términos elogiosos por su solidaridad, lo llamó Pablo de la Torriente y Bravo. Cuando finalizó, este le dijo: «Lo de Pablo está bien, lo de Torriente no me disgusta, pero no es Bravo, sino Brau que es el apellido de mi madre y de mi abuelo, del que vivo muy orgulloso y me recuerda a mi patria

irredenta.» La escena prueba inequívocamente el amor filial y patriótico de Pablo a su tierra natal.

En 1903 y acompañado por Don Félix viaja a España a ver a su abuela Genara quien había sufrido la muerte de su esposo. Zoe de la Torriente cuenta que Pablo quedó muy impresionado de aquel país, al cual quería volver algún día. Finalmente se cumplió su destino: Pablo regresó con la guerra y quedó envuelto en el sudario de la gloria por los destinos de la humanidad.

De España viajan a La Habana. Durante el tiempo que estuvo la familia en esta ciudad, Pablo asiste a una escuela en la Quinta de los Molinos y aprende a leer en el libro de Martí *La Edad de Oro* que le envía su abuelo Don Salvador desde Puerto Rico.

Regresa a Borinquen con su madre y las dos hermanas, mientras el padre permanece en Cuba pero un hecho político, la segunda intervención yanqui, obliga a Félix de la Torriente, quien ha quedado cesante, a viajar a Puerto Rico donde permanece por un tiempo. Al volver a la mayor de las Antillas regresa a Santiago de Cuba como profesor de los Colegios Internacionales de El Cristo. En 1909 se reúne nuevamente la familia en Cuba. Pablo cumple ocho años. Sus hermanas son Graciela y Zoe, años después nacen Lía y Ruth.

La primera gran ambición de Pablo es ser marino, llegar a Almirante, pero no por vanidad sino para luchar por la independencia de su país sojuzgado por el imperialismo norteamericano.

Los Torriente Brau son una familia de prosapia patriótica y antimperialista. Santiago de Cuba es cuna de héroes, y lo digo sin temor a que algún miope me llame regionalista pues viví mi adolescencia en esa ciudad en la tercera década del siglo XX.

Santiago de Cuba conservaba, como ninguna otra ciudad de la Isla, un apego fervoroso a las tradiciones patrióticas, amor y respeto por sus sobrias y respetuosas costumbres. Todavía alboreaban sobre las montañas que rodean la ciudad los recuerdos de las proezas mambisas que debieron haber influido en la mente de Pablo tanto como en la mía.

En esa ciudad del oriente cubano viví y estudié entre los años 1923 y 1927. Primero en el Colegio Juan Bautista Sagarra del que era director el esclarecido maestro e insigne patriota, Luis María Busch, a quien debo mis estudios de primaria. Aquel era un colegio sui generis, tenía un régimen semi-militar en el que los alumnos vestían chaqueta y pantalones largos —verdadera innovación en su tiempo— y se les concedían grados militares por méritos docentes a los mejores estudiantes. Otra útil novedad eran las lecturas sabatinas de libros históricos. Aquel colegio sólo tenía matrícula restringida. Don Luis era un libre pensador, propagandista de la revolución francesa; llevaba a sus alumnos a los exámenes de ingreso al Instituto y todos aprobaban.

Además del *Juan Bautista Sagarra*, el único colegio laico en Santiago, existía el de los jesuitas y los hermanos La Salle; las Escuelas Internacionales de El Cristo de gran prestigio pues la enseñanza era liberal y no tenía carácter religioso. Allí cursó estudios Pablo de la Torriente. En aquellos tiempos el problema religioso era muy sensible y contradictorio por la fuerte influencia de la masonería.

Pablo sintió especial interés por conocer las peculiaridades patrióticas que enardecían su imaginación y sensibilidad humana, quizás en esto residió el estrecho vínculo que nos unió.

Cuando aprobé mi examen de ingreso, en contra del parecer de mi madre, opté por el Instituto ubicado en aquel entonces en la casona de la Loma del Intendente. Aquella decisión resultaba algo rara pues al Instituto sólo iban alumnos blancos e hijos de gente pudiente provenientes de los colegios religiosos.

Si he intercalado aquí parte de mi vida es porque, hasta cierto punto, puede dar una idea del medio en que se desarrolló la adolescencia de Pablo, como también la de su amigo José Elías Borges, Pepe Elías, así de sencillo para sus amigos, hijo de familia acomodada, rebelde y comunista. Fue su más entrañable compañero de aquellos días en Santiago, un joven que escalaría el camino de la lucha revolucionaria hasta la muerte.

Una afición común unía a la juventud de entonces: la lectura de libros de aventuras. El deporte se practicaba en forma muy reducida. Había verdadera pasión por la pelota (béisbol),

pero lo que dominaba a aquella muchachada eran las heroicidades de los protagonistas de las novelas de Emilio Salgari y Julio Verne.

La enfebrecida pasión de Pablo por las aventuras, en especial las relacionadas con el mundo marino, lo llevó a leer *Viaje alrededor del mundo de un naturalista*, donde Carlos Darwin relata sus investigaciones sobre la fauna marina, apuntes que luego darían origen a la teoría sobre la evolución de las especies. El viaje realizado por el famoso naturalista en el viejo barco *Beagle* resultó de tanto atractivo para Pablo que impresionado por el relato me comentó en una ocasión que aquel libro lo había maravillado por las cosas que contaba sobre los animales marinos. Lejos estábamos entonces de aquilatar lo que aquella travesía investigativa traería para la evolución del pensamiento humano.

En esa época Pablo se convierte en voraz lector. Su imaginación se ensancha y siembra en él la creencia de que la lectura es el medio idóneo para adquirir conocimientos, de modo que se convierte en un consumado autodidacto.

Hay momentos en la vida que incitan al recuerdo. En el caso de Pablo fue Zoe, su hermana, quien tuvo la virtud de conservar en la memoria incidentes, serios unos, jocosos otros, como éste que lo retrata de pies a cabeza. Cuenta Zoe que en una ocasión Pablo le pidió que leyera el periódico en el cual había comenzado a escribir, para tener al menos un lector. ¿Quién le habría de decir entonces que años después sería no sólo un fabuloso cronista sino el más intrépido y buido *reporter* de su época? El conjunto de sus artículos constituye hoy una fuente imprescindible para la historia de Cuba y la enseñanza de un método infalible para comunicarse con el gran público, por esa razón quien no los haya leído no podría calificarse como periodista.

Pablo fue de aquellos que salieron por lo áspero de la vida a dar a conocer la verdad. No rehuyó jamás su deber de periodista cualesquiera fueran las consecuencias que pudieran sobrevenirle.

En 1919 viene para La Habana. En los primeros tiempos recorre la ciudad, visita los barrios periféricos y marginados para contrastar la desigualdad y el prejuicio que corroe a la sociedad.

El recuento biográfico es imprescindible porque, aunque ya aquella generación cumplió con su destino, su ideario pasa los umbrales de la historia como ejemplo inspirador para las juventudes de estos tiempos.

Las luchas y utopías que tuvieron en Julio Antonio Mella al más ferviente inspirador y protagonista, y convocaron a defender la independencia de la patria en una atmósfera convulsa y complicada, no están aún lo suficientemente historiadas a pesar de que numerosos ensayos y obras han dado a conocer de modo veraz la historia de aquella época.

No fue, como creen algunos, un movimiento disperso de personalidades aisladas o grupos organizados sin objetivos concretos lo que en las décadas del 20 y 30 del pasado siglo irrumpen en la historia del país. Aquellas mentalidades planeaban una estrategia de pensamiento diferente y más universalizado. Tampoco fue un movimiento generacional en el sentido etario; quienes lo integraron se agruparon y coincidieron en lo fundamental por el pensamiento teórico pues en ellos se optimiza la inteligencia, la bravura y los grandes sacrificios; su raíz se hundió no sólo en la tradición patriótica sino en lo que se tenía como utopía social. Su soporte ideológico fue el marxismo.

Retrato vivo

Pablo tiene muchas aptitudes, sin embargo ese cúmulo de cosas de las que quiere participar le impide consagrarse a una labor concreta. Aúna lo físico y lo mental durante un tiempo y comienza sus actividades deportivas gracias a que poseía un desarrollo corpóreo noble y armonioso. Se incorpora al equipo de fútbol rugby del Club Atlético de Cuba. Ligero en el correr en un zigzagueo violento, se distingue por la elaboración de la táctica, su frase favorita es: «no empujones, sino habilidad, evadir más que tumbar, aunque nunca está de más algún que

otro empujoncito o cabezazo que haga al contrario comer tierra». Al terminar el juego, se ganara o se perdiera, era convocada una reunión para examinar los éxitos y los fracasos.

Sus excelentes condiciones físicas lo revelan como auténtico deportista. Opta por la carrera, la lucha frontal pero sobre todo por el diseño estratégico de la batalla. Algunos han querido ver en esto el embrión del afán que colmó su vida, el dominio de la empresa militar.

Los retratos que de él se conocen expresan sólo rasgos físicos de superficie, de una sola dimensión, incompletos porque no nos dejan percibir su integridad corpórea y no ofrecen la autenticidad de sus valores espirituales, su moral, su ética y otros atributos que caracterizan su personalidad.

Se le describe como hombre de complejión atlética, bien dotado por la naturaleza, cabeza relativamente grande y sólida, con cabellos negros ondulados y opulentos, rebeldes al viento y a la caricia manual, ojos inquisitivos, penetrantes y evocadores de lejanía y de taciturna elocuencia; de voz fuerte, clara, penetrante y siempre fragosa, pero sin asperezas melódicas y armoniosas. Y de sus cualidades intelectuales qué cabría decirse. ¿Cómo habría de ser culpa suya que los demás no poseyesen aquella luz diáfana de su mente, aquella decisión para no dejar en vislumbre verdades que escapaban a otros? Esto resume los atributos que hicieron de él un intelectual de excepción. Pablo no fingía revelaciones, escudriñaba en su entorno físico y social y percibía el soplo ligero, inaudible para otros, de lo real.

Algunos biógrafos se refieren a Pablo con el calificativo de niño-grande. Nada más lejos de la realidad, lo que en él aparentaban ser aptitudes o comportamientos infantiles se traduce en espíritu imaginativo, exuberante, viva inteligencia que no se separa del carácter. En él la ingenuidad era una picaresca y maliciosa expresión —aludiendo a lo cervantino— que utilizaba para encubrir sutilmente la vivacidad de su pensamiento irónico. Sus bromas no son sólo una inquietud espiritual sino un modo de atraer simpatía y amistad y dar escape a su imaginación audaz y expansiva. Quienes le conocimos con cierta intimidad pudimos ver en ello una estructura mental compleja y multiforme que supo imponer como ética en el periodismo, reflejada en sus cartas —mejor aún que en sus crónicas— donde se esmeraba por pulir su riguroso empaque.

Los sucesos políticos que transcurrieron desde que irrumpe en la vida pública el 30 de septiembre de 1930 hasta su muerte en España, en 1936, le cautivaron y hicieron tomar súbitamente el horizonte de lo universal. El mundo se le hizo único e indivisible, comprendió que la lucha por la independencia de un país implicaba también la de todos los que tenían una situación semejante, algo así como una estrategia del Tercer Mundo, en lo que veo una anticipación al pensamiento conceptual del Che Guevara y su lucha en África y Bolivia.

En Pablo prima la nobleza de alma, el sacrificio útil y la convicción profunda de que sólo la lucha armada revolucionaria es el medio idóneo para la independencia en las condiciones de hegemonía del imperialismo yanqui. Cuando marcha a la guerra revolucionaria de España lleva, como su pensamiento más íntimo, que en caso de victoria, constituiría una posibilidad favorecedora de la lucha en América Latina, y por supuesto, de la independencia para Cuba y Puerto Rico.

Epopéya de la patria

La revolución cubana ha sido una sola desarrollada en etapas diferentes pero siempre con un único y constante objetivo: la independencia nacional y soberanía integérrima. Ese proceso discontinuo, expresado por etapas o períodos diversos en tiempo y acciones militares, a partir del alzamiento de Carlos Manuel de Céspedes en La Demajagua con la consigna heroica de «Libertad o Muerte», no sufrió modificaciones esenciales en el curso de los treinta años que duró la contienda contra España, la nación opresora.

La ideología de la guerra es una síntesis magistral del más avanzado pensamiento cubano. Para José Martí, Céspedes fue el volcán que encendió la llama, roja e incandescente de la

libertad; más que una palabra un sentimiento surgido de su alma noble capaz de llevar en sus contradicciones una impresionante visión de futuro.

Pero aquel pensamiento cespediano sufrió modificaciones en el decurso del tiempo por nuevos hechos que exigían derroteros diferentes; sin embargo su única e indeclinable aspiración —la forja de una nación no sometida ni influenciada por pensamientos que no fueran los propios— se mantuvo intacta. Proclamó la total y absoluta independencia de España en todos los órdenes: político, económico y social. Si en aquel momento no hizo referencia a los Estados Unidos u otra nación de Europa fue porque ninguna de ellas ejercía derecho alguno sobre el territorio nacional.

Por otra parte, en todo proceso revolucionario se sufren errores, éxitos y fracasos y se cambian los modos de pensar y hacer, quizás esto explique la destitución de Céspedes al frente del Gobierno. Conviene recordar que su programa se fundamentaba en una ideología justa teniendo en cuenta las condiciones en que debía verificarse la guerra revolucionaria del pueblo.

En el ambiente de entonces existían no pocas ideas, algunas si bien deslumbrantes —impropias para la Isla— pues lo esencial entonces era suprimir, primero la esclavitud y obtener y desarrollar, luego, la identidad nacional. Tal vez en las mentes de los más avezados encontró eco la sonoridad de otras utopías lanzadas al calor de la revolución francesa; pero sus notas eran apenas inaudibles, más aún, erróneas, para una sociedad que debía restablecer como causa primera la justa convivencia humana.

Esta primera etapa de lucha duró treinta años y finalizó con el pensamiento lúcido de Martí sobre el papel y destino que desempeñó Estados Unidos, devenido imperio yanqui.

A partir de este momento se produce un cambio radical en el pensamiento cubano. Con la muerte del general Antonio Maceo era casi imposible continuar el plan estratégico-político-militar de la revolución. A pesar de todo la lucha debía proseguir. Nuevas ideas fueron acumulándose e influyendo sobre las personalidades más lúcidas de la época, ideales de justicia social y libertad que nunca abandonaron los corazones y las mentes de hombres como Enrique José Varona y Calixto García, anunciadores de la nueva generación de revolucionarios cubanos que nacía con la república mediatizada.

Apta para asimilar conceptos más radicales de la lucha social hace su eclosión en la Universidad de La Habana en 1923 un movimiento de reforma, liderado por Julio Antonio Mella, quien agrupa a las fuerzas revolucionarias en torno a la ideología marxista y constituye el embrión del que se forman todas las denominadas generaciones. La Generación del 30, nombre dado por Raúl Roa, no es otra que la propia del 27; su objetivo principal es el derrocamiento de la dictadura sangrienta y antiobrera instaurada por Gerardo Machado.

La incorporación de Pablo al Ala Izquierda Estudiantil (AIE), a organizaciones como ORCA, fundada en el exilio, así como su abultada y sobresaliente hoja de servicio en España como corresponsal, comisario político y capitán de milicias lo ubican por derecho propio en el vórtice de las ideas más progresistas y radicales de su tiempo.

Capítulo II

Pasiones y vivencias...

En Pablo cobra inquietud el escribir. Quiere contar ensueños, describir el mundo exterior y todo para satisfacer la tensión de su espíritu; pero hay necesidades que dobligan, entre ellas, buscar empleo.

Resulta curioso, sin embargo, su desinterés por los estudios universitarios. Va al oriente de la Isla donde trabaja un tiempo como delineante. Allí se enciende su imaginación con la dura tarea del campesinado y sus condiciones penosas de vida. Finalizada la misión encuentra colocación como periodista en dos diarios de poca circulación: *Nuevo Mundo* y *El Veterano*. Consigue empleo en el Departamento de Adeudos del Ministerio de Hacienda; pero el trabajo es poco para tan exagerado salario: 170 pesos. A los dos meses renuncia.

El mar es su obsesión y por esa razón concurre a una convocatoria para ingresar a la Escuela Naval; pero una humorada, que revela su honestidad, frustra el anhelo.

Y al fin, llega al bufete Ortiz—Barceló—Giménez Lanier donde conoce a Rubén Martínez Villena, entonces secretario de don Fernando Ortiz. Rubén, enterado de sus pininos literarios — al igual que con Carlos Montenegro — le abre el camino de la magistratura de las letras: a Pablo con el cuento «El Héroe», a Montenegro con el libro *El renuevo*. Rubén, quien había logrado reunir a los intelectuales de mayor prestigio, valor, decisión y coraje en el Grupo Minorista — organización que abrió cauces a la lucha contra los extravíos de la República — no escatima tiempo y prepara los actos por la libertad de Julio Antonio Mella, más que líder estudiantil fundador del Primer Partido Comunista de Cuba.

Es interesante detenerse un instante y analizar cómo ocurre de modo natural la integración de Pablo a aquel grupo de jóvenes cuya premisa básica es la actividad política. La manifestación del 30 de septiembre es su bautismo de fuego. A partir de aquí su mente y su ímpetu estarán unidos a la causa de la revolución.

Con dotes que culminarán en el tiempo como hombre de excepción política y literaria, entra Pablo en el cónclave de los intelectuales. En el año 1930 se publica *Batey*,⁸ escrito en colaboración con su amigo Gonzalo Mazas Garbayo. El libro es una muestra de lo que su espíritu ansía. Si bien aún no alcanza la maestría del escritor, deja entrever ya la madurez política que potencialmente acrisola su mente.

Los cuentos de Pablo aún cuando «[...]muestran una actitud nueva ante el hecho literario, en relación con la narrativa cubana tradicional[...]»⁹ no alcanzan, todavía, la madurez y vigencia de su mejor expresión literaria. Lo esencial en Pablo es la frase aguzada, cortante; a veces una sola palabra encierra en sí misma una tremenda carga emotiva. Otras expresiones, perdidas en las noches sin luna gritadas en los parapetos, son tesoros del ingenio de voces entre el tronar del cañón y la carcajada resonante de sus camaradas de guerra.

⁸ Con la publicación de este libro, Pablo comienza su corta pero intensa actividad literaria. Véase Pablo de la Torriente Brau y Gonzalo Mazas Garbayo. *Batey*. La Habana, Cultural, 1930.

⁹ Denia García Ronda. «Pablo de la Torriente Brau y el inicio de la narrativa vanguardista cubana» [prólogo] *Cuentos completos*. La Habana, Ediciones *La Memoria*, Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*, 1998, p.20.

Pronto encontrará su camino. La mañana del 30 de septiembre de 1930 marcha junto a Raúl Roa en histórica tángana. En aquella acción cuajan, por fin, los anhelos rebeldes del estudiantado, rechazo total y completo a la dictadura de Machado. Me contó Roa que Pablo preguntó: «¿Cuándo y a qué hora debo estar allí?» Su presencia fue imborrable. La policía arremetió con porrazos y tiros de revólver. Los muchachos resistieron y repelieron con puños y piedras. La más veraz y hermosa de las crónicas sobre ese día histórico nos la dejó Pablo.

No resisto la tentación de reproducir el primer párrafo de «La última sonrisa de Rafael Trejo» donde expresa con brillantez, originalidad y significativo acierto literario la narración de los hechos sin aludir a declaraciones truculentas y sí al valor que los acontecimientos de aquella jornada dejaron en el alma humana.

[...]avisaron que había que irse concentrando para Infanta, para el parquecito de Eloy Alfaro. Empezaron a repartirse los manifiestos; la policía comenzó a hacer algunos registros: se bajaban de los caballos y se ponían a buscar revólveres: esto precipitó el choque, pues nos pareció a muchos ominoso el que nos registraran, y nos pusimos a negarnos; el clarín del «mambí» que llevó Alpízar, sonó entonces y la bandera cubana fue desplegada; los gritos sonaron con el ímpetu del que ha guardado mucho tiempo silencio; los estudiantes se arremolinaron, convergieron en un punto y los ¡Muera Machado! fueron como una coral desenfrenada y avanzante [...] vi cómo golpeaban el hombro de Alberto Saumell; oí a unos pasos el estampido de un disparo y me desplomé contra el suelo[...].¹⁰

¹⁰ Pablo de la Torriente Brau. «La última sonrisa de Rafael Trejo». En *Pluma en ristre*, op. cit., p.111-113.

Los sucesos dramáticos de la vida tienen la particularidad de fragmentar los hechos, de pulverizarlos casi hasta el infinito y, sin embargo, Pablo fue capaz de hacerlos brillar, como si esos momentos fueran de diamante y las circunstancias y los incidentes que los rodearon adquirieran, de pronto, tonos claros, fúlgidos, transparentes, como el polvo de cristal.

Este fue el recuerdo que más impresionó el espíritu de Pablo. Aquel día fue histórico; marcó el comienzo de un método de lucha. Los estudiantes marcharon junto al pueblo y, por vez primera, se creó una unidad de pensamiento político y social. Justo es rememorar con sentido de perennidad esta fecha y todos los 30 de septiembre en la Universidad incitar a la lectura de esa magnífica crónica. Frente a la turba policial, nunca pudo olvidar su primera acción revolucionaria en la que sintió gotear la sangre de su esfíngea cabeza. Todavía recuerdo cómo me sobrecogió aquella mancha de sangre en la acera. Aunque años después se colocó una tarja en aquel sitio, pocas veces se recuerda el hecho. Quiero imaginar, sin embargo, que los nombres de los héroes de aquella jornada nunca se borrarán de las calles.

A partir de 1930 Pablo es un ente político. Es uno de los fundadores del Ala Izquierda Estudiantil(AIE). Jamás torcerá el rumbo de su camino, el del antimperialismo, el mismo por el que transitaron Mella, Rubén, Gabriel, Roa, Ladislao González, Carlos Font, Sergio y Mirtha Aguirre, Jacinto y Pelegrín Torras, Carlos Rafael Rodríguez y muchos más.

Pero Pablo ha dejado atrás su mundo de aventura. Su espíritu ha dado el vuelco; él sabe, tiene conciencia del camino que ha emprendido. Sale *Batey* y con ello finaliza la primera etapa de sueños literarios.

Quienes se ilusionaron con que habrían de atraer a las huestes de las letras a un escritor tan fecundo, lleno de originalidad y gracia, perciben que se les escurre. Su bello escribir estará ahora al servicio de la lucha revolucionaria, de la denuncia de los desajustes sociales, contra el crimen y el desgobierno. Pablo ha sublimado su vida, disfruta la aparición de su primer libro, sonrío ante los elogios, no quiebra el pacto con su amigo, pero pone término a la cooperación.

En la vida de las personas y de los pueblos siempre hay fechas que constituyen un hito, en Pablo es 1930, año donde se produce la conjunción del amor humano, patrio y revolucionario. Se casa con Teresa Casuso, única depositaria de su amor. Se vincula al movimiento estudiantil; comparte pensamiento y actuación con los miembros del Directorio Estudiantil Universitario (DEU); conforma su vida para la nueva empresa que lo rebose de entusiasmo, coraje y decisión; asume plena conciencia del camino difícil y de extensión imprevista que le espera. A él consagrará todo su ánimo, valor e inteligencia.

Como miembro del AIE —escindida del DEU— sufre su primera prisión. Junto a otros jóvenes es recluso en el Castillo del Príncipe; luego trasladado a Isla de Pinos. Muchachos de toda confesión política, edad y modo de vida coinciden allí no sólo en el sublime don del entusiasmo, la solidaridad y la ingenuidad sino en el propósito de derrocar la tiranía de Machado.

La experiencia primera de la cárcel dejará profunda huella en el joven Pablo. A su salida publica «105 días preso»,¹¹ magistral relato sobre la vida e incidencias de la conducta estudiantil de esos momentos. El reportaje es bien conocido por lo que me limitaré a dar algunos rasgos de

la vida y conducta de aquellos, por entonces, fogosos muchachos. A todos sin excepción los conocí y algunos fueron mis compañeros de aula o tuve relación por motivos de la lucha.

Fueron detenidos el tres de enero de 1931 en la casa del bien conocido periodista y literato Rafael Suárez Solís. La reunión —que ya no podría reanudarse en la cárcel porque implicaba definir posiciones— se había convocado con el fin de concertar estrategias para debatir los objetivos finales de la lucha. Se discutiría sobre un punto cardinal: derrocar la tiranía machadista o afrontarla como parte de la lucha contra el imperialismo, pues Machado no era más que un instrumento del gobierno de los Estados Unidos.

¹¹ Esta serie de crónicas aparecidas en *El Mundo*, La Habana (26 de abril al 8 de mayo de 1931) es el primer gran trabajo periodístico publicado por Pablo en uno de los diarios de mayor circulación del país.

Es importante dar a conocer la actitud individual de cada uno de aquellos jóvenes así como su destino final. Del pequeño grupo de tendencia izquierdista, permanecieron fieles a su ideología Pablo y Raúl Roa; Marcio Manduley murió baleado por la espalda en una manifestación, era miembro de la Liga Juvenil Comunista y de su Comité Central; Aureliano Sánchez Arango (Yeyo) y Porfirio Pendás abjuraron; Manuel Guillot se alejó momentáneamente del partido pero se mantuvo fiel a la lucha; Carlos Fuertes Blandino fue asesinado, su cadáver apareció en una carretera; Rubén de León, uno de los más prominentes miembros del DEU, murió de enfermedad después de la caída de Machado; Ramiro Valdés Daussá derivó hacia posiciones de izquierda y fue adalid de toda la actividad revolucionaria contra el gobierno de Batista, el más íntimo amigo y colaborador de Pablo, fundador de Izquierda Revolucionaria (IR), firme partidario de la unidad de las fuerzas de izquierda, asesinado por el «bonche» universitario; Ramón Miyar (Mongo) llegó a ser secretario general de la Universidad, íntimo amigo de Carlos Montenegro, abandonó la lucha; Jesús Menocal (Menocalito) simpatizante del trotskismo, administrador del hospital de Emergencias, estrechamente vinculado a Mario Fortuny y su esposa Xiomara Lancís; Roberto Lago Pereda se casó con una sobrina de Ramón Grau San Martín y murió de enfermedad; Rafael (Cuchifeo) Escalona resultó muerto en una estación de policía después del triunfo de la Revolución, el móvil fue venganza personal; Juan Antonio Rubio Padilla fue miembro de la delegación presidida por el abogado Alberto Giraudy que negoció la abrogación de la Enmienda Platt en la Conferencia Panamericana de Montevideo, se dedicó al ejercicio de la medicina y compartió con Valdés Daussá las actividades de Izquierda Revolucionaria; mantuvo correspondencia con Pablo en su segundo exilio. Rodríguez de la Cruz, médico y profesor, casado con Dulce María Escalona fue entrañable amigo de Juan Marinello y famoso artista alfarero.

Es impecable la narración de Pablo acerca de la conducta estudiantil en la cárcel pues conjuga, admirablemente, lo político y lo humano, la amistad, el compañerismo y el optimismo con la realidad. Revela, también, el desdén hacia la condición humana impuesta por el régimen carcelario. Aquellos jóvenes emplearon la vocinglería, la huelga de hambre y todos los métodos propios de la cárcel para defender sus derechos, sin embargo no se desentendieron de los deberes históricos. El 10 de enero conmemoraron el aniversario del asesinato de Julio Antonio Mella.

Es obligatorio incluir aquí un párrafo de Pablo sobre Mella por ser esta la primera valoración de lo que ya, en aquel entonces, significaba para el pueblo cubano la figura del fundador del Partido Comunista:

El nombre de Julio Antonio Mella, síntesis perfecta de audacia y de abnegación en la lucha por la justicia social, envuelto en leyendas y en realidades heroicas, convertido en una especie de estrella polar de la juventud cubana, fue, en aquellos días, constantemente esgrimido por los compañeros del Ala Izquierda, como ejemplo formidable de lo que debe ser un joven netamente revolucionario.¹²

En este soberbio capítulo de su crónica incluye otra valiosa pieza literaria y revolucionaria: el discurso de Roa que contiene el programa que iba a desarrollarse en aquel aniversario. No importa quién habría de ser el orador del panegírico, el hecho cierto es que no podía escapar a la verdad. Los muertos gloriosos siempre trascienden e inspiran respeto más aún cuando a ellos se une el martirologio. Mella fue víctima de un intento de difamación. Su muerte estuvo unida a noticias contradictorias acerca de su patriotismo. El sentimiento popular rehusó admitir aquella canallada. Más pronto de lo que previeron los cobardes ejecutores del crimen se conoció quién inspiró el asesinato, quién lo tramó y lo ejecutó. En opinión de Roa, Mella junto a Martí, son los dos revolucionarios más auténticos que ha producido la historia de la patria.

¹² Pablo de la Torriente Brau. «105 días preso». En *Testimonios y reportajes*. La Habana, Ediciones *La Memoria*. Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 2001, p. 24.

Después de sesenta y nueve días en la cárcel, los presos son trasladados a Isla de Pinos. Transcurrido un tiempo, el suficiente para que Pablo conociera y pudiera denunciar el crimen y el terror, vuelven al Príncipe y al fin logran la libertad, como dice Pablo «libres dentro de todo un pueblo preso».

Pero pronto regresa a la odiosa frialdad de la cárcel, esta vez lo descubren junto a Roa en casa del poeta José Zacarías Tallet. Resulta también detenido Gabriel Barceló, quien con Pablo es internado en un calabozo de la fortaleza de La Cabaña; y Raúl remitido al hospital de Columbia. Las escasas noticias que pudimos obtener entonces fueron por intermedio de un compañero de curso, Enrique Díaz Guzmán, alumno del Hospital Militar de Columbia, quien nos contó que allí Raúl daba clases de materialismo dialéctico.

La Cabaña tenía una triste historia. Los calabozos eran húmedos, nebulosos; más de un preso político —como en el caso de Noske Yalob— fue arrojado a las aguas de la bahía como carnada para los tiburones.

Gabriel había sido el más aguerrido de los estudiantes de 1927. Expulsado de la Universidad por los denominados tribunales disciplinarios, no pudo continuar sus estudios. En una ocasión le comenta a Pablo acerca de la necesidad de buscar una ocupación con qué pasar el tiempo en la cárcel y le propone traducir el libro *Materialismo histórico*, de Nicolás Bujarin. Pablo accedió pues así tendría oportunidad de estudiar marxismo, término de frecuentes debates entre los estudiantes de izquierda, oído por primera vez de labios de Rubén Martínez Villena y del que hacía gala de conocimiento Raúl Roa.

Me contó Gabriel que no fue tarea fácil traducir aquel libro pues Pablo constantemente rechazaba frases y expresiones; proponía nuevas «El estilo, maldito estilo —decía Gabriel—, me tiene obcecado.» Las controversias entre ambos amigos llegaron a tal extremo que Gabriel propuso rotundamente: «Continúa tú solo Pablo, ponte frente a un espejo para que tengas con quien discutir y hacerle reproches. Ya no te tolero más.»

Sin dar muestras de disgusto respondió el aludido: «Tú sabes que yo no puedo hacer esto solo, es tarea tuya porque sabes inglés y marxismo; pero como yo sé de literatura pensé que podía dulcificar el texto, para mi gusto demasiado seco y ríspido; además este es un proyecto tuyo y debes terminarlo.»

A partir de este momento se sumieron al trabajo y lo culminaron. Cuando fueron liberados habían escrito a mano el texto íntegro. La obra se imprimió y circuló. En la actualidad está completamente desaparecida para pena de todos porque es un verdadero tesoro bibliográfico.

Primer exilio

Ya fuera de la cárcel a Pablo le resulta casi imposible permanecer en la Isla. Vivir clandestino era muy difícil porque estaba bien identificado por la policía. El aparato represivo de Machado

contaba con numerosos «apapipios», chotas y partidarios acérrimos al régimen, la llamada porra integrada por matones sin escrúpulos a quienes amparaba un presupuesto de la nación.

El domicilio había dejado de ser inviolable y se organizaban redadas por cafés y cines. Detenían a todo aquel que parecía sospechoso para cubrir las más disímiles violaciones. Ni antes ni después se vivió un terror como el de aquellos tiempos.

Un gran número de opositores y revolucionarios se acogió al exilio, entre ellos Pablo y Gabriel Barceló. En Nueva York se emplearon como lavaplatos y sirvientes de restaurantes.

Resulta sorprendente apreciar cómo Pablo, a quien siempre le entusiasmó anotar todo cuanto hacía, no dejó testimonio alguno de su vida y su trabajo entre fines de 1932 y primeros meses de 1933. Sólo tenemos una carta que envía a su madre, en julio de este último año, donde le cuenta cómo transcurre su vida en una factoría de hacer escobas, cepillos, brochas, en la que los patronos aprovechaban su contextura física para exigirle trabajos de estiba de sacos de maguey; pero con ese dichoso optimismo que le asistió toda su vida dice: «[...]con todo es maravilloso que mi peso siga invulnerable [...]».¹³

En la gran ciudad se reúne con otros exiliados y piensa en la posibilidad, más aún, en la necesidad de agruparse, intercambiar. Se encuentra entre los fundadores del club que llevaría por nombre *Julio Antonio Mella*.

No obstante su duro bregar para buscarse la comida le queda tiempo para dictar conferencias. Tiene que ayudar a Gabriel, su hermano de exilio, quien dadas sus limitadas posibilidades físicas no puede soportar trabajos rudos y pesados.

¹³ Véase carta a Graciela Brau, 20 julio 1933. En *Hombres de la Revolución. Páginas escogidas*. La Habana, Impresora Universitaria Andrés Voisin, 1973, p. 73.

Desde Nueva York, Cuba se convierte en una obsesión. Su afán por desentrañar las intrigas políticas exacerbadas desde la caída de Machado lo llevan a escribir y denunciar a los politiqueros de turno, encabezados por Orestes Ferrara, quienes maniobran buscando una fórmula que les permita mantener a Machado en la presidencia mientras ellos negocian el cambio por medio de unas elecciones previstas para 1934, con lo que se prorrogaría a Machado y los Estados Unidos lograrían imponer su fórmula de intervencionismo sin intervención.

Pero no contaban con el pueblo hastiado de crímenes e injusticias. Secretamente se fraguaba una potente y decisiva huelga general de la que fue, mentor y artífice, Rubén Martínez Villena.

Aquella huelga sacudió los cimientos de la tiranía, ya corroídos, y movilizó a todas las fuerzas progresistas que propinaron la estocada final al gobierno. Entre los estudiantes se mantuvo la escisión. Esta vez, sin embargo, se acrecentó la tendencia antimperialista.

En una asamblea en el Patio de los Laureles de la Universidad de La Habana, Ramiro Valdés Daussá leyó una declaración a nombre del DEU repudiando la misión Welles. Los objetivos y propósitos de aquella canallesca patraña fueron exhaustivamente analizados por Carlos Rafael Rodríguez al descubrir sin cortapisas el «maquiavelismo» de la política de Estados Unidos. El pueblo bajo la guía de la Confederación Nacional de Trabajadores de Cuba (CNOOC) y del Partido Comunista, derrota a Welles y lanza del poder a Machado acogido por el sátrapa Rafael Leónidas Trujillo en Santo Domingo.

Gustavo Aldereguía y Raúl Roa se encuentran en La Habana el día 13 de agosto. El primero había llegado en una expedición militar que desembarcó en Gibara al mando del teniente Emilio Laurent. Pocos días después tuvo lugar una gran concentración frente al hotel Telégrafo en la que Aldereguía pronunció esta lacónica frase: «Qué revolución es esta que con guantes de seda trata a los secuaces de Machado y va a pedir consejo al embajador de los Estados Unidos», síntesis de una gran premonición histórica.

Pablo en *Ahora*

Ya Pablo ha regresado a Cuba. Va en busca de conexiones con los periódicos. Le interesa escribir sobre la convulsa situación que vive la ciudad, sin embargo no encuentra acogida pues la prensa se muestra en extremo recelosa. El rumbo del país es aún incierto. El gobierno, que por fin logra reunir Welles, es dócil y tambaleante. Sobreviene el 4 de septiembre, movimiento promovido por un grupo de sargentos en contra de la oficialidad del que pronto se apodera Fulgencio Batista asociado con José Eleuterio Pedraza.

Una parte del DEU apoya al nuevo movimiento, mientras Antonio Guiteras llama a la sublevación en las tripulaciones de barcos de guerra. En la Marina, en tanto, la parte más joven de la oficialidad se mantiene cautelosa; otros altos oficiales permanecen en sus puestos. Días después ya Batista es coronel. El gobierno de Carlos Manuel de Céspedes y Quesada es derrocado y en su lugar se instaura una pentarquía. Emerge como figura importante Sergio Carbó, destacado periodista. El partido comunista forma una comisión integrada por César Vilar, Luis Álvarez Tabío y Gustavo Aldereguía quienes van a Columbia y allí incitan a la tropa a constituir soviets de soldados y marinos, acción que no contó con apoyo alguno.

La prensa diaria deja de publicarse y el 10 de octubre aparece *Ahora*, periódico independiente, financiado por una cooperativa de empleados y obreros. Su director es Guillermo Martínez Márquez, amigo de Pablo. Entre sus asiduos colaboradores se encuentra Raúl Roa, quien envía enjundiosos artículos a la redacción.

Por otra parte, el Partido Comunista logra reunir a un grupo de intelectuales y aparece *La Palabra*.

Pablo llega a la redacción de *Ahora* como quien atraviesa el portón de su propia casa. Dice que eso le gusta y que va a trabajar allí. Inicia la publicación de una fabulosa y variopinta colección de materiales periodísticos: artículos, reportajes vivos, crónicas llenas de humor, diálogos y frases punzantes, biografías de hombres ilustres, rememoraciones históricas, trabajos de divulgación científica. Pero lo más importante es que se revela como excelente *reporter* con pleno dominio de la técnica e innovador conceptual. A su amigo Roa le había dicho que lo importante era incendiar la mente del lector pero sin hacerla cenizas.

El epílogo de la batalla contra el régimen machadista se libra en el anfiteatro del hospital *Calixto García*. Allí se produce un rudo encontronazo ideológico en lo que se ha dado en llamar el proceso de depuración del profesorado universitario. Sus postulados coinciden, en cierta forma, con aquellos por los que abogó Julio Antonio Mella en su propuesta de Reforma de 1923: la participación de los estudiantes en el gobierno de la Universidad.

Tras la disolución de la Pentarquía asume la presidencia de la República Ramón Grau San Martín, profesor universitario. Estados Unidos se niega a reconocer al nuevo gobierno, integrado además, por Antonio Guiteras, cuya presencia en el gabinete le da un matiz popular sobre todo a raíz de la intervención de la compañía de electricidad, medida que contó con amplio apoyo.

A partir de este momento el espíritu combativo del pueblo se fortalece. El éxito de la huelga le ha dado confianza a las masas. Dos grandes manifestaciones comienzan a fraguarse en el corto período de dos meses. La primera de ellas constituyó verdadera concentración de pueblo. Fue organizada para dar sepultura a las cenizas de Mella traídas desde México por Juan Marinello y Mirta Aguirre; cenizas que fueron veladas en la casa del exmachadista Wilfredo Fernández, ubicada en las calles Reina y Gervasio. En un túmulo se colocó la urna y el pueblo le rindió guardia de honor. En menos de veinticuatro horas el escultor Fernando Boada levantó en el Parque de la Fraternidad un monumento donde se colocaría la urna.

Rubén Martínez Villena ya bien enfermo fue a rendirle guardia de honor. Se le pidió que dijera unas palabras. Con voz sonora, pero haciendo espacios de descanso reclamados por su enfermedad, hizo una corta pero hermosa arenga «Julio Antonio Mella ha regresado —dijo— para continuar siendo útil a su pueblo y darle sostén a las ideas socialistas.»

Sobre Rubén recuerdo esta imagen fiel y hermosa de Roa «Líder lo fue como pocos. Reunía aptitudes para serlo, talento, sentido político, formación teórica, coraje sin tasa, abnegación sin límites, desinterés sin medida.»

Otro tanto expresa Pablo en su magnífica crónica «El magnetismo personal de Rubén»: «[...] tenía el secreto profundo de la emoción». De su túmulo funenario dice: «tendido entre los atributos rojos del Partido comunista se hace firme y decisiva la sospecha de que alienta [...] Fue uno de los hombres que no terminan».

Para mí Rubén fue relámpago, Mella, rayo y trueno. Ambos desencadenaron la tormenta que inundó todo el siglo XX cubano.

Aquella manifestación fue imponente. Se extendió desde la calle Carlos III hasta más allá de Infanta. Cuando comenzaron a oírse los disparos, la gente se disgregó. Los soldados habían tomado algunas azoteas. La muchedumbre comenzó a moverse rápidamente. Lo más dramático fue el asesinato de un niño de trece años, Paquito Rosales, cuyo cadáver expuesto en la morgue del hospital de Emergencias, mostraba el impacto de la bala *dum-dum* que le había destrozado el cráneo.

El pueblo no se equivocó. De inmediato responsabilizó al ejército. Guiteras había concedido el permiso y Batista negó haber ordenado la matanza. El monumento a Mella fue derribado a culatazos por soldados. Las cenizas nuevamente pasaron a custodia secreta.

La otra gran manifestación, convocada esta vez, por la Confederación Nacional Obrera de Cuba y el Partido Comunista tuvo como objetivo reivindicar una fecha proletaria: el Primero de Mayo. Para entonces, Guiteras ya no era el Secretario de Gobernación. La caravana desfilaría por la misma ruta: Carlos III buscando Infanta; esta vez, la marcha fue disuelta a tiros y hubo, por supuesto, víctimas. El objetivo final era llegar al estadio deportivo Arena Cristal, donde se inauguraría el IV Congreso de la CNOC.

La violencia policial no pudo disolver ni con tiros ni con gases las gradas repletas de obreros. Los estudiantes llegaron como refuerzo y se entabló un combate mano a mano con los batistianos y abecedarios.

No todos los manifestantes, sin embargo, lograron llegar a tiempo al estadio, ya ocupado por la policía. Una tromba arrolladora de estudiantes y obreros irrumpe en el interior del campo. Los gendarmes, sorprendidos, responden con bombas lacrimógenas. Algunos son evacuados pues los gases afectan los pulmones y provocan asfixia; a pesar de todo el acto pudo efectuarse.

Estos hechos llenaron de pánico al gobierno que a instancias del embajador Caffery comenzó a organizar la represalia. Ahora más que nunca era preciso aplastar todo resquicio de libertad política.

Otro suceso sacude la vida pública. Raúl Roa, magistral historiador de este período, publica el artículo «3 de mayo de 1934» en el que relata lo ocurrido ese día.

Cuando todavía el espíritu popular vibraba indignado por la masacre del primero de mayo, en que la fuerza pública — mejor diríamos el ejército— fusiló a quemarropa la manifestación [...] un nuevo hecho selvático sacude la isla en general protesta. Esta vez, el crimen ha sido también a plena luz, en el centro mismo de La Habana [...] Hombres uniformados, soldados del ejército constitucional, los autores. Estudiantes, las víctimas los estudiantes [...].¹⁴

[...] Días después, en muchas ciudades de la Isla se llevaron a cabo asesinatos de estudiantes. Otra efemérides sangrienta que incorporar a la historia, nutrida de héroes y mártires del estudiantado cubano [...].¹⁵

Refiriéndose también a este hecho Pablo burila esta frase: «El 3 de mayo de 1934 será de hoy en adelante el 30 de Septiembre del Instituto de La Habana [...]»¹⁶

Comienza una nueva etapa de la lucha estudiantil contra el imperialismo y la tiranía. Al hacer la crónica de este día, Pablo escribe: «[...] el Instituto de La Habana se convirtió en un verdadero Verdun del estudiantado cubano».¹⁷ Los hechos, narrados con absoluta fidelidad, fueron una expresión de la violencia del ejército que, sin dudas, días antes trató de impedir el mitin por la inauguración del IV congreso de unidad sindical.

Todo parece indicar que la policía y el ejército fueron sometidos a tremendas y amenazadoras críticas, pero el odio, en vez de volcarse contra ellos recayó en los adolescentes del Instituto.

¹⁴ Raúl Roa García. «3 de mayo de 1934» En *Retorno a la alborada*. Tomo I. Villa Clara, Universidad Central de las Villas, Dirección de Publicaciones Universitarias, 1964, p. 73.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 74.

¹⁶ Pablo de la Torriente Brau. «El 3 de mayo, 30 de septiembre del Instituto de La Habana». En *Hombres de la Revolución. Páginas escogidas*, op. cit., p.134.

¹⁷ *Ibíd.*, p.133.

Atrincherados en el edificio del *Diario de La Marina*, los soldados emplearon revólveres 45, springfields y gases lacrimógenos para disolver la embestida de muchachas y muchachos quienes resistieron y repelieron la agresión.

La soldadesca tuvo que abandonar la barricada levantada en la calle Zulueta. Hacia allí se dirigieron estudiantes de Artes y Oficios y de la Escuela Normal. Fue una guerra sin paralelo. Hubo una movilización en busca de hombres influyentes del gobierno para paralizar la barbarie medieval. Si Machado fue un asno con garra, Mendieta como presidente, dio muestra de ser un asno medroso y de tenerle miedo a la soldadesca. Se usaron balas explosivas semejantes a las empleadas contra la manifestación por el entierro de las cenizas de Mella.

El enfrentamiento duró horas. Fue el bautismo de fuego de la juventud femenina. Las muchachitas de la Escuela Normal se negaron a salir del Instituto y resistieron los embates del bombardeo de gases.

En los meses finales de 1934 aparecía un crepúsculo mortecino que ocultaba el anuncio de un despertar turbulento y la reanudación de días de sangre y dolor que durante décadas invadiría la vida insular. En sus fastos históricos comenzaba el denominado año de la huelga de marzo de 1935. Pero los antecedentes de aquel episodio de consternación ciudadana tuvieron su anuncio en la manifestación del 3 de mayo de 1934.

Lo ocurrido ese día no podría calificarse como un acto político sino simplemente reivindicativo y solidario. Su única causa venía dada porque los estudiantes de Artes y Oficios y de la Escuela Normal reclamaban apoyo de los del Instituto ante la arbitrariedad de la clausura de sus locales. A esta actitud, típicamente juvenil, los soldados respondieron disparando con sus springfields. La intermitente balacera duró hasta la caída de la tarde. La muchachada levantó barricadas. Algunos inspirados en las escenas que describe Víctor Hugo en *Los miserables* atravesaron bancos en las calles pero fueron desalojados a tiro limpio.

Se llegó hasta Mendieta para que ordenara el retiro del ejército; pero este siempre cobarde y sumiso, responsabilizó a los profesores. Ante tal inaudita e injustificada cobardía, el director del Instituto que encabezaba la comisión, le respondió: «Si usted como presidente de la República no es capaz de controlar a los soldados, no me pida que le exija a los profesores que controlen a los muchachos no ceñidos a ninguna disciplina militar.»

A pesar de los heridos, las balas explosivas y gases lacrimógenos empleados por el ejército —nuevas técnicas adquiridas en los Estados Unidos— lo más notable de aquella jornada fue la entereza y valor mostrados por las jóvenes normalistas.

Los estudiantes, por su parte, hicieron una exhibición de ingenio expresada en lemas y consignas como el de aquel que llevaba en la cabeza una caricatura de Mendieta que decía: «A buscarlo \$ 0.01 por su cabeza.»

Entre los espectadores había mucha gente que se mostraba indignada y a la que se le pedía no exponerse para evitar muertes innecesarias. Allí me topé con Pablo. «¿Vienes sólo?», me preguntó. «No, estoy con los compañeros del Ala Izquierda.» Entonces me dijo: «Coño, ustedes no se pierden una. A ver, cuéntenme qué ha pasado, así tengo más tiempo para escribir.» Conmigo venían Carlos Font y Pepe Utrera, Pelegrín Torras y Sergio Aguirre. Yo venía acompañado además por mi hermano Wilfredo, que en ese momento, era estudiante del último año de bachillerato y miembro de la Liga Juvenil Comunista.

Nunca podré olvidar aquel espectáculo de valor protagonizado por los estudiantes. Los tranvías se detenían y los pasajeros se bajaban. El temor invadió a los soldados que dejaron de disparar y comenzaron a retirarse. José Eleuterio Pedraza, Gobernador Militar de La Habana, llegó en son de pacificador pero los estudiantes lo rechazaron y tuvo que irse como bala por tronera.

La repercusión sobre los incidentes del Instituto no se hizo esperar. La noticia no sólo recorrió los periódicos y los despachos de los ministros sino que se propagó a todos los centros de enseñanza, incluso, en los colegios privados se había fomentado tal inquietud que el gobierno comenzó a buscar fórmulas conciliadoras.

El Secretario de Educación era el más castigado por la inquina estudiantil y procuró una entrevista con Pablo, quien la dio a conocer el 25 de mayo. Jorge Mañach, biógrafo del Apóstol y polemista fracasado frente a Pendás y a Raúl Roa se presentó como el hombre capacitado para hacer cesar el fuego contra los estudiantes. Al condenar los hechos los atribuyó a «un exceso de la tropa». Fue tal su desfachatez que llegó a decir que por su iniciativa se habían tomado medidas para que hechos como estos no se repitieran en lo adelante y en lugar de soldados se utilizaran policías. Lo más canallesco fue la respuesta dada a una pregunta de Pablo acerca de por qué no dio a conocer públicamente estos hechos, a lo que cínicamente respondió Mañach: «Por razones de alta política [...]el gobierno tenía necesidad de dar una sensación de energía, de represión.»

El rival de Pepín Rivero

Tras el relato de estos hechos, Pablo publica un artículo contra el director del archireaccionario *Diario de la Marina*. La conducta vergonzante, hipócrita y repudiable asumida por Pepín Rivero —el mismo que difamó de los patriotas de la guerra de independencia, dio muestras de alegría inverecunda ante la muerte de Antonio Maceo y elogió a Wells— merecía tajante enfrentamiento. Lejos estaba de soñar que le saldría un rival de la estirpe de Pablo.

Guillermo Martínez Márquez —director de *Ahora*— publica el 7 de mayo, cuatro días después de los sucesos en el Instituto de la Habana, el artículo «Pepín, el terrible», pero con la advertencia de que Pablo debía afrontar las consecuencias políticas y personales que seguramente suscitaría la aparición de aquel trabajo periodístico en las páginas del diario.

Más que un fogonazo, el artículo fue una pulverización con balines por el cuerpo y la desalma de Pepín. Sólo me limitaré a comentarlo y a entresacar algunas frases, sobre todo una que apunta contra el honor personal del hijo del conde de Rivero y por la cual pidió reparaciones con un duelo: «Pepín, que ni siquiera ha podido llegar a «pepino» porque desde la infancia perdió en el colegio la intacta redondez de la o final, con todo el cuerpo estremecido de histerismos menopáusicos [...]»¹⁸

La respuesta del increpado Pepín llegó unos días después cuando le envió los padrinos. Varios amigos le aconsejaron evitar aquel trance, inclusive, llegaron a proponerle que respondiera con un artículo satírico pero la respuesta de Pablo fue definitiva: «Me bato a tiros, espada, sable, trompadas, a quien corre más y a cualquier otra manera o forma que se le ocurra.»

El duelo se efectuó finalmente. Se emplearon las pistolas. Mongo Miyar fue el juez de campo y Ramiro Valdés Daussá y Raúl Roa sus padrinos. Por suerte no hubo heridos.

¹⁸ Este trabajo, publicado en *Ahora* el 7 de mayo de 1934, constituye una excelente pieza de ironía y agudeza periodística. Véase «Pepín, el terrible». En *El periodista Pablo*. Selección, prólogo y notas de Víctor Casaus. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1989, p. 177.

Comentando el resultado diría luego Pablo: «El muy maricón apuntó bien pero no sabía que yo soy inmune a los tiros.»

Ni en serio ni en broma jamás se le ha dicho a un ser humano lo que Pablo le profirió a Pepín en aquel artículo, considerado antológico en materia de polémica periodística.

El propio Pablo confesaría luego que se había propuesto provocar a Pepín con toda intención para entablar el debate pues tenía reservado un arsenal de groserías para el caso y finalizó: «Coño, venirme a mí con esa pendejada.»

El episodio, comentado con euforia en las aulas universitarias, se convirtió en fuente de burlas, chistes y mofas de la muchachada. Fue, entonces, que se puso de moda aquella frase, ciertamente ofensiva: «Tu no eres más que un pepinillo.»

Tras el derrocamiento de la dictadura comienza una ola de depuración de los machadistas en el gobierno, ministerios, hospitales, escuelas; pero la de mayor significación fue la realizada en la Colina universitaria.

Las asambleas estudiantiles

La depuración del profesorado comprometido con la extinta tiranía fue, sin dudas, el hecho de mayor trascendencia política ocurrido luego de la caída de Machado. En aquellas asambleas estudiantiles se analizó el comportamiento mantenido por los profesores durante todo el proceso y se expulsó de la universidad a los que apoyaron al régimen. Se comenzó por el rector Ricardo Martínez Prieto y su responsabilidad durante 1927 y 1928 en la aplicación de sanciones de expulsión a una pléyade de alumnos, muchos de ellos brillantes expedientes académicos y reales promesas de profesionales. Algunos pudieron continuar estudios en el extranjero, otros, como Gabriel Barceló, desgraciadamente perdieron la posibilidad de culminar sus carreras universitarias.

La historia de este proceso, magistralmente reseñado por Ladislao González Carbajal en su libro *El Ala Izquierda Estudiantil*, es testimoniada también por Pablo, que asiste a todas las asambleas, toma nota y, aunque no participa directamente en los debates, interviene para decir, como es característico en él, alguna frase corta, tajante, aguda, irrecusable.

Gabriel se desempeña muy bien pero se le nota fatigado. Realiza una labor muy por encima de sus facultades corporales. Con una toalla envuelta al cuello preside las sesiones. Aquel hombrecito, aparentemente frágil, había sido el más connotado en las acciones de 1927 y había ganado enorme prestigio entre los estudiantes universitarios.

Unas tras otras se suceden las sesiones donde salen a la luz los vínculos mantenidos con la tiranía por numerosos profesores que habían integrado los tribunales disciplinarios. Algunos merecían debates más profundos como los casos de Antonio Sánchez de Bustamante y José Ricardo Núñez Portuondo.

Pablo fue asiduo concurrente a aquellos debates, verdaderas tribunas donde se comentaba, discutía y, casi siempre, se echaba peste del gobierno y los partidos políticos. En cierta medida las asambleas llegaron a ser verdaderos parlamentos pues los estudiantes pasaban revista a múltiples aspectos de la realidad: la huelga médica, las luchas de los campesinos, obreros y sindicalistas.

De las asambleas nos dijo Pablo que eran su escuela, pues había aprendido de política nacional, eran fuente de información y por ellas pudo valorar el pensamiento de los distintos líderes estudiantiles, la vida académica y la conducta de los profesores.

Uno de los hechos que suscitó el interés de la masa estudiantil en esos momentos fue el anuncio acerca de la acusación que haría Eduardo Chibás contra Barceló. Aquel día Pepe Elías Borges —cirujano auxiliar del hospital de Emergencias y recién llegado del exilio— hizo acto de presencia. Los estudiantes no lo conocían y observaban con suspicacia. Pablo, con fino olfato, percibió el ambiente de preocupación y, desde su habitual asiento en el ala izquierda del anfiteatro, pidió la palabra; con voz atronadora preguntó:

¿Me autorizan a hablar?, seré escueto. El forastero que ha llamado la atención es mi amigo de infancia y adolescencia, Pepe Elías Borges, manicato, compañero de Mella y expulsado de dos

capitales europeas. Es, además, entrañable amigo de Gabriel y ha venido por simple curiosidad para ver cómo juzgan a los profesores que le condenaron a seis años de expulsión.

Una salva de aplausos sacudió el recinto con algunos vítores por cuenta del grupo del Ala Izquierda Estudiantil.

Al iniciarse la sesión de la tarde, Eduardo Chibás sentado en la fila de luneta más alta pide la palabra para acusar a Gabriel porque andaba con comunistas en Nueva York. Se levanta Pepe Elías y con voz sonora pero tono áspero dice: «Chibás no dice toda la verdad, debió decir que mientras Pablo y Gabriel lavaban platos para ganarse el sustento, él andaba por las principales avenidas de la ciudad en automóvil.» Dirigiéndose a Pablo le pregunta: «¿Cierto o no, Pablo?» Y este le replica: «Certísimo.» Chibás abandonó la asamblea.

Gabriel había dejado de presidir la Asamblea tras la sesión en la que Chibás planteó la acusación hecha trizas por Borges y Pablo. Tenía fiebre y cefalalgia. Lo sustituye Aureliano Sánchez Arango (Yeyo) quien pasa a ser líder del movimiento estudiantil. Yeyo se muestra autoritario y opositor al AIE. Roa, quien fue su amigo y lo siguió hasta que llegó a ser ministro de Educación en el gobierno de Carlos Prío, hizo todo cuanto le fue posible por salvarlo ideológicamente; también Pablo, quien le anunció su debacle política tras su incorporación a la Joven Cuba.

Más de una vez he tenido que responder a la inquietante pregunta acerca de la amistad tan prolongada entre Roa y Yeyo. La respuesta está relacionada con el carácter generoso de Raúl para quien la amistad era una especie de talismán, un conjuro de su espíritu generoso y fraternal. Raúl sentía la necesidad de apoyar al amigo.

Por la dialéctica de su desarrollo aquellas asambleas depuradoras se convirtieron en órganos de debate político. Eran tiempos convulsos en los que se desarrollaban violentas discusiones en torno a la situación del país y a la enconada lucha por el poder, signo distintivo de las diversas facciones políticas que ansiaban ganar la silla presidencial.

La diplomacia yanqui al servicio de los intereses imperiales se mostraba decidida a mantener su dominio sobre la Isla, para ello requería un gobierno débil, sumiso, servil y, al mismo tiempo, lo suficientemente capaz de preservar el orden y sojuzgamiento del pueblo.

El binomio Mendieta—Batista era la pieza perfecta siempre dispuesta a cumplir los dictámenes de Welles, sin embargo, Estados Unidos no se mostraba satisfecho. Las reacciones del pueblo eran cada vez más peligrosas; sucedía la ocupación de ingenios y, en algunos casos, se crearon soviets, lo que aumentaba el temor ante el peligro comunista.

Por otra parte, la situación internacional era complicada. Temiendo un cambio brusco en la correlación de fuerzas, el gobierno norteamericano toma la decisión de sustituir a Wells por Caffery con instrucciones precisas de recurrir a cuanto método considerara necesario para dejar limpia la retaguardia. Caffery devino el más cruel procónsul yanqui mientras su coetáneo Wells dejaba tras sí sus sueños irrealizados de un ascenso en la carrera diplomática.

Entre los meses de junio y noviembre de 1934 Pablo no deja de publicar en *Ahora* numerosos artículos sobre diferentes temas. Entre ellos se encuentra uno que tuvo gran connotación política, «Después de una tumultuosa asamblea acordaron cerrar el local del Ala Izquierda.»¹⁹

En un ala del edificio, en su planta alta, el AIE ocupaba un local utilizado como biblioteca y aula de filosofía y literatura. El sitio servía también para reuniones. Por iniciativa de Ladislao González Carbajal se le pidió al pintor Jorge Rigol que dibujara en la pared un mural sobre Mella. Los integrantes del AIE estaban orgullosos de la obra, por demás absolutamente justificada y dedicada a quien había sido reformador de la Universidad. El local nunca había sido custodiado.

¹⁹ Pablo de la Torriente Brau. *¡Arriba muchachos!* La Habana, Ediciones *La Memoria*, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 2001, pp. 257—266.

Las luchas entre las distintas tendencias políticas en el seno del estudiantado rezumaban tensión y belicosidad. Se afirmaba que no se dejaría participar a los estudiantes de izquierda en la manifestación del 27 de noviembre.

Aprovechando la falta de protección un grupo de muchachos irrumpe en el local y con tinta negra emborriona el mural de Mella; la respuesta iracunda de los del Ala Izquierda no se hizo esperar. Inmediatamente se convocó a una asamblea para debatir y enjuiciar a los que cometieron tal desmán.

Todo hacía presagiar una acción violenta cuyo resultado conduciría a una batalla a tiros pues algunos estudiantes, en especial los inculpados, poseían armas de fuego. Los del Ala Izquierda habían logrado pasar en las carteras de las compañeras algunos revólveres.

La asamblea comenzó con expresiones de tirantez e insultos políticos y personales entre las dos tendencias. El Ala Izquierda pedía un consejo disciplinario imparcial. Ellos eran mayoría y las discusiones llegaron a ponerse al rojo vivo.

En el momento más crítico, cuando ya parecía inminente la pelea, pidió la palabra Pablo y dijo una frase tajante y humorística que calmó los ánimos y varió el rumbo del debate. Hubo palabras enaltecidas para Mella. Se acordó que los estudiantes sólo emplearían los locales de la universidad para actividades culturales.

Aquella acción beligerante del estudiantado dejaba clara evidencia de las controversias manifiestas entre las diversas tendencias políticas presentes en el panorama de la nación. Un ejemplo fue la manifestación del 27 de noviembre, escenario de violentas disputas y algunas que otras trompadas. Un compañero de Mella, de los manicatos, hombre fuerte y de izquierda, actuó como protector de algunos estudiantes. Hubo un tremendo *rollo* con Chibás por insultar a un compañero negro que lo cogió para lanzarlo al agua por encima del muro del malecón.

Tiempo de contrapunteo...

El año 1934 se define controversial en política. De una parte, una cierta radicalización del pensamiento. El marxismo se propaga y surge la polémica. El Partido Comunista entra en el debate, su inercia se ha roto y desborda su acción y propaganda. A ello contribuyen las muertes evocadoras de Rubén y Pepe Elías, así como la presencia de las cenizas de Mella engendradoras de las más gigantescas y tumultuosas manifestaciones que tuvieron lugar en La Habana.

De otra parte, comienza una cierta avidez por la lectura de libros de contenido marxista. En los jóvenes nace una audacia nunca antes vista. La Universidad y el Instituto de Segunda Enseñanza son focos activos de lucha. La mente de la juventud es más inquieta; busca el estudio para la solución de los problemas de la Isla. Desde La Habana hasta Oriente el ambiente es fúlgido, vivaz, anhelante.

Los jóvenes van dejando de leer a Salgari y a los «pieles rojas»; buscan denodadamente aventuras humanas y reales. En esta época aparecen varios libros que inundan el deseo juvenil: *Así se templó el acero*, de Nicolai Ostrovski y *Chapáiev*, de Dimitri Furmánov; traducciones en español que, en parte, llenan las ansias de escritores, literatos, poetas, periodistas. Una librería de la editorial Zenit publica varios textos de Marx, Engels y Lenin: *El Capital*, *Anti-Dühring*, *El Estado y la Revolución*, *El renegado Kautsky*, *El ABC del Comunismo*; poemas de Mayakovsky y el muy discutido libro de Nemilov, *La tragedia biológica de la mujer*.

El cine irrumpe con su lenguaje alucinante: *El acorazado Potemkin* y *Tempestades sobre el Asia*; pero indiscutiblemente el texto más impactante fue *Diez días que estremecieron el mundo*, de John Reed.

Nace un movimiento que ya no dará vuelta a la hoja. Cambiará unas veces, suscitará divergencias y conflictos pero será inexorable.

Surgido de bases autóctonas a partir de una interpretación del pensamiento de Martí que inicia Julio Antonio Mella, en Cuba el movimiento comunista inaugura una nueva etapa de su lucha.

Comienza 1934 con un acontecimiento que si bien no tuvo gran trascendencia popular incluyó un problema reivindicativo. La Federación Médica de Cuba, con el oculto propósito de valerse de la presencia en el gobierno de Ramón Grau San Martín, un médico federado, intentaba resolver a su favor el conflicto que mantenía con los centros regionales desde 1930.

Como resultado de la huelga pierde los mejores puestos en los cuerpos médicos respectivos. El paro de los galenos había merecido el apoyo de la CNOC y del Partido Comunista. Varios representantes de esas organizaciones integraban su comité: Jorge Antonio Vivó, por el Partido Comunista; Martín Castellanos por la federación, y José Elías Borges, recién incorporado al trabajo médico, tras su llegada del exilio.

Visto así este año es también prolífico para el periodista Pablo. Siguiendo el ritmo de su serie de reportajes «105 días preso», publicada en *El Mundo*, expone con sagacidad hechos y situaciones de la vida política y social de Cuba.

Habría que adentrarse bien en la intensa producción pablana de ese período para percatarse no sólo de la abundancia de su creación sino de su capacidad para analizar la realidad que lo circunda.

En 1934 publica sus más brillantes y originales artículos en las páginas de *Ahora*. Sus reportajes rebosan profundidad de juicios, belleza lexicográfica, inmediatez y estilo directo. Sus imágenes salpicadas de humor y cubanía atrapan al lector no sólo por su prosa sencilla y directa sino por la realidad de los hechos que narra desde los propios escenarios en que se suscitan.

Como periodista alcanza la más alta cima en el interés público por la protesta, denuncia política y defensa de los derechos del hombre en un medio hostil.

Analizar su labor como *reporter* es, acaso, tarea ímproba. Su verdadera madurez la consigue con la publicación de la «La Isla de los 500 asesinatos», aparecida en enero de 1934.

Pablo supo, como ningún otro escritor de su época, desnudar el verdadero rostro del crimen. Sus personajes de presidio tienen esa rara y poco común capacidad de provocar, a un tiempo, repulsión y lástima, odio y vergüenza. Sus transgresoras descripciones de ambientes y atmósferas anticipan muchos de los recursos empleados, años después, por la literatura testimonial y el cine documental.

Otro de los rasgos de su periodismo fue, sin lugar a dudas, la maestría con que supo describir, en semblanzas ejemplares, a sus compañeros de tánganas y prisiones.

El 5 de febrero escribe un artículo en el que da a conocer el perfil de su amigo y camarada de exilio Gabriel Barceló, para entonces ya fallecido. Gabriel había sido compañero de prisión en La Cabaña. Por él sentía especial simpatía: «[...] fue precisamente Gabriel un hombre de una mente sin nubes, un hombre con visión real de los acontecimientos, con una instintiva adivinación de los hechos, reforzada por sus constantes estudios marxistas [...]».²⁰

Al conocer su muerte escribe:

Sobre su cama de moribundo, el hombre que más que ningún otro debió morir por la traición de un balazo burgués, emitía estertores impresionantes, hipos espantosos, gemidos prolongados y desgarradores y su respiración, entrecortada y anhelosa, era una fatiga mortal, una angustia que estrujaba como una mano la garganta de todos, que ponía neblina de vahídos y de llanto en los ojos y hacía rítmica la marcha del corazón estremecido por la pena honda [...]²¹

Roa también dejó de Barceló esta imagen fiel y hermosa: «Líder lo fue como pocos. Reunía aptitudes para serlo: talento, sentido político, formación teórica, coraje sin tasa, abnegación sin límites, desinterés sin medida [...]».²²

Gabriel murió el 3 de febrero de 1934 de meningitis tuberculosa. Junto a él, en su lecho de muerto, Gustavo Aldereguía, Roa y Pablo.

No pude asistir a su sepelio pues guardaba prisión en El Príncipe en unión de Carlos Font Pupo, ambos acusados de subversión y atentado contra el gobierno según estipulaba el decreto N°1 firmado por Carlos Mendieta y el ABC.

²⁰ Pablo de la Torriente Brau. «Muerte de Gabriel Barceló.» En *El periodista Pablo*, op. cit., p. 162.

²¹ Ibídem, p. 165.

²² Raúl Roa García. *La revolución del 30 se fue a bolina*. La Habana, Ediciones Huracán, Instituto del Libro, 1969, p. 155.

Aquel ambiente hostil contra los estudiantes y las fuerzas progresistas era resultado de los asaltos de la derecha, de la ilegalidad, la corrupción y el crimen que apadrinaba mister Jefferson Caffery en su estrategia de buscar a toda costa el enfrentamiento contra obreros y estudiantes para destruir toda oposición al gobierno que patrocinaba y sostenía.

Pero la ola de represalias se extendía, también, contra los campesinos a quienes se les arrebatava tierras en interés de las grandes compañías usufructuarias norteamericanas.

«El que quiera conocer otro país...»

Las luchas de los campesinos en Realengo 18, que según Pablo «tanta nombradía han merecido alcanzar con su protesta rotunda y viril frente a las ansías geofágicas», fue uno de los acontecimientos más sonados en Cuba durante los años 30 y condujo a un enfrentamiento armado.

Pablo no lo piensa dos veces. De inmediato emprende camino hacia las montañas de Oriente para escribir sobre lo que allí ocurría y el 16 de noviembre de 1934 publica la primera parte de su memorable reportaje «Tierra o Sangre», que aún me parece estar leyendo en las páginas de *Ahora* y que fue tema de conversación entre nosotros, sus amigos.

Su decisión de viajar a las lomas del Realengo, tras las huellas que dejaban oír las montañas y los sentimientos rebosantes de justicia de sus pobladores, es uno de los sucesos de más alto valor y compromiso humano de un periodista de su tiempo.

Pablo se encamina por el sendero de los sonidos del monte para escucharlos y darlos a conocer. Lo que al principio fue, quizás, curiosidad divulgativa, se convierte de inmediato en epopeya solidaria. Sólo un hombre como él, dotado de particularidades humanas excelsas de nobleza, fecunda imaginación y predisposición a la justicia social fue capaz de transformar aquel sonido de ríos y montañas en sólida adhesión. Asumió la conducta de identificación y colaboración con los realenguistas y disfrutó al máximo ese sentimiento.

La impresión que le causó el escenario montañoso la rotula en frase hermosa y honda «el que quiera conocer otro país que vaya a Oriente donde está el Realengo 18». Allí descubre no sólo distinta naturaleza sino un entorno digno de recuerdos imborrables.

Entre los hombres y mujeres de campo encuentra las sombras de legendarios héroes y epopéyicas hazañas. Evoca la contienda orgullosa y eficaz del machete criollo mambí acallando el máuser español.

Nos habla de cómo por allí operaron dos gigantes negros visceralmente cubanos —se refiere a José Maceo y a Guillermón Moncada— y otros legendarios mambises que en aquellas montañas dejaron los suspiros extenuantes de la muerte, monumento conservado con orgullo por los campesinos.

Pablo da a conocer cómo para aquellos hombres la lucha por la tierra no sólo significaba defender la pertenencia al sitio donde nacieron sus antepasados sino hacer valer sus derechos, inclusive al precio de sus vidas.

Cuando los agrimensores españoles midieron la tierra para dársela a los colonizadores utilizaron la visión perspectiva del hombre que gira sobre sí mismo; articularon un círculo —entre cada tres quedaba un espacio no usurpado— luego asiento de campesinos cubanos. Los geófagos llegados siglos más tarde ambicionaron ese espacio e intentaron arrebatarlo por la fuerza; pero los campesinos se opusieron con el grito de ¡Tierra o sangre! Esto fue lo que ocurrió en Realengo 18, primicia de la primera revolución campesina y de la que conocimos en aquella época detalles y vivencias por nuestro Torriente.

El fragor y valentía de aquellos hombres y mujeres al enfrentarse al desalojo de sus tierras pronto llenó el ambiente social y su eco estremeció la opinión pública. Las noticias se

propagaron con rapidez y encontraron acogida en diversos sectores sociales, especialmente, entre los comunistas.

Ramón Nicolau, un personaje de leyenda, fue enviado a Realengo por el Comité Central del Partido Comunista con el propósito de estudiar el terreno y organizar el apoyo a la causa de los campesinos, quienes demandaban ropa, alimentos y armas. El Partido hizo cuanto estuvo a su alcance. Pablo fue por propia decisión. Allí se encontró con Monguito y se inició de inmediato el intercambio de ideas. Lo primero fue difundir las demandas campesinas del Realengo en el ámbito nacional para luego reclamar apoyo.

Pablo reportó desde el propio escenario del conflicto. Su excepcional reportaje logró estremecer voluntades y darle dimensión nacional a la lucha. Los obreros efectúan paros en apoyo a los realenguistas. El propio Partido Comunista recomienda al AIE la realización de una asamblea para denunciar las artimañas del gobierno y al mismo tiempo recabar apoyo material y moral e instruir a los campesinos acerca de sus reivindicaciones.

En plena sierra, en las vespertinas tardes y en los ratos de asueto, Pablo lee a los campesinos la versión de las crónicas que luego publica. Sus palabras inflaman los pechos e ilusiones de aquellas humildes gentes de campo. En una ocasión, propuso que una delegación lo acompañara a la capital y ante las dudas de algunos proclamó la consigna de «Ahora a ganar La Habana». Lino Álvarez, el jefe, apoyó la idea y envió con Pablo a Gil Hierrezuelo, su segundo, y a un joven campesino.

Una de las frases más bellas escrita por Pablo en «Tierra o Sangre» expresa una insuperable enseñanza: «La naturaleza es el gran libro de la superstición campesina, que encuentra en ella todas las grandes fuerzas incontrolables: la luz, la noche, la germinación, la tempestad y el silencio [...]»²³

Nada conforma más el espíritu humano que su vinculación e interpretación con y por la naturaleza. La fisiología humana opera según sus necesidades. Los hombres de las montañas son diferentes a los del llano. Tienen mayor agilidad, una visión más aguda, un oído de mayor percepción y un sistema cardio—respiratorio conveniente a los rápidos cambios de altura y presión barométrica.

Pablo relata cómo las familias campesinas, adaptadas a los cambios bruscos de altura, tiene condiciones peculiares de vida; no obstante gustan de las reuniones; profesan la amistad y ayuda colectivas y animan sus encuentros con música y baile. Esta propensión a lo común decidió a favor de la lucha contra los geófagos. Las jornadas armadas que se libraron en el Realengo 18 yacen ahora olvidadas, pero fueron verdadero movimiento de masas que alcanzó hasta los mil hombres. Aquellos hechos heroicos unieron a personas tan diversas por sobre las ligeras diferencias de ideas y costumbres.

La caracterización que hace Pablo acerca de la mentalidad de los realenguistas es sencillamente hermosa:

[...] tienen el concepto de la tierra. Vive en ellos, palpita en ellos esta noción con fuerza silenciosa, pero potente. Y el miedo, terrible consejero de la audacia, los ha llevado a mantener una posición de arrojo e intrepidez, que, aparte de esos factores, bien pudo impresionar a los jefes de la actual maquinaria gubernamental, para no lanzarse a un ataque. Y conste que no me refiero al miedo a las balas y al machete [...] sino al miedo que dura siempre, del hombre que ha sentido gravitar sobre sí la explotación de otros hombres [...]²⁴

El miedo al que se refiere Pablo en su crónica no es psíquico sino provocado por la agresividad social.

Nunca supe si Monguito escribió sus vivencias de aquellos días en Realengo, sólo es conocido el informe que presentó ante el Comité Central del Partido; pero el simple hecho de que los campesinos lo hubieran admitido en su seno, conociendo su militancia comunista, testimonia el espíritu, vivacidad e inteligencia de aquellos humildes hombres. En el prólogo al libro *Realengo 18*, Gustavo Aldereguía escribió una frase paradigmática sobre Pablo:

[...] ¡Qué clarísima visión la tuya, Pablo, hermano, cuando al referirte a Lino Álvarez, bajo el epígrafe, «El presidente de la república de Realengo», afirmabas: «porque en las luchas de Realengo 18 en las cuales él es el máximo sostén, no hay otra cosa que la rebelión campesina, la revolución agraria que comienza a germinar»! [...]»²⁵

En «Tierra o Sangre» Pablo se revela espléndido como periodista, luchador revolucionario de ideas avanzadas y artista de la naturaleza viva, cronista y participante de los acontecimientos más sobresalientes de su época.

Después de Realengo, inconclusa aún la campaña, pero bien definida la solución en favor de los realenguistas, emprende otro viaje. Va a Chicola, esta vez en busca de información tras los grandes magnates de corrupción y privilegios ilegales, un hecho de entre los muchos cometidos en el machadato.

Su denuncia acerca del escandaloso negocio de los subpuertos, adjudicaciones destinadas para la exportación de productos agroindustriales en condiciones privilegiadas, es contundente.

Haber vivido aquellos momentos y conocer el significado de lo que Pablo escribía me permite llegar a un juicio justo y preciso del valor humano y periodístico de aquellos artículos. En un párrafo hartó significativo de su relato escribe: «El 25 de mayo de 1931, cuando ya la desvergüenza del machadismo había llegado a su colmo y el asesinato de estudiantes y obreros era casi un placer de los caballeros porristas que actualmente son cebados, como puercos de raza en las prisiones [...]»²⁶

Así denuncia Pablo el buen trato que en el Castillo del Príncipe se les daba a los esbirros de la satrapía quienes debieron ser fusilados. No conforme con esto, desenreda el ropaje de aparente legalidad con el que se encubre la entrega del subpuerto de Chicola a los Falla Gutiérrez.

Este no fue un viaje de placer para Pablo. Allí descubre uno de los negocios más sucios, ladinos y perjudiciales a la economía de la nación.

Las dictaduras que unen el robo al asesinato, el privilegio a la deshonestidad caracterizaron la República desde su nacimiento con el gobierno plattista de Estrada Palma hasta el último lacayo de los intereses yanquis, el régimen de Fulgencio Batista.

²³ Pablo de la Torriente Brau. «Realengo 18». En *Testimonios y reportajes*. La Habana, Ediciones *La Memoria*, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 2001, p.128.

²⁴ *Ibíd.*, pp.152—153.

²⁵ Gustavo Aldereguía. «Pablo de la Torriente Brau en el empuje revolucionario» [prólogo] En Pablo de la Torriente Brau. *Realengo 18 y Mella, Rubén y Machado*. La Habana, Ediciones Nuevo Mundo, 1962, p. 11.

²⁶ Pablo de la Torriente Brau. «Chicola». En *Reportajes y testimonios*, op. cit., pp. 177—178.

En diciembre ya Pablo está nuevamente en La Habana. Desde antes de su partida para Realengo 18 se suceden hechos muy significativos, consecuencia del choque entre la profunda convicción revolucionaria, inspirada en los sucesos del año anterior, y las maniobras guiadas por la embajada de los Estados Unidos, orientadas a escamotear los logros políticos e incorporar en el aparato de gobierno a las fuerzas derrotadas, es decir, al machadato, por supuesto con diferente disfraz, pero con los mismos propósitos renacidos bajo ciertos síntomas de populismo ferrarista.

Batista no podía actuar solo y buscaba afanosamente, por instrucciones de Caffery, alianza con los restos de la oligarquía echada del poder y el recién creado ABC, parodia bufonesca del *fascio* encabezado por Mussolini. En el comienzo del Prado levantan un arco de triunfo por donde habría de desfilar la manifestación organizada como pujos de poder. Pero a la mañana siguiente, el arco yacía como embrollo de papel y madera mezclado con el cieno de las calles. La posta que cuidaba al artefacto huyó. Antes de llegar a su destino los manifestantes ya habían huido despavoridos. Los miembros de la célula matriz desesperados y ofendidos decretan el asesinato de los comunistas; señalan como primera opción la de Joaquín Ordoqui, a quien le atribuyen erróneamente la acción que fue organizada por Ramón Nicolau y un grupo de revolucionarios de distintas tendencias. Entonces cobra mayor vigencia el proyecto de una

huelga general. Ya antes habían tratado de deshacerse de Mendieta con un atentado terrorista que fracasó pues el artefacto no explotó.

La agitación por la huelga comienza por los empleados del gobierno, la burocracia, y se extiende a la clase obrera que se hace eco dadas las necesidades insatisfechas. El Partido Comunista no es partidario de la movilización pues al no incluirse objetivos proletarios, reivindicaciones económicas ni derechos sindicales, la huelga carecía de sentido; sin embargo su influencia era entonces débil para hacerse imponer.

Por otra parte las medidas de Guiteras se dejaban sentir, endilgadas al grausismo. Tony Guiteras recién había comenzado a organizar un partido, la Joven Cuba, de matiz izquierdista y antimperialista pero discrepante en cuanto a métodos de acción e ideario. Básicamente su táctica eran las acciones individuales y, en ese primer momento, su primordial actividad era el secuestro para acopiar fondos económicos que le permitiera organizar una expedición armada desde el extranjero, al parecer desde el cercano México. La Joven Cuba estaba integrada por un grupo de arriesgados y valientes jóvenes aunque ideológicamente desorientados.

Los comunistas, sin embargo, estaban interesados en concertar con Guiteras un pacto con relación a la huelga. Con tal motivo me encomiendan la misión de visitarlo. Yo sabía que se encontraba en casa de los Touza, en la calle Zanja; hacia allí me dirigí. La entrevista se efectuó a partir de recuerdos personales mutuos. Le comenté que el Partido me había enviado para proponerle una alianza o frente común con el propósito de disuadir cualquier acción a favor de la huelga. Tony, sin embargo, rehusó la propuesta; aunque me confesó tácitamente que sería un fracaso pues Batista había proyectado aplastarla cruelmente, inclusive estaba dispuesto a emplear los tanques sin el menor pudor; su propósito era aliarse con Pedraza, asesino convicto. Ni Joven Cuba ni el Partido Comunista contaban con medios militares para oponerle resistencia por lo cual, lamentablemente, no había modo de paralizarla.

En un encuentro ocasional Pablo me preguntó por la posición del partido ante la huelga y le respondí que hasta donde yo sabía era de total preocupación pues no podía apoyarla ni tampoco oponerse; de hecho aquella acción no incluía ningún plan de reivindicaciones obreras. Entonces me comentó: «La Joven Cuba está en fase de organización y aún no cuenta con fuerza política. Tony Guiteras es muy valiente y bien intencionado pero no puede hacer nada ni a favor ni en contra de la huelga. No es tampoco un organizador y confía demasiado en el valor personal, lo cual no excluye que haya realizado actos importantes y tenga un plan.»

Es curioso que en aquella ocasión Pablo no hace referencia a su proyecto de exiliarse nuevamente en Nueva York.

La organización comunista cubana de aquel momento atravesaba por una seria crisis interna. Una fuerte corriente de extrema izquierda primaba entre los máximos exponentes del pensamiento marxista. Se vivían aún —y tal vez románticamente— los éxitos de la huelga de 1933. Jorge Antonio Vivó había abandonado el Partido y César Villar se encontraba en Moscú. Súmese a esto la pérdida de cuadros muy valiosos como Rubén Martínez Villena y Pepe Elías Borges. Por entonces, la organización más fuerte era el AIE con Ladislao González Carbajal al frente.

En esta época Pablo creía que el estudiantado tenía el papel hegemónico de la revolución. Veía con claridad —y más aún con pesar— el rumbo amenazador y cambiante que imperaba entre las fuerzas políticas del momento tras el fracaso de la Revolución. No podía seguir escribiendo artículos periodísticos de cierto tono porque primaba la censura encubierta. Entrevió con justeza que la situación en Cuba era cada vez más difícil tras la derrota y no tuvo otra opción que la del exilio. Esta vez se va compungido y triste, deja tras sí osamentas queridas, recuerdos y amigos que conformaron su espíritu y sus vivencias.

La situación política era muy complicada. Con el respaldo de la embajada de los Estados Unidos, Batista había creado las condiciones propicias para liquidar toda oposición al régimen y así gobernar con tranquilidad. Los «vecinos del Norte», por otro lado, exigían barrer con el peligro rojo. En esa campaña lograron arrastrar a gran parte de la pequeña burguesía temerosa ante la amenaza de perder sus intereses como resultado de su participación en el poder. Los

intelectuales se dividieron. Jorge Mañach pasó a liderar las fuerzas conservadoras. Los reaccionarios de la vieja política pactaron con el ABC mientras otros grupos, ribeteados de sectarismo terrorista, se unieron para alcanzar sus propios fines. La Joven Cuba, que había sido de franco matiz revolucionario y antimperialista, ahora se movía en otra dirección.

No existen dudas acerca del papel desempeñado por los auténticos y el ABC en los preparativos de la huelga de marzo de 1935. Ante la notable influencia que ejercían, luego de la malograda Revolución, aprovechan la confusión para derrocar al gobierno de Mendieta y compartir la tajada del poder con Batista.

Es obvio que tanto la CNOC como el Partido Comunista carecían, entonces, de suficiente pujanza entre la clase obrera y, a pesar de que compartían la certeza del fracaso de aquella acción popular, no podían oponerse al paro.

La Nochebuena del 34

El último mes del año 1934, exactamente el 24 de diciembre, nos habíamos reunido en casa de Carlos Montenegro, Ramón (Mongo) Miyar y Luis Felipe Rodríguez quien traía, como era su costumbre, algunos cuentos para leerlos entre todos y pedirnos opinión, pues no publicaba sin antes saber la impresión que dejaban sus textos en los lectores.

Nos habíamos reunido para jugar dominó y pasar juntos la Nochebuena. Al poco rato llega Pablo y comienza a hablar de la situación política. Se veía inquieto, preocupado. Enfáticamente dice: «Creo que esto no será una huelga sino una matanza; toda dictadura para gobernar lo primero que hace es limpiar la retaguardia, prefiere el silencio de los muertos antes que el vocerío de la protesta.» Llegó a insinuar que tal y como estaban las cosas no le quedaría más remedio que volver al exilio. Todos asentimos, pero Mongo se molestó y en tono enfático dijo: «Dejemos la política a un lado y sigamos jugando.» Por su parte Montenegro reflexionó: «Cuando en la cárcel hay silencio de día es que se están fraguando los crímenes de noche», y dirigiéndose a Pablo le preguntó: «¿No es así como se operaba en el presidio de Isla de Pinos?.»

La conversación terminó con un exabrupto de Mongo: «Coño, caballeros pongan atención.» Todos volvimos al juego pero Pablo aprovechó para desaparecer misteriosamente.

Ese día habíamos comprado un pavo para celebrar la Nochebuena. Cuando fuimos a comérmolo, cuál no sería nuestra sorpresa al comprobar que del pavo sólo quedaban los huesos. Ese fue el último chiste que nos hizo Pablo antes de su segundo exilio.

Me parece aún escuchar su voz mientras jugábamos dominó. Una y otra vez volvía a comentar la situación que vendría inevitablemente para el pueblo y las clases más humildes, dando muestras, otra vez, de su aguda percepción política. Sus premoniciones se cumplieron. Jamás la nación vivió momentos más duros como los de la huelga de marzo de 1935. Se me ocurre que tal situación puede compararse con lo que hizo Thiers contra el indefenso pueblo parisino luego de La Comuna. No debe olvidarse que hay hechos que la historia repite si bien no revisten las mismas características y dimensiones.

Para la burguesía proimperialista, el 13 de agosto fue, como en La Comuna, un asalto al cielo; era la revolución antimachadista encabezada por obreros y jóvenes estudiantes. Pero, la situación crítica por la que atravesaba el país exigía un gobierno que hiciera tierra rasa de la oposición.

Es ley general de todas las dictaduras que —como bien había sentenciado Pablo— para poder gobernar había que arrasar, por la vía del terror, con toda resistencia.

Los últimos rezagos de lo que comenzó siendo, al parecer, una esperanza se desvanecieron hasta extinguirse y fueron suplantados por dificultades de toda índole, desde la carencia de alimentos hasta el más violento terror. Las casas eran invadidas por la policía. Los sospechosos aparecían más tarde asesinados. El ambiente se tornaba convulso en extremo. Todo lo execrable de la vida resurgía. Las fuerzas revolucionarias inactivas y desorganizadas; la oposición política, vacilante y desorientada.

Desde que alborea 1935, Pablo decide tomar algunas medidas precautorias. Como había expresado en varias ocasiones el gobierno estaba empeñado en sepultar con las fuerzas de las armas toda retaguardia opositora. Continua enviando sus artículos al periódico, pero sus trabajos ahora tienen diversos matices de carácter histórico y social. Sólo uno, del 19 de febrero de 1935, expresa la conducta asumida por los estudiantes frente al incumplimiento y abandono de las obligaciones del gobierno ante las exigencias de los universitarios.

Se acuerda hacer un manifiesto público para demandar la derogación del fuero militar en la Universidad, que firma el Comité de Huelga, representación de un real Frente Único, encabezado por el miembro del Partido Comunista Ladislao González Carbajal y leído por Laudelino González, del Partido Auténtico, mi compañero en el hospital de Emergencias.

En medio de un clima de confusión y descrédito Pablo se percata de las sucias maniobras del gobierno Mendieta—Batista, lacayos del embajador Caffery, para imponer el orden en el país y salvaguardar los intereses económicos norteamericanos.

La huelga

En las sombras del olvido yacen los acontecimientos que tuvieron lugar en 1935. Era posible advertir lo que se incubaba. El embajador Caffery había arribado a la Isla con instrucciones precisas de acabar a toda costa con la resistencia de la retaguardia. Si lo lograba le valdría un ascenso personal. Su principal función era someter a sus dictados al presidente y al jefe del Ejército, es decir al dúo Mendieta—Batista que, en poco tiempo, derivó en una alianza trifásica Mendieta—Batista—Caffery. Cumplido su primer objetivo, el procónsul yanqui procuró buscar apoyo en otros sectores políticos: el elegido fue el ABC.

La huelga que se venía cocinando le dio la oportunidad al gobierno de limpiar la retaguardia de opositores. El mes de marzo se convirtió en una fecha luctuosa cuyo desastre fue previsto por Pablo, Guiteras y el Partido Comunista. El Gobierno jugó un doble papel, de una parte permitía que se desarrollara la huelga con el malévolos propósito de aplastarla; de otra, preparaba las condiciones para abatirla con todo rigor. El gobierno conocía los planes que se urdían y también la debilidad de las fuerzas políticas. Batista, acostumbrado a *nadar y guardar la ropa*, como dice un refrán popular, venía preparando su aparato de represión. Con tal fin llamó a Pedraza, a quien mantenía con toda intención alejado, para que se pusiera al frente de la policía, y así hacer recaer únicamente sobre él toda la responsabilidad y el odio popular.

La huelga de marzo de aquel año no contó con apoyo armado. La masa estaba a merced del terror. La Universidad clausurada; los periódicos bajo censura; la radio, silenciada. No había tráfico de vehículos excepto los del gobierno. Se vivía una especie de estado de sitio. Los tanques recorrían las calles y disparaban ráfagas de ametralladoras contra balcones y azoteas ante el temor de francotiradores. Todo estaba tomado militar y policialmente. Los cafés cerrados. Las noticias eran confusas y alarmantes. Circulaban constantes versiones acerca de asesinatos y secuestros de personas. Sólo había un medio de comprobarlo: personarse en el necrocomio, lo cual implicaba de hecho un riesgo.

Tampoco había capacidad ofensiva por parte de los promotores de la huelga. Las fábricas estaban vigiladas. Bajo la más mínima sospecha de «comunistas», se llevaban presos a estudiantes, empleados públicos y, sobre todo, a obreros, a quienes inmediatamente dejaban sin empleo sin que mediara investigación alguna para comprobar la exactitud del cargo imputado.

El balance fue trágico. El terror y el pánico además de los despidos masivos fueron el signo distintivo de aquellos tenebrosos días. Llovieron las cesantías de empleados públicos, maestros, alumnos de hospitales y hasta médicos. El aparato del partido, por otra parte, quedó desintegrado en sus órganos intermedios. La Federación Médica de Cuba fue clausurada. Aquella generación pasa a la historia ofendida pues fue derrotada por la vileza y la cobardía. Guiteras permaneció inactivo. Él tenía otros planes, había manifestado que no podría ni participar ni dar ayuda a la huelga. El partido tampoco la apoyaba pero no tenía otra opción que

asumir responsabilidades por su papel dirigente de la clase obrera a la que no se podía dejar sola.

Luego de segada la esperanza e invalidado el esfuerzo y los sacrificios de aquellos días, Guiteras cree llegado el momento de poner en ejecución su plan: salir ilegalmente del país con el propósito de armar una expedición para venir a combatir a la Isla. Confiado en que podría recibir apoyo y colaboración en la Marina de Guerra, donde sin duda tenía influencia, confió el secreto a Carmelo González, comandante y amigo personal. El partido le había advertido acerca de ciertos comportamientos de oficiales de la Marina que, bien por oportunismo o por temor, ya estaban comprometidos con Batista. La historia tendría la razón. Guiteras fue traicionado por quien creía su amigo. Sin pérdida de tiempo Batista envió el ejército al sitio por donde se efectuaría la salida con la orden de capturarlo vivo o muerto. La heroica resistencia de Guiteras y Aponte en El Morrillo, lugar cercano a la ciudad de Matanzas, hizo que ambos revolucionarios encontraran la muerte en heroica resistencia.

Con aquella estocada Batista ponía fin a toda oposición a su gobierno al tiempo que deshacía un plan muy peligroso para mantener la estabilidad del país, compromiso pactado de antemano con mister Caffery y los Estados Unidos.

En los días que duró la huelga el Partido Comunista sufrió la pérdida de numerosos y valiosos cuadros que habían tenido que pasar al clandestinaje. Recurrió, entonces, a otros de menor experiencia y preparación para seguir la lucha.

Luego del fracasado paro, Pablo no tiene otra alternativa que marchar nuevamente al exilio. Era rabiosamente buscado por los cuerpos policiales. El gobierno no había echado al olvido sus actividades revolucionarias, periodísticas y su influencia sobre la masa estudiantil. Su vida en el clandestinaje no era útil y comprometía a numerosas personas que, por entonces, le ofrecían sus casas como refugio. En carta a su madre le cuenta las razones que lo llevan al exilio, entre otras arguye: «llevaba un buen tiempo huyendo».

Luego de varios intentos, al fin pudo conectarse con el embajador de Uruguay que le dio asilo y ayudó a preparar su viaje a Nueva York. Era su segundo exilio político pero ya no va con el mismo ánimo de la primera vez. Lleva consigo la pesadumbre de la derrota, más aún, el dolor por la victoria de los enemigos de la patria, dura crítica a la conducta asumida por los que dejaron indefensos a quienes creyeron en ellos.

Capítulo III

Nueva York: siempre llovizna, siempre frío...

Un día invernal de abril de 1935 en el que «un gris indecente y una lloviznita puerca y helada» le calan los huesos, llega Pablo a Nueva York. Sin dinero ni perspectivas de trabajo, sólo lo consuela una ilusión: publicar *Presidio Modelo*. En estos días coincide con su prima Loló de la Torriente que venía de California. De su primer encuentro con Pablo en Nueva York, Loló deja este retrato: «[...] Lo veo pálido, desencajado, con el perfil más pronunciado; los ojos relampeagueantes, como ónix humedecidos, febriles. Tiene un gripazo tremendo [...] Está furioso con la enfermedad [...]»²⁷

Loló le consigue un abrigo. Después de refunfunar, Pablo se toma una aspirina y una taza de té caliente; recupera su optimismo, compostura y renace su habitual optimismo. Se repone y la prima lo lleva a visitar a la madre de Carlos Aponte, «su hermano», como casi siempre lo llama. De momento crece en Pablo una idea: hacer gestiones para publicar su libro sobre el presidio.

No le importa el dinero. Considera tarea urgente su publicación por eso se impacienta. Se siente intranquilo y malhumorado.

Recibe de La Habana una carta de José Antonio Fernández de Castro, enviada por conducto de José Zacarías Tallet en la que le comenta las gestiones emprendidas por Langston Hughes, autor de *El inmenso mar*, para ofrecer a sus editores una selectísima antología de cuentos cubanos; le pide que le haga llegar *Batey* y las poesías de Teté Casuso.

En respuesta a José Antonio, ofrece su primera valoración de la huelga de cuyo fracaso culpa a la impotencia y estupidez de los partidos aspirantes al poder que permanecían cruzados de brazos. En esa carta del 8 de octubre de 1935 Pablo deja la impronta de su cariño fraternal por Rubén Martínez Villena y Gabriel Barceló, de quien dice haber empezado a escribir su biografía y agrega, «también la de Julio Antonio Mella, una de mis grandes admiraciones antiguas». Enumera las dificultades económicas por las que atraviesa y las represalias que han adoptado con su familia en La Habana, todo ello sin dar muestras de desmayo.

En carta dirigida a Rafael Suárez Solís, gran periodista y amigo, retoma el tema de la huelga y culpa a guiteristas, auténticos y abecedarios de querer ganar el poder como un regalo de los estudiantes y obreros que han ido a la huelga sin protección alguna. Se explaya contra aquellos que la tildan de prematura y defiende que era impostergable ante la situación que atravesaba el pueblo expuesto al terror, el crimen y las vejaciones. En esto le asiste razón, pero no aborda otros aspectos como la irresponsabilidad de sus organizadores, pues no se convoca a una huelga sin dar cobertura de reacción defensiva, así como sin establecer las demandas a favor de los sectores que la realizan.

La situación estaba preñada de necesidades, por ejemplo, el levantamiento de la clausura en la Universidad y el respaldo a su autonomía; las demandas sindicales, contra la violación de los derechos humanos y la detención de las agresiones de la policía y la soldadesca. El ABC, como los grausistas, habían participado de ella con un solo objetivo: el poder.

En tal situación de ánimo y molesto por los errores que condujeron a la derrota, a Pablo le llega una noticia procedente de La Habana: el ejército de Batista ha asesinado a Tony Guiteras y a Carlos Aponte cuando esperaban la lancha en la que debían salir del país. Al referirse a este hecho comenta: «Los dos tuvieron excesos imprudentes y errores graves. Carlos Aponte, era un desbordamiento de la virilidad lo que padecía y Antonio Guiteras sufrió como pocos la angustia caliente de la revolución.»²⁸

A pesar de la desconsolada derrota, en Pablo no hay desaliento; para él la revolución es parte de la vida. Sus palabras de entonces parecen dichas ahora mismo:

[...] La revolución es parte de la vida y no puede substraerse a las realidades de la vida. La revolución no es el sueño de un poeta solitario sino la canción imponente y sombría de la muchedumbre en marcha [...] Y la revolución es grande, a pesar de todo, porque sólo en ella pueden encontrarse hombres tales; porque sólo en ella pueden encontrarse hombres así, capaces de tener el valor, la dignidad, el desinterés y la angustia de muchos [...].²⁹

Sus juicios acerca de la revolución y los hombres que la construyen revelan con profunda claridad lo que antes Martí había expresado acerca del decoro de los hombres. Lo que Guiteras y Aponte quisieron realizar se ha intentado y seguirá intentándose por todos aquellos que no consideran la Revolución sólo como un episodio interesante de la juventud.

¡Cuántos compañeros de lucha vio caer destrozados en la encrucijada! Anticipándose a su propio destino escribió «[...] Ningún héroe es verdadero si no es más grande en la muerte que en la vida, si no queda más vivo que nunca, después de su muerte[...]»³⁰. A lo que debe añadirse, sólo después de la muerte el hombre es grande, si el pueblo lo recuerda. Los halagos en vida son como los fuegos fatuos, duran hasta que sopla la primera brisa del nuevo amanecer.

²⁷ Loló de la Torriente. *Retrato de un hombre*. La Habana, Instituto del Libro, 1968, p. 107.

²⁸ Pablo de la Torriente Brau. *Hombres de la Revolución. Páginas escogidas*, op. cit., p. 331.

²⁹ *Ibidem*, pp. 332-333.

Pablo, como también Mella, tuvo la gloria de servir a la revolución; se dio por entero tomando para sí la parte áspera y solitaria de la rebeldía y la indignación.

En Nueva York, trabaja «en lo que aparece» mientras llega la oportunidad de regresar a cumplir con ese deber de sangre que tienen los hombres con su patria. Habla, pronuncia discursos, colecta dinero para entregarlo al Club *Julio Antonio Mella* y a Defensa Obrera Internacional. Sus discursos sostienen una tesis, muy bien recibida y asimilada, acerca de que Cuba era el principal escenario de la lucha contra el imperialismo yanqui en toda la América y en ella debían concentrarse los esfuerzos de todos los revolucionarios del continente, porque una derrota del imperialismo en Cuba implicaría *ipso facto* un debilitamiento general del mismo en toda América, particularmente en el Caribe.

Pablo ha tomado conciencia plena de su papel como revolucionario en el exilio. Esta vez no lo roe ni la ansiedad ni el desespero. Provoca una huelga de una hora en Harlem, primera que realiza en Nueva York y pone en alarma a la policía. Asume con entera responsabilidad el propósito de aunar voluntades principalmente entre los residentes latinoamericanos. Ha logrado convencer para ayudar a Cuba porque es la que mantiene la ruda beligerancia. Su espíritu se ha sublimado. Prepara discursos, escribe artículos, funda clubes donde los emigrados bailan y se divierten con el fin de recaudar dinero para ayudar a la lucha.

De Cuba reclama noticias a sus amigos. En su primera carta a Ramiro Valdés Daussá, Pablo le comunica haber encontrado documentos interesantes. Se trata de copias de unas cartas de Orestes Ferrara dirigidas a personajes cubanos del machadato. Las cartas ponen en evidencia la posición ladina asumida por este personaje político al servicio de Machado y sus sucios planes hasta culminar en la actitud represiva del ejército ante la huelga de 1935.

Pablo se dispone a echar por tierra la «pulcra» imagen de Ferrara y le propone a los compañeros del Ala Izquierda Estudiantil publicar un folleto-denuncia con el propósito de darle amplia distribución en Cuba. Tras vencer grandes dificultades el folleto se publica por Izquierda Revolucionaria (IR). No fue empresa fácil puesto que se trataba de una acusación de las actividades machadistas por recuperar el poder.

En los juicios de Pablo gravita dolorosamente el fracaso de la huelga de marzo; por esa razón inquiere por las causas reales. Le resulta extremadamente triste la muerte de Guiteras pero, más aún, la de Aponte. Uno de sus sueños inconclusos era viajar a Las Segovias, donde había combatido el joven revolucionario a las órdenes de Augusto César Sandino, pero los acontecimientos de su tiempo le terciaron el camino.

Pablo sentía una especial admiración por la inquieta personalidad del venezolano. La noticia acerca de su muerte, sin embargo —según confiesa a sus amigos— le insufló orgullo pues Aponte murió como quiso: como un hombre de coraje.

Al retomar ahora su recuerdo quiero compartir una deliciosa anécdota, tal vez desconocida por Pablo, que revela un rasgo de la personalidad del venezolano: su temeridad.

Un grupo de estudiantes en unión de Aponte nos encontrábamos en las inmediaciones de la Universidad. Con el fin de impedir nuestro acceso al recinto, la policía —temerosa de que pudiéramos tomarlo como bastión— colocó sus carros patrulleros alrededor de la calle San Lázaro formado un cordón casi impenetrable. Los patrulleros daban vueltas y vueltas constantemente. De pronto Aponte dijo: «Vaya que joden estos zopilotes negros, ya me ha provocado coraje.» Sin mediar una palabra desenfundó la pistola y disparó ante nuestras atónitas e incrédulas miradas. El auto policial impactado se estrelló contra uno de los muros de la Universidad. Hubo varios policías heridos. Nosotros logramos escapar aprovechando la sorpresa y la confusión; pero la noticia se hizo pública, lo cual provocó el cambio del sistema de guardias policiales de ronda por el de postas fijas.

En su crónica «Hombres de la Revolución»³¹ Pablo desentraña el gran sino de la revolución cubana: la ambición, el divisionismo. El bocado predilecto era, entonces, la Joven Cuba, sin jefe y con mucho dinero recaudado.

En esos momentos en Cuba, los prisioneros de El Morrillo aguardan en la cárcel el fallo del tribunal, que se decía sería el fusilamiento, con excepción de las mujeres.

³¹ Pablo de la Torre Brau. *Hombres de la Revolución. Páginas escogidas*, op. cit., pp. 331-335.

La solidaridad fue la primera actividad que motivó la acción política.

Desde que se supo la muerte de Guiteras, Pablo se dio a la tarea de organizar mítines por la libertad de los prisioneros y denunciar que se les pretendía fusilar. Pablo utilizó la vía de Defensa Obrera Internacional, con la que mantenía estrechas conexiones. A través de su amigo Carleton Beals, contactó con Waldo Frank y otros intelectuales norteamericanos, quienes dirigen una carta a Mendieta y a Cordell Hull en la que denuncian en términos enérgicos el estado de terror impuesto en la Isla. En La Habana a pesar del clima de terror se había organizado una Comisión Protectora del Preso.

Su enfebrecida actividad de aquellos meses en Nueva York le impiden sistematizar los apuntes del diario, en los que, al parecer, deja constancia de su quehacer cotidiano. En sus notas del 30 de junio relata la llegada de Teté Casuso a Nueva York y la ocupación a la que dedica todas sus energías intelectuales: la elaboración del folleto sobre Ferrara que espera terminar pronto para enviarlo a La Habana.

Recuerdo cómo se distribuyó el folleto y el impacto que tuvo no sólo entre nosotros, los revolucionarios, sino entre todo aquel que pudo leerlo. Algunas personas aún lo conservan al considerarlo un documento de extraordinario valor por el análisis que hace de la figura de Ferrara y de la época.

Este texto, poco divulgado con posterioridad, demuestra la capacidad y madurez política con que Pablo analiza y denuncia la situación por la que atraviesa Cuba.

Una fiebre intensa de escribir lo apasiona por estos días. Ya un mes antes había terminado su libro *Presidio Modelo* y con su acostumbrada jocosidad refiere: «aunque no he conseguido trabajo alguno, no hago más que trabajar». Pero no es hasta septiembre que encuentra empleo en un cabaret donde —como dice— «voy defendiéndome con las propinas».

Precisamente en ese mes da los toques finales a un aparato imprescindible para unir a los exiliados que profesan una ideología común: La Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista (ORCA) independiente e integrada sólo por aquellos que tienen un ideario antimperialista y son, consecuentemente, revolucionarios de acción. En ella militan junto a Pablo, Raúl Roa y Gustavo Aldereguía, mientras Aureliano y Pendás van a incorporarse a la Joven Cuba con evidentes fines de aprovecharse del testamento heroico dejado por Guiteras.

La preparación de tamaña empresa pone de manifiesto la madurez ideológica y política que ha alcanzado Pablo. Un hombre de su integridad racional, con su maravilloso don para enfrentar las adversidades y con la calma sonriente de quien vive la vida a toda plenitud, a quien jamás invade ni el desaliento ni la incredulidad, la tristeza es sólo objeto de burla y las dificultades juegos del destino.

Él conserva la viveza y curiosidad de la adolescencia; sin embargo, está sujeto a una angustia que lo devora. Ha escrito un buen libro; más que un deseo, verlo publicado es un tormento que lo abrasa. Si no lo logra habrá dejado inconclusa la aspiración de dar a conocer la apoteosis de la deshumanización, de la culpa, de los perversos instintos de los hombres a los que se les da poder sobre los culpables de la ley y de la justicia. Tiene plena conciencia de que es un libro necesario, no limitado por fronteras.

Desde que llega a Nueva York le acompaña la idea de editarlo. A los que se lo muestra coinciden en que es un libro epocal, magnético, cuya lectura estremece; pero al finalizarla siempre las mismas palabras: una denuncia implacable pero difícil que lo publiquen.

Pablo, sin embargo, no es hombre de desmayos y responde a Fernández de Castro: «De tu carta lo que más me interesa contestar, en el orden personal, es tu ofrecimiento de publicar allá el libro mío de *Presidio* [...]»³²

Libro de excepcionales cualidades, de apasionada denuncia, Pablo nunca pudo verlo editado en vida. Le había dejado a su entrañable Raúl Roa, *El Loco*, una copia mecanográfica. En el ejemplar que se me obsequió, en su primera edición, en La Habana, su hermana Zoe, apreciable amiga y colaboradora bibliográfica, escribió de su puño y letra el siguiente texto:

«En este último país [México] es probable que se publique pronto mi libro sobre el Presidio Modelo y hasta es posible también que en España [...] Esto no me dará nada según parece, pero saldré de ese cargo moral que tenía por no haberlo publicado.»³³. No logramos explicarnos por qué Raúl Roa, a pesar de nuestra reiterada solicitud de que editara esta obra, la ha mantenido inédita 34 años perdiendo actualidad.
16 de septiembre de 1969.

Presidio Modelo, pasará a la historia de la literatura como algo único por el valor de sus juicios y la contundente denuncia de los crímenes. No es una novela de horror, aunque podría serlo. Tampoco es una obra testimonial en el sentido exacto de la palabra: los muertos no pueden hablar. Es una investigación criminalística fundamentada en los hechos y el relato contado al autor por numerosos testigos con espectros muy diferentes en sus opiniones y formas de narrar pero siempre afianzados en la memoria de recuerdos veraces, independientes de normas de moralidad y prejuicios. Muchos de ellos arrastraron sus temores por el resto de sus vidas.

³² Véase, carta a José Antonio Fernández de Castro, 5 de junio 1935, en *Cartas cruzadas*, op. cit., p. 90.

³³ Pablo le escribió a su padre en esa fecha, desde Nueva York, sobre la posibilidad de publicar *Presidio Modelo* en España. Véase *Cartas cruzadas*, op. cit., p. 122.

Este género, si así pudiéramos calificarlo, tiene muy pocos cultivadores, incluso a escala universal. Hay razones para ello, quizás la más válida sea su aspecto económico por venta restringida; también el asco o los escrúpulos, sin olvidar la resistencia tenaz que opondría la burguesía propietaria de los medios de producción, pues como le dijeron a Pablo, lo que él denuncia ocurre en mayor o menor medida en todas las cárceles del mundo. Matar era y —en muchos sitios, sigue siendo— el mejor método para imponer la disciplina carcelaria y eliminar presos inconvenientes. La sociedad burguesa se denunciaría a sí misma.

En el ámbito universal existen dos títulos que, salvando las distancias de contexto social, describen al igual que *Presidio Modelo*, los horrores de la vida en la cárcel. Uno es *Memorias de la casa de los muertos*, de Dostoievski y el otro, *Los verdugos*, de Henri Barbusse referido a las prisiones balcánicas.

A diferencia de los anteriores textos, *Presidio Modelo* es un libro terrible, agónico, poderoso y apasionado. Es, como me dijera Raúl Roa «una obra macabra, escrita por un hombre sublime que no pudo encontrar explicación a la sicología de Castells».

Como el «Zar de Isla de Pinos»³⁴ califica Pablo a Castells. Cree ver en él una doble personalidad, lo cual lo acerca a una enfermedad orgánica. Sin embargo, no era ni lo uno ni lo otro. Castells era un asesino vesánico. Es posible que esta descripción se ajuste más a la idea de Carlos Montenegro, excelso cuentista, que lo define como «un asesino que tenía la imperiosa necesidad de matar», en un escenario propicio para el crimen, entronizado por Machado como medio de represión contra el adversario político, lo cual tampoco niega vejámenes anteriores producidos en la época de la colonia —baste recordar la violencia empleada contra los cimarrones— hasta los más crueles realizados tras las rejas del presidio.

³⁴ Véase, «El Zar de Isla de Pinos.» En Pablo de la Torriente Brau. *Presidio Modelo*. La Habana, Ediciones *La Memoria*, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 2000, pp. 127-208.

Los victimarios son personajes indescriptibles como la naturaleza del crimen y los móviles, pero, obviamente, jamás en la historia penal cubana se había creado un centro con las

facilidades para el asesinato como lo fue el escenario de Presidio Modelo, edificación escogida para facilitar la tarea por los lugares pantanosos donde sepultar y esconder a las víctimas, en las que un hombre como Castells, con un cerebro envilecido en el horror, encontraba placer para su sevicia.

El prólogo del libro no admite comentarios. Todo está dicho. Sintéticamente Pablo atrapa al lector desde la anécdota primera que cuenta acerca de Piné y la educación de su hijo, exagerada tal vez, pero realista. El encarcelamiento sigue constituyendo una violación al ser humano. Falta mucho camino por andar para encontrar el medio justo del castigo a la violencia humana y social.

Otras cartas desde el exilio...

Desde el exilio Pablo mantuvo una frecuente comunicación epistolar con intelectuales latinoamericanos y amigos en Cuba. Sus cartas están llenas de sabias intuiciones políticas, análisis certeros y noticias de su vida, trabajo y relaciones; pero, en especial, ellas sirven para dar a conocer sus actividades revolucionarias y los disímiles medios que emplea para sostener el Club *Julio Antonio Mella* y, muy en especial, el periódico *Frente Único*. Ni un solo centavo para subsistir en esa máquina monstruosa que es Nueva York; él se afinca, sobre todo, en el valor humano y social de la publicación.

Cartas Cruzadas de Casaus, que he citado en reiteradas ocasiones, si bien es un excelente libro, coronado de las verdades y del pensamiento fecundo de Pablo, no da la imagen completa de la polifonía del patrimonio mental de Torriente Brau; faltan sus entrevistas personales, su conversación. Su vida no puede estar enmarcada sólo en sus cartas.

Preocupación constante durante los meses del exilio fue la situación de sus amigos en Cuba a quienes menciona cada vez que la oportunidad se lo depara. En carta a la madre de Gabriel Barceló le cuenta un pasaje que revela la amistad entre ambos.

Aquí, en esta ciudad tan inhospitalaria, tan cruel, tan indigna de albergar corazones generosos como el de él, hay algunos recuerdos suyos. El otro día pasé, junto con Carlos Martínez frente a la prisión de Las Tumbas, en donde los dos estuvieron presos una vez. Es una especie de castillo sombrío, de arquitectura más o menos florentina, creo, y comunicada con el edificio de La Corte, por una especie de Puente de los Suspiros. Está también el cine ante el que Gabriel hizo su protesta por aquella película denigrante. Y está el barrio de Lenox y el de Harlem en donde habló tantas veces. Pero esta ciudad vil, capital del capitalismo, capital del odio, conserva sin embargo, algunos recuerdos mejores de él: conserva sus amigos; todos los que trató, que lo recuerdan al pasar los años y que siempre tienen para su recuerdo una frase de admiración y de cariño.³⁵

Pero en Nueva York, Pablo también se estrena como crítico literario dando muestras de originalidad. Al dirigirse al escritor Jorge Icaza le hace llegar una bella y enjundiosa reseña sobre su novela *Huasipungo* de la que había publicado algunas notas estando aún en La Habana enredado en los trajines absorbentes y peligrosos de la huelga.

El libro de marras había escapado milagrosamente al registro policial que le fuera hecho en su casa, por esa razón logra llevarlo consigo al exilio. Acerca del texto comenta: «Es un libro magnífico, maravilloso, fuerte, dramático, repulsivo, atroz. En él la ironía es fuetazo. El vómito y la mierda son las palabras de denuncia [...]»³⁶

Por su fuerza patética lo califica como un libro de la Revolución. A Icaza lo llama «el poeta del asco». En Cuba, vale decir, fue bien acogido pero sólo entre los jóvenes revolucionarios, en particular, los comunistas.

³⁵ Véase carta a Apolonia Gomila, 5 de agosto de 1935. *Cartas cruzadas*. op. cit., pp. 121-122.

³⁶ Ibídem, Véase carta a Jorge Icaza. 6 de agosto de 1935, op. cit., p.125.

En aquellos tiempos era una especie de deber sagrado haber leído autores como Rómulo Gallegos, Jorge Amado, Miguel Ángel Asturias y el propio Icaza. Era común, entonces, el uso de un léxico irreverente preñado de frases obscenas, tan propagadas por Pablo y Roa en las conversaciones cotidianas. Ambos achacaban el uso de aquellas palabrotas a «rezagos de la prisión».

La correspondencia entre Icaza y Pablo, no obstante, no se ciñó sólo a este libro. Meses después escribe otra valoración crítica de *En las calles*, nuevo texto del ecuatoriano. Inicia aquella reseña con sus acostumbradas expresiones bromistas: «¡Al fin estoy leyendo «En las calles»! Y precisamente «en las calles» es que lo estoy leyendo, en los túneles del subway, a la ida y a la vuelta de mi opulento trabajo.»³⁷

³⁷ Ibídem. Véase carta a Jorge Icaza, 14 de marzo de 1936, op. cit., p.266.

Cuba, sin embargo, es su más importante pensamiento. En la Isla está el ábrete sésamo de toda América. Al amigo ecuatoriano le incluye cinco colecciones del periódico *Frente Único* para que lo dé a conocer entre sus amigos.

Pero aún saca energías para fundar otro club que lleva por nombre *José Martí*. Esta nueva organización no sólo es fuente de propaganda y unidad sino sirve como medio para recaudar fondos con los que se mantiene *Frente Único*, para él «El más valioso instrumento de información y agitación en el exilio.»

En medio de tan agitada vida, todavía encuentra tiempo para participar en mítines y huelgas, en los que desempeña excelente papel dada su hercúlea fortaleza física, más de una vez probada en forcejeos callejeros con rompehuelgas. Ya en esta fecha los portuarios neoyorquinos se mostraban reacios a cargar barcos italianos fascistas.

Una carta políticamente muy valiosa es la que le escribe a Valdés Daussá en la que expresa su satisfacción por la publicación del folleto-denuncia sobre Ferrara y donde utiliza la ironía para polemizar con aquellos que piensan que el artículo debió ser menos sarcástico y más serio. Él lo había concebido, precisamente, pensando en el carácter del pueblo cubano y en su acendrado sentido del choteo.

El método utilizado por Pablo en su correspondencia sobre Orestes Ferrara ya había sido empleado para ridiculizar las argumentaciones del contrario por Engels en *Anti-Dühring*, Lenin en *El renegado Kautsky* y Marx en *Controversia con Prudhon* y en *Miseria de la filosofía*.

En esta carta, fechada en Nueva York, el 10 de octubre de 1935, Pablo se refiere, a la conducta asumida por el trío Yeyo-Pendás-Guillot, quienes al abandonar las relaciones con el grupo más radical de los exiliados, han ido tras los remanentes de la Joven Cuba. Al referirse a Aureliano Sánchez dice: «[...] Pienso que su vida revolucionaria está en contradicción con esta actitud». Pablo sabe las razones que empujan a Yeyo a dar ese paso pero su nobleza y estabilidad política le hacen pensar con prudencia, dado los méritos revolucionarios que aquel había acumulado.

Es precisamente esta vida la que más cuestiona la fe del hombre y su solidez ideológica. Pablo les advierte sobre la posición adoptada y las razones que algún día podrían llevarlos a decretar injustas persecuciones. Es partidario acérrimo del frente único y sobre bases conceptuales denuncia el pacto del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) con la Joven Cuba por su carácter militar golpista y la exclusión del Partido Comunista. Desde el punto de vista revolucionario lo califica como una injusticia y desde lo político como una imbecilidad.

Pablo es el único de este grupo que no muestra atisbos anticomunistas. En él domina el pensamiento martiano de que el culto a la revolución sería una insensatez si no lo purgase el conocimiento de sus errores. Es partidario de la unidad con todos los que en la Isla tienen encendida el alma heroica, se resisten y luchan aún cuando la circunstancia les había obligado a abandonar el país.

Considera que no se había creado aún el ambiente propicio para la revolución y así se lo hace saber al Comité Central del Partido Comunista que intenta unir fuerzas para realizar una huelga general. En este momento su pensamiento ha madurado tanto en lo ideológico como en lo político.

Por otro lado, mantiene estrechas relaciones con intelectuales de izquierda en Nueva York reunidos en torno a *New Masses*. En un cabaret nocturno, donde trabajaba como camarero conoce a Joseph Freeman. Con él establece conversación de inmediato gracias a que el norteamericano hablaba español.

Se presenta como autor de *Presidio Modelo* y, a petición de Freeman, le hace llegar algunos artículos traducidos para su publicación.

Para Pablo, como para el resto de nuestra generación, Freeman era ya conocido como coautor del libro *La diplomacia del dólar*, una especie de manifiesto para todos los estudiantes de izquierda.

El escritor estadounidense integraba la denominada «generación perdida», a la que pertenecían, también, Waldo Frank, quien realizó la campaña electoral con Earl Browder, candidato presidencial por el Partido Comunista; Michael Gold, autor de *Judíos sin dinero*; John Dos Passos, autor de *Manhattan Transfer*, entre otros prominentes intelectuales, quienes demostraron una inusitada rebeldía espiritual contra la burguesía, actitud inédita en el panorama cultural norteamericano de la época.

Hay constancia de que también tuvo comunicación con John Dos Passos en solicitud de apoyo para el Comité Antifascista Español, del que fue uno de sus creadores y activo dirigente. No pudo contactar a Ernest Hemingway que se encontraba, en ese momento, fuera de los Estados Unidos.

Es probable que los frecuentes y variados vínculos mantenidos por Pablo con intelectuales de izquierda norteamericanos, muchos de ellos relacionados con el Partido Comunista de Estados Unidos, le hayan permitido obtener, más tarde, las credenciales como corresponsal de guerra de la revista *New Masses*.

En Nueva York coincide, también, con Leonardo Fernández Sánchez y José Antonio Guerra, hijo de Ramiro Guerra, ambos miembros del Partido Comunista de los Estados Unidos; con Joaquín Ordoqui a quien luego le escribe desde Madrid dándole cuenta de los éxitos de los comunistas españoles.

Puedo imaginar la angustia de Pablo al conocer que Fernández de Castro ha fracasado en su gestión de publicar *Presidio Modelo* en México. No obstante, se lo reclama para enviarlo a España. La editorial mexicana insiste en adaptaciones para suavizar el texto a lo que Pablo rehusa tajantemente.

Durante este tiempo da muestras crecientes de una solidez de pensamiento no alcanzada por ningún otro miembro del grupo. En su carta del 21 de diciembre de 1935 a Raúl Roa³⁸ — documento que permite acercarse a su pensamiento político y a las circunstancias y posibilidades revolucionarias de aquel momento— reitera como cuestión de principio el rechazo al pacto militar, lo considera una maniobra política para eludir el Frente Único.

En esta oportunidad hace un análisis marxista sustentado en lo que la revolución debe asegurarle al pueblo; en concordancia con Raúl Roa opina acerca de la crisis que viene atravesando el Partido Comunista en Cuba y asevera:

[...] Acaso, sin embargo, sea una crisis de la que sacará un mayor sentido de la realidad. Por lo pronto, las nuevas líneas trazadas por el séptimo congreso [Internacional Comunista] le dan una amplia autonomía, según parece, y, si no caen en el peligro que ya denunció Dimitroff en su informe, del oportunismo de derecha, yo pienso que podrán restaurar sus fuerzas los encargados de dirigirlo [...]³⁹.

³⁸ Ibídem, Véase carta a Raúl Roa, 21 de diciembre de 1935, op. cit., pp. 193-194.

³⁹ Ibídem, pp. 193-194.

Les asiste la razón a Pablo y a Roa cuando afirman que el Partido Comunista atraviesa una seria crisis. En efecto podría decirse que también la estaba padeciendo el movimiento revolucionario en general: el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), la Joven Cuba, los partidos tradicionales, el movimiento obrero y estudiantil.

Sólo en el exilio, a pesar de cierto criterio pesimista, existe actividad, principalmente la que lideran los clubes *José Martí* y *Julio Antonio Mella* y el periódico *Frente Único*, con expresiones de reavivamiento de las ideas revolucionarias.

El aparato del partido y el movimiento sindical sufren el fuego constante y sistemático del gobierno; aunque también existen problemas internos en el seno de la organización comunista cubana. Se viven momentos de grandes tensiones políticas. Llueven las delaciones.

En una reunión resultaron detenidos Blas Roca y Fabio Grobart lo cual lleva a que el doctor Martín Castellanos asuma la secretaría general del partido. A esto hay que añadir la profunda crisis financiera. Los militantes no cotizaban por temor o por escasez.

La huelga de marzo había dejado una incalculable desorganización y un terror hondo, sólido y extenso. Partidos y movimientos políticos experimentan una profunda sacudida.

Pablo se muestra atento desde el exilio y con su gran poder de intuición atisba que era necesaria la creación de un nuevo partido con un programa coherente capaz de unir a todos los revolucionarios de ideas afines con un propósito esencial: luchar contra el imperialismo. Así surge ORCA.

En un sucinto análisis, la situación planteaba el siguiente cuadro: Se desmembra el PRC (Auténtico) si bien la jefatura política se mantiene en manos de Ramón Grau San Martín; la Joven Cuba, tras la muerte de Guiteras y el encarcelamiento de algunos de sus integrantes, pasa a convertirse en el bocado al que aspiraban algunos de sus más oportunistas miembros, movidos probablemente por los fondos reunidos por Guiteras para armar la soñada expedición; el resto de los pequeños partidos como el ABC (radical), TNT, Organización Cubana Revolucionaria Radical, entre otros, se desintegran. Los antiguos miembros del DEU, ahora devenidos en auténticos, en su mayoría toman el camino del exilio; sólo permanece en Cuba Ramiro Valdés Daussá que organiza Izquierda Revolucionaria, de franco matiz antimperialista.

Ramiro y Pablo, amigos íntimos, coinciden en no pocos asuntos políticos. En *Cartas cruzadas* puede seguirse toda la discusión y argumentación respecto al alcance ideológico de sus polémicas. La más importante versa sobre la apertura de un frente único revolucionario sostenida por Pablo *versus* Partido Único, línea que atraía a Ramiro, Roa y otros revolucionarios.

A pesar de la clausura impuesta a la Universidad, el movimiento estudiantil logra constituir el Comité Estudiantil Universitario (CEU), pequeño embrión del Frente Único, integrado por militantes de diversos partidos. Su principal líder fue Carlos Rafael Rodríguez.

Lo más notable de este período fue advertido por Roa y Pablo al referirse a la crisis por la que atravesaba el Partido Comunista. Pablo se mostró interesado por conocer el origen y naturaleza de dicha crisis y con ese fin contacta con un individuo, al parecer teóricamente débil, cuyo seudónimo era Moreau. Al no sentirse satisfecho con las informaciones extraídas de aquella entrevista, polemiza con Moreau en una de sus cartas. En este sentido y en tono duro y al mismo tiempo esperanzado dice: «[...] Me irrita esta posición del partido. Yo no puedo —ni quiero tampoco— sacudir una secreta fe que tengo en él [...].»⁴⁰ Atribuye la situación creada a la ausencia de Leonardo Fernández Sánchez —ya exiliado—; la de Joaquín Ordoqui y César Vilar —presos entonces—; y también al cambio de línea política realizado por el partido al actuar fuera de la tutela que sobre él ejercía la burocracia de la Internacional Comunista tan mitológica y prepotente para entrar en una autonomía al parecer más diáfana. «[...] A pesar de todo, —afirma— personalmente creo que siempre estaré dispuesto a ayudarlo, a defenderlo. Sigo creyendo que su camino es el definitivo, aunque temporalmente su rol se haya vuelto secundario en el panorama político de Cuba. Cada día dudo menos de que alguna vez llegue hasta él [...].»⁴¹

En aquel momento era difícil obtener una explicación adecuada si se tiene en cuenta la desorganización de las fuerzas de izquierda y del propio Partido Comunista tras la sacudida provocada por la fracasada huelga.

⁴⁰ Ibídem, p.199.

⁴¹ Ibídem, p.200.

A pesar de todo, es justo reconocer que los meses que siguieron a marzo de 1935 estuvieron preñados de maledicencias y especulaciones de todo tipo y no sólo contra el Partido Comunista también contra la Joven Cuba. El propio Pablo muestra gran preocupación por ciertos criterios políticos en los cuales no queda clara la posición del partido.

Su reclamo de entonces era totalmente justo, como también —creo yo— lo es explicar las circunstancias que produjeron, efectivamente, aquella crisis que se desarrolló entre 1936-1937.

En esos años era yo cuadro dirigente del Partido, de modo que conozco algunos detalles de tan controvertida etapa e intentaré ofrecerlos de modo sucinto.

El aparato del partido y el movimiento sindical sufrían el fuego constante y sistemático del gobierno; aunque también existían problemas internos en el seno del partido. Blas Roca y Jorge Antonio Vivó se encuentran en Moscú como delegados al VII Congreso de la Internacional Comunista; César Vilar, secretario general de la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOO), estaba preso y otros dirigentes habían pasado forzosamente a la clandestinidad.

Mientras los comités seccionales tratan de reorganizarse políticamente, llega a La Habana Sandalio Junco quien había estado en contacto con Aureliano Sánchez Arango en México. Junco agrupa a todos los elementos dispersos del trotskismo y, lo más grave, lanza como tesis la denominada independencia de la franja negra de Oriente, una canallesca y traidora consigna cuyas consecuencias serían funestas para la nación. Eso creó divisionismo, azuzamiento de los prejuicios raciales, tendencia que logró penetrar en algunos miembros inconsecuentes, oportunistas y fraccionalistas del partido.

El Comité Central del Partido Comunista no supo enfrentar esta lucha, su posición fue pasiva y tolerante. No fue hasta el regreso de Blas Roca y otros dirigentes que esta consigna es denunciada y enfrentada como traición a la patria y a los principios partidistas. Fue necesario depurar las filas de la organización.

Con el arribo de Blas Roca a La Habana, procedente de la Internacional Comunista, la principal tarea fue explicar la importancia de crear frentes obreros y populares. En este particular momento se eleva a primer plano la solidaridad internacional con la causa del pueblo español.

La preocupación de Pablo por la ideología, programa y lucha de los comunistas estaba más que justificada. Su frase sobre la crisis del partido, expresada en un momento difícil y amargo, luego de frustrados los sueños de la revolución y fracasada la huelga general, encerraba cierta premonición que llegó a cumplirse en toda en la guerra, en los puestos más avanzados y comprometidos. Su muerte en Majadahonda lo demostró con creces.

Como expresión de inteligencia y astucia califica la estrategia de creación de los nuevos frentes populares. Tiene una visión más clara de la realidad y un reconocimiento más abierto del peligro fascista.

Más adelante Pablo ofrece su retrato íntimo del partido y escribe:

[...] Pienso que, con todo, el Partido tenía una unidad férrea que era hermosa; tenía a veces estupideces políticas dignas de un conquistador español. Por eso ejercía cierta fascinación indiscutible. Y despertaba fanatismos realmente religiosos y odios profundos. Puede ser que todo eso lo pierda. Los hombres cambian cuando cambian la cara. Y los organismos también. Pienso que ya nosotros, en el terreno estudiantil, muchas veces sacamos la cara por el AI [se refiere al Ala Izquierda Estudiantil]. Ahora puede ser que en el terreno político la tengamos que sacar por el PC. Porque, a menos que la cruda realidad de los hechos no me demuestre lo contrario, creo en él y sobre todo, creo en la lucha de clases y creo en su programa por la liberación del proletariado. Y,

hasta por último, creo en la honradez personal de sus hombres en la sinceridad de su conducta. Que yo sepa, hasta ahora no ha habido ladrones en el Partido [...].⁴²

Finaliza este enjuiciamiento con esta hermosa y profunda frase: «[...] Nosotros sentimos demasiado respeto y admiración por Mella y por Rubén para que sobre nosotros no gravite la luz de una inextinguible esperanza en lo que fue el sueño, el ideal intenso y febril de ellos.»⁴³

Estas palabras encierran la mejor apología hecha a los hombres de la revolución en todos los tiempos.

Mucha e intensa actividad política lo embarga por estos meses, sin embargo siempre subyace en lo anímico el desasosiego por la edición de *Presidio Modelo*, en el que nadie, como él, ha sabido describir la profundidad insondable y lóbrega de la vida. Pero, en medio de tanto ajeteo político, tampoco escapa a la crítica de libros, entre ellos, *Martí, el apóstol* de Jorge Mañach, al que califica de «frío y anecdótico».

Pablo se percata que escribir sobre el Apóstol no es hacer novela. Los hombres como Martí, síntesis de la historia de un pueblo, sólo pueden ser objetos de una enciclopedia. No son los avatares de la vida sino la exquisitez teórica de sus pensamientos, su profundidad y originalidad las fuentes para las verdaderas biografías. Y en tono jocoso le comenta a Roa desde Nueva York sobre el libro de Mañach: «[...] ahora estoy leyendo el «Martí» de Mañach y ayer me encontré con un episodio en el que, con toda insidia y malevolencia pinta a tu abuelo como un rajado, oponente de Martí. ¿No has leído el libro? [...] Ciertamente, no es Mañach el indicado para interpretar a semejante hombre».⁴⁴

Comienza el año 1936 con muy serios problemas económicos. Pablo está desempleado y las recaudaciones económicas no rinden para asegurar la salida de *Frente Único*. Por otra parte, se producen las elecciones en la Isla y Batista logra consolidarse aún más en el gobierno.

⁴² *Ibíd.*, p. 200-201.

⁴³ *Ibíd.*, pp. 200-201.

⁴⁴ Véase carta a Raúl Roa, 2 de enero de 1936, *Cartas cruzadas*, op. cit., p. 213.

Luego de analizar la nueva situación emergente, Pablo plantea como tesis la imperiosa necesidad de lograr la unidad de las fuerzas opositoras y presentar un frente único que le ofreciera confianza al pueblo. La apertura de este frente crearía un efecto psicológico que actuaría como fuerza material para levantar y sostener la acción revolucionaria de las masas.

Bien sea el Frente Único (FU) programático de carácter antimperialista, por el que hasta ahora se venía luchando, bien el Partido Único de Izquierda u otra fórmula, lo que reclama con urgencia y no admite nuevas dilaciones es lograr la unidad. Desde este punto de vista el Partido Único de Izquierda (PUI) se avizora como una vía, no obstante las reservas con que lo observan Pablo y el resto de los integrantes de ORCA.

En este momento Pablo le advierte a Roa:

[...] Recuerda lo siguiente y no te dejes arrastrar por un optimismo excesivo, ni te aferres a una idea, porque esto limita la visión, la capacidad especulativa y de juicio; recuerda que las dificultades reales para la creación de ese partido único son —tienen que ser— fatalmente enormes [...].⁴⁵

El Partido Único supone el control, bajo su dirección ideológica, de las masas de obreros y campesinos, íbamos acaso a propiciar el control del movimiento proletario por un organismo, en el cual —a mi juicio— iban a tener decisiva influencia los «Auténticos», que no son sino la extrema derecha de la revolución [...].⁴⁶

Pablo lucha contra la incomprensión y los prejuicios. Si nos detenemos a hacer un análisis político de las personalidades que se mueven en este tinglado, su caso es excepcional. Muchos de estos individuos sufren de intoxicación anticomunista por viejas rencillas partidarias o por estar en el umbral de la deserción; otros tienen temor del compromiso adquirido en la lucha.

Pablo, sin embargo, no cesa, busca y propone nuevas fórmulas. Está convencido que sólo hay un camino: el de la unidad de todos los revolucionarios y a él entrega todas sus energías.

⁴⁵ Véase carta a Raúl Roa, 15 de enero de 1936, op. cit., p. 228.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 229.

Prepara una asamblea de delegados con el fin de dirimir exhaustivamente las ideas y posibilidades. Se muestra teóricamente inquieto con la fórmula del Partido Único. Él sabe que Roa ha sido ganado por ella y en la que trabaja con ahínco junto a Juan Antonio Rubio Padilla.

Pablo muestra cautela y trata de impedir un choque violento de opiniones pero a su vez trabaja por conocer cómo piensan otros exiliados; para ello urde una especie de referéndum. Tiene la impresión de que los revolucionarios se fríen en sus propias opiniones sin tomar en cuenta las de los demás.

En su carta a Raúl Roa, del 2 de enero de 1936, le pide que organice un mitin recordatorio del natalicio de Martí a semejanza del que ellos habían organizado el 30 de septiembre por el periódico *Frente Único*.

No obstante todos los vaivenes de la política en Cuba, la mente de Pablo se muestra cambiante y dialéctica del proceso revolucionario que fragua una sola estrategia la del Frente Único.

Para conocer toda la intimidad de su pensamiento político es imprescindible recurrir a la carta dirigida a Raúl Roa el 20 de abril de 1936, año cuajado de contradicciones surgidas a la luz de las elecciones presidenciales de Miguel Mariano Gómez y las circunstancias por las que atraviesa el movimiento revolucionario, en mi opinión, matizadas por las posiciones radicales expuestas por unos y el exceso de optimismo de otros.

Justamente Pablo señala que la causa principal de las controversias y las disímiles posturas es porque «la revolución está lejos y se aleja». Su principal actividad en el orden práctico es la preparación de una manifestación por el Primero de Mayo, para la cual se ha organizado un comité que él preside. Gracias a su capacidad y a su tesón como agitador logra realizar, por primera vez en Nueva York, el desfile en el que participa un bloque de latinoamericanos con sus pancartas y consignas propias.

Para Pablo el tiempo se mide por las acciones en función de un ideal. En medio de la hostilidad que le impone el exilio trabaja únicamente por la revolución. Su tesis es clara y precisa: el Frente Único Antimperialista, pero sabe que todo proceso, y el de la revolución más que ningún otro, requiere de etapas de controversias y sobre todo realismo, sin dejar los sueños que alimentan las utopías.

La revolución no es un espejo que refleja siempre toda la imagen. Es un proceso realizado por hombres y, como tal, puede generar un círculo vicioso capaz de crear confusión. Siempre habrá quienes sepan lo que realmente quieren y cómo conducirse mejor. No se pueden sobrestimar las fuerzas y, menos aún, suponer debilidad, idiotez y cretinismo ante los antagonistas.

El centro pugnaz del pensamiento político de Pablo, en ese momento, está muy bien sedimentado, lo cual expone en sus cartas, para él las actas oficiales de sus pensamientos. Sus razonamientos giran en torno al problema del partido único, que tanto le entusiasma a Roa y que opone a la sostenida tesis de Pablo en favor del frente único, por el que hasta ese momento se ha venido luchando.

En busca de la unidad de las fuerzas de izquierda, Pablo acepta cualesquiera de las variantes que puedan conducir a la esperanza de una posibilidad de triunfo. Y pasa a examinar la otra vertiente; la del Partido Único:

Ahora el Partido Único nos ofrece lo siguiente: ¿Por lo pronto, no es él una negación de nuestro punto de vista de la lucha de clases? [...] a mi juicio los «Auténticos», a pesar de la recta intención de Laurent, de que tú nos das cuenta, y de la fuerza que le supones —y que no es tanta, porque, o

no estaba realmente por el Frente Único porque lo hubiera logrado entonces o, como te digo, su fuerza no es tanta [...].⁴⁷

Ellos aspiraban, como el propio Pablo señala en la citada carta, a un Partido Único pero de auténticos, a hacer desaparecer a todos los partidos, lo que entrañaría el control, bajo su dirección ideológica de la masa de obreros y campesinos lo que obligaría, por supuesto, a excluir al Partido Comunista que no se avendría a esta fórmula.

Es increíble la capacidad y el entusiasmo que motivan a Pablo a hacer muchas cosas a la vez. Ha logrado gran éxito con la reunión de desterrados políticos, sin distinción de partido ni de grupos, por medio de la cual se acordó el envío de una petición propugnando la convocatoria a una conferencia de todos los partidos en La Habana.

Crucial en la lucha revolucionaria de los exiliados políticos es, al parecer, el problema de la unidad detrás de la cual se mueven los intereses hegemónicos y ambiciones de grupos y personalidades. Auténticos y miembros de la Joven Cuba han pactado en México. A esto Pablo, Roa y Aldereguía llaman el «Pacto», una maniobra oportunista de los auténticos aprovechando las debilidades de Joven Cuba.

El tal «Pacto» nada le satisface porque «es estrecho, canijo, artificial y sin orientación precisa». Pero el asunto plantea un nuevo dilema o lo comparten o se quedan aislados.

Era cierto su presagio sobre el terror que había desatado la huelga de marzo de 1935, con su funesta estela de desánimo y frustración. Sobre este particular razona en carta a Roa, fechada el 17 de abril de 1936:

Yo especulo. El imperialismo ha dado en Cuba una larga batalla de dos años, durante los cuales se ha valido de la contrarrevolución, del asesinato, del favoritismo, de la piltrafa económica, de la mentira diplomática, del halago público y de la maquinaria enorme de sus resortes, a fin de hacer que el torrente de la revolución desaguara por el tragante del inodoro [...].⁴⁸

El imperialismo es audaz y prudente, no soltará a Batista hasta que el otro no le entregue en realidad la esperanza que es, se refiere a Miguel Mariano. Pero más adelante habla de un tercer factor:

[...] el pueblo, en el que tan poco piensan los revolucionarios generalmente, y que tan poco le importa a la reacción y al imperialismo [...].

[...] Es lo único que vale y el único que tiene razón. [...] Digo: para mí el pueblo siempre esperará la revolución. Aún cuando hable mal de ella, la estará esperando. [...] El pueblo quiere la revolución, porque la necesita [...].⁴⁹

⁴⁷ *Ibidem*, pp. 228-229.

⁴⁸ Véase, carta a Raúl Roa, 20 de abril de 1936, *op. cit.*, p. 293.

⁴⁹ *Ibidem*, pp. 294-295.

Es en este momento crítico cuando Pablo recomienda mantener la fe, colaborar en todo lo que la robustezca y en todo lo que debilite al imperialismo. Él deja trazado un verdadero código de ética política y revolucionaria, siempre vigente.

No obstante, al hacer referencia a la situación de 1936, transmite a las generaciones futuras un conjunto de principios estratégico-tácticos imprescindibles en todo análisis político de una determinada situación.

De estructurarse el partido único debería hacerse sobre la base de un programa concreto. A pesar de todo no oculta su desaprobación como elemento cardinal de la situación preñada de rivalidades por el poder y advierte la necesidad de estudiar otra solución que no demande tan largo sacrificio. Para él lo categórico es que este partido admita la lucha de clases y que lo integre el proletariado en alianza con el campesinado, en una palabra, un partido como lo diseñó Lenin.

Finaliza con este magistral apotegma, válido para todos los tiempos: «lo único malo que tiene la revolución está en los revolucionarios».

Ya para entonces posee un poderoso intelecto con una capacidad sorprendente de análisis político. En el exilio gana sólo un peso al día y declara «podría obtener trabajo de mayor remuneración ahora, pero entonces sí que nada podría hacer por la revolución».

Dirige el Club *José Martí*, el periódico *Frente Único*, pronuncia discursos, escribe, mantiene correspondencia con amigos, revolucionarios e intelectuales y aún así tiene tiempo para pensar en las biografías de revolucionarios como Mella, Barceló y Carlos Aponte. Apura constantemente a Roa para que finalice la biografía de Rubén. Dice tener recuerdos de las relaciones entre ambos y cartas muy interesantes pero que todas están en Cuba. A Roa le reclama:

[...] tú tienes el deber, en tu prólogo, de desplegar la inteligencia necesaria para salvar a Rubén de la publicación de sus versos. Pienso que, aunque sea ocasionalmente, ello puede desfavorecer a su condición de leader. Fue sin duda un intenso poeta, pero su vida patética estuvo infinitamente por encima de sus versos aristocráticos. Tuvo la desgracia de brillar en un momento casi fugaz, de transición poética en Cuba y, si perdura, es porque tuvo talento, profunda emoción lírica y, sobre todo, vida, vida de «poeta en activo», como, si no recuerdo mal, dije en el prólogo del ya casi centenario «Batey». En definitiva Rubén es de los seres privilegiados que tienen leyenda, que pertenecen a ella. Y tú sabes que yo pienso que sólo son legendarios los individuos capaces de engendrar leyenda, capaces de merecerla. Rubén, como poeta, era algo legendario para las masas. Por mucho tiempo yo lo hubiera dejado todo así. A las masas que admiran a Rubén no les serán gratos sus versos. El no escribió para ellas más que otros versos que nadie se ha ocupado de recoger, canciones anónimas de la revolución que sí convienen a la leyenda de Rubén. No pienso que la historia deba desvirtuarse por ningún modo, pero creo que hay que dejar madurar las figuras en la conciencia popular. Tú, sin embargo, sabrás en tu prólogo-biografía difuminar las bruscas líneas de transición que hay en la vida de Rubén, todas las cuales tuvieron, no obstante, la tónica común de un sentido de la generosidad y el sacrificio —atributos del poeta puro e intenso— que muy pocos han tenido en Cuba con tal persistencia.⁵⁰

⁵⁰ Véase carta a Raúl Roa, 2 de enero de 1936, op. cit., pp. 213-214.

Le asiste toda la razón a Pablo. El propio Rubén se encargó de mostrar que el verso amoroso y la prosa burilada no eran los instrumentos para su noble afán de transformar la patria. A Rubén y a Pablo los une indisolublemente una misma visión, un mismo ideal: poner la pluma y el talento no para engolosinar al hombre sino para dotarlo de convicciones y argumentos con que acabar la obra de las revoluciones.

Roa supo cumplir con los justos reclamos del hermano. Del hombre destacó la relevancia de su poesía con su lucidez política fundiendo una imagen única: la del redentor del proletariado. «Los que se ufanan con la poesía, séanlo pero no de versos, rimas y consonantes sino como poetas de la lucha y de la muerte por y para la Revolución.»

Y en medio de todo esto Pablo comienza a pensar en un viaje a España.

Una interpretación algebraica de la política

Algunas referencias se han hecho del original análisis matemático basado en la situación política de aquel tan complejo y controvertido periodo de post huelga que anticipa Pablo en su extensa y profunda carta-ensayo «Álgebra y política»

Aquí establece una brillante exposición de sistemas y despejes, en un lenguaje coloquial y con ese humor que le acompañó hasta en los más duros momentos de su vida.

Su genio como escritor y como político revela un profundo conocimiento histórico y marxista de la sociedad. En la formulación de su primer sistema: empieza considerando al imperialismo yanqui, como un sistema de sistemas. Incluye los siguientes problemas que

denomina ecuaciones y que giran en torno a la política recién estrenada de F.D. Roosevelt, la denominada «política del buen vecino» que Pablo justamente denuncia por su carácter demagógico y oportunista. El objetivo es afianzarla por medios comerciales más que por medios de fuerza directa.

En el caso de Cuba adquiere una variante: proceder con cautela y lentitud dado los inusitados sucesos que han tenido lugar en la Isla. Su valoración de la política rooseveltiana es original y juiciosa y se anticipa en el tiempo. Descubre las entrañas de la política del *New Deal* de la cual hace este retrato: «[...] Si disminuyendo el desempleo en los Estados Unidos habrían de aumentar el movimiento comercial e industrial, mejorando las condiciones de los países de América Latina, estos serían mejores compradores y productores para la América yankee [...]»⁵¹ He aquí expuesta la política del Partido Demócrata frente al Republicano, aislacionista y de aplazamiento.

Roosevelt quiere seguir explotando a la América Latina todo cuanto tiempo sea posible pero sin excluir sus objetivos de dominación neocolonialistas.

La descripción de la política del Partido Republicano que hace Pablo es de una sagacidad sorprendente. Lo califica de furioso, agresivo, xenófobo y orientado hacia el fascismo.

Su retrato de Caffery es una copia exacta de la realidad: «perro de presa, maricón sediento de sangre, que es la expresión de su sadismo».

La política local de ese momento es una disección bien acabada en la que se muestran todos los órganos al desnudo: Miguel Mariano, Batista, Pedraza, abecedarios y auténticos. No previó, sin embargo, la audacia de Batista quien depuso a Miguel Mariano por vía constitucional, anulando el rejuego político.

La dialéctica en el campo revolucionario, que en su análisis matemático-algebraico llama Tercer Sistema es el que expresa Pablo con entero juicio marxista. En el mismo reconoce dos ecuaciones fundamentales: la revolución que está por el Frente Único y la que está contra él. En tal sentido precisa diáfamanamente las dos vertientes, una revolución en marcha hacia el socialismo, cumpliendo sus etapas naturales, y aquellos que, aún cuando no lo digan, odian esta solución. Más adelante añade: «La revolución con proyección hacia el socialismo comprende una serie de grupos que, si ocasionalmente son los menos numerosos, están destinados, de manera absoluta, a ser los de filas más nutridas[...]»⁵²

He aquí la previsión genial de Pablo en política: el pueblo va ineluctablemente hacia el socialismo y, en primer término, estará el Partido Comunista.

⁵¹ Véase carta a Raúl Roa, 13 de junio de 1936, op. cit., p.351.

⁵² *Ibidem*, p. 374.

En este exhaustivo y bien fundamentado análisis de la política nacional nunca antes expuesto por partido, personalidad o dirigente marxista alguno, Pablo analiza con perspicacia y clara visión las características de los partidos y su evolución futura y señala como única vía «la insurrección que de todas maneras hay que preparar a plazo más o menos largo».

A pesar de su exilio Pablo es el revolucionario cubano que más visceralmente vive las angustias del pueblo y el que más convencido está de su futuro luminoso. Une sus pensamientos de destrucción de un régimen con la construcción de otro nuevo. Es una leyenda de la esperanza.

Para cerrar el ciclo de su exilio en Estados Unidos es obligatorio reproducir un párrafo de la carta que le enviara a Roa el 4 de agosto de 1936:

[...] pienso que, o me voy para España o me voy para Cuba [...] Tengo casi concluso mis «Aventuras del Soldado Desconocido», que son una coña terrible; y tengo que aclarar todas las notas que tengo sobre Carlos Aponte. Además estoy haciendo la copia del trabajo de Mella sobre su interpretación de la realidad cubana. Y sobre todo esto, tengo la febrilidad casi loca de mi pensamiento sobre el viaje a España, que no se me ocurrió antes de puro imbécil que me he puesto cargando bandejas. Creo, firmísimamente, que allí está mi puesto tanto como periodista como

revolucionario. Adivino que en Cuba tiene que haber una extraordinaria tensión sobre la revolución española. El aspecto exterior de ella, lucha de las milicias populares frente al ejército, ha de ser lo de mayor resonancia y pienso que a esa lección se le puede extraer extraordinario provecho. Además, voy a aprender allá. Y tal vez a asistir a sucesos insignes. Y no me cabe duda ninguna que el mundo entero gira hoy alrededor de la revolución española [...] Si no me voy, me enfermo. Es cosa ya decidida [...].⁵³

He aquí el preámbulo de su testamento político y revolucionario.

⁵³ Véase carta a Raúl Roa, 4 de agosto de 1936, op. cit., pp. 407-408.

Capítulo IV

Donde palpitan hoy las ansias del mundo entero

La visión lejana, clara y penetrante de Pablo lo lleva a fijar su mirada acuciosa en los acontecimientos que están teniendo lugar en Europa. Sombras pardi-verdes van multiplicándose. La democracia burguesa vacila y, una tras otra, hace concesiones; sin embargo un punto rojo se extiende y va acumulando energía.

Pablo comienza a interesarse por la propaganda antifascista. Siempre ha mostrado avidez por la política, asiste a los mítines y comparte con los destacamentos el forcejeo contra aquellos que quieren romper el cerco de los que se oponen en los muelles a cargar barcos italianos y alemanes. Nuevamente lo gana su bien dotada fuerza física que le hizo un atleta triunfador en el fútbol rugby; sólo que ahora no es distracción deportiva sino defensa de las ideas proletarias.

Los obreros toman como su responsabilidad la lucha contra el fascismo y los comunistas se convierten en la vanguardia.

En Nueva York Pablo se adentra en el estudio de la política del Partido Comunista de los Estados Unidos y empieza a ver cambios en sus orientaciones a los sindicatos obreros. Ha dejado de ser un exiliado solitario que rume la insatisfacción de no poder retornar a su país. Su mentalidad política ha madurado y ahora busca mayores experiencias, mayor dominio de los métodos de lucha revolucionaria.

Seguramente en sus ensoñaciones recordaría a su amigo del alma y gran marxista, Gabriel Barceló, tanto como a su valioso hermano Carlos Aponte.

Pablo se ha fundido con la realidad de su tiempo y presagia el advenimiento de una nueva tarea gigantesca e históricamente útil. Ya no vive más que para un único deseo: marchar a Madrid a fundir sus ilusiones con la de los revolucionarios españoles.

[...] ahora me consuelo con la revolución española. Nosotros hemos cometido una pifia al no irnos para allá hace algún tiempo. Nuestra experiencia hubiera sido riquísima en todos los sentidos. Aparte de nuestra satisfacción. Ya no hay tiempo ni ocasión, prácticamente, mas con todo, pienso que los sucesos de España de ahora en adelante tomarán enorme importancia por la transformación que allí puede ocurrir y que, inclusive, sabe dios cuáles repercusiones europeas puedan tener [...].⁵⁴

En aquellos momentos Pablo conocía que en Moscú se preparaba la reunión del VII Congreso de la Internacional Comunista, pues más de una vez menciona la propuesta del Frente Popular, formulada por Jorge Dimitrov. Su vida, ahora, no tiene más que un objetivo: participar como combatiente en la guerra contra el fascismo en tierras de España.

No se busque en sus antecedentes familiares ni en los primeros años de su vida los elementos para explicar su conducta de esta hora. Él fue un hombre de su tiempo que supo poner sus ansias humanas y sus mejores frutos intelectuales en la búsqueda incesante de la verdad y la felicidad humana.

La obstinación es el signo que llena su vida ¿Cómo ir a España? Conoce las dificultades que opone Estados Unidos a la marcha de los voluntarios. No existe un censo de visas denegadas pero son cientos a los que no autorizan. Pero Pablo no se amilana ante los obstáculos. Explora todas las posibilidades y con su terco fervor y humor de siempre, comenta:

[...] estoy haciendo gestiones a todo vapor por conseguir que algún periódico me envíe a España como corresponsal de guerra. ¿No te parece una estupenda idea? Allá, aparte de la gran experiencia a mi vista, creo firmemente que puedo hacer por la revolución cubana mucho, pues parece claro que la revolución española tiene en Cuba profundas repercusiones [...] ya tendré tiempo de mandarte algo desde allá. Aunque sea el casco de un fascista [...]⁵⁵

Si hubo alguna vez en la historia del mundo una revolución que encontró oposición más prematura y tenaz de las potencias capitalistas fue la guerra revolucionaria de España, aún cuando ni siquiera en lontananza se vislumbraba un régimen antiburgués.

⁵⁴ Véase carta a Carlos Martínez, 28 de julio de 1936, op. cit., p. 399.

⁵⁵ Véase carta a Pepe Velazco, 2 de agosto de 1936, op. cit., p.404.

La Unión Soviética fue, acaso, la nación que prestó mayor ayuda en armamentos, tanques y aviones a la República española.

Si hacemos memoria, el conflicto había surgido de las entrañas de los que no aceptaban el resultado de unas elecciones en las que el pueblo, por medios pacíficos y dentro de las reglas de la denominada democracia representativa multipartidista, había logrado imponerse.

Europa vivía, entonces, una situación convulsa en la que se desarrollaba la más honda lucha de ideas de todos los tiempos y la más grande rebelión por parte de todo un pueblo y su intelectualidad, marcada como el primer retoñar de una actitud crítica ante el despojo fraguado por el aparato represivo militar.

Miles de hombres y mujeres de diversas geografías hicieron suyo el llamado de la Internacional Comunista. España era la esperanza del mundo. Un alma tan sensible y una mente tan lúcida como la de Pablo reconoció de inmediato aquel ejemplo. No podía desoír el llamado del latido de su corazón y clamó: «Me voy a España». Vivió, entonces, el desasosiego atormentador de alcanzar su destino y juntó todas sus ansiedades e ilusiones y como bien escribió su prima Loló: «[...] Una flama lenta y persistente hace explotar aquel almacén fantástico, aquel ensueño de vida intensa que en Union Square lo había azotado como una tempestad en descubierto.»⁵⁶

Pone en tensión todas sus fuerzas, sus ambiciones ocultas de escalar a la cima, no de la gloria sino del servicio a la humanidad. Consigue credenciales sólo para escapar de Nueva York y tener el camino expedito para ir «donde palpitan las angustias del mundo entero». Va como corresponsal de guerra, pero su visa es para asistir al Congreso Internacional por la Paz, que se celebraría en Bruselas, en septiembre de 1936.

⁵⁶ Loló de la Torriente. op. cit., p.110.

Era tanta su desazón por llegar a España que no dejó escrito relato alguno de aquel congreso. Fue a Brujas para conocer una ciudad del siglo XVI pero su alma no se impresionó y la supervivencia de la antiquísima ciudad le pareció un anacronismo medieval.

Su espíritu inquieto quiere continuar viaje rápidamente hacia España. Madrid lo tiene alucinado. Su imaginación espléndida atiborra su mente de luces y ya no piensa más que en las montañas cuajadas de nieve, teñidas por el sol rojo del combate y el grito vibrante de la victoria.

Preludio de la guerra

Los rezagos de la Primera Guerra Mundial crearon numerosos problemas de rivalidades entre las naciones de Europa, súmese a ello el temor ante el avance de la clase obrera como resultado de la Revolución de Octubre en Rusia, que puso de relieve las potencialidades de los partidos comunistas en las naciones donde se habían constituido. La genialidad de Lenin fue capaz de cristalizar las ideas de Marx y Engels, divulgadas en el *Manifiesto Comunista*.

Sepultados bajo las cenizas y los escombros de la Primera Guerra Mundial permanecían insatisfechos los propósitos de Alemania de convertirse en abanderada de la ideología nazi, una corriente fascista y xenófoba que propiciaba el desarrollo de una dictadura terrorista abierta a los elementos más reaccionarios.

El VII Congreso de la Internacional Comunista comenzó sus sesiones el 25 de julio de 1935. Para comprender la guerra que tuvo lugar en España es necesario recordar que la organización comunista internacional comienza una nueva fase de desarrollo de su lucha con la creación frentes únicos obreros y populares.

Ya desde noviembre de 1935 se produce el primer acercamiento con Largo Caballero, jefe de los socialistas de izquierda en España; se le advierte el creciente peligro de un golpe de Estado fascista y la necesidad de estrechar la unidad de acción entre comunistas, socialistas y otras fuerzas democráticas. El 2 de junio José Díaz, secretario general del Partido Comunista Español (PCE), expresa en un discurso que «el peligro fascista es más grande que nunca en España». En aquella ocasión hace un análisis claro de la situación y la necesidad de constituir el Frente Popular. Al respecto advierte: «los comunistas han llamado ya a la lucha y a la insurrección a las masas».

Por otro lado las fuerzas reaccionarias tratan de presentar las actividades de los comunistas como maniobra para propiciar un complot. En realidad, España vivía una verdadera agitación social; en las áreas rurales se suscitaba una lucha denodada entre campesinos y propietarios cuyas arbitrariedades imponían condiciones imposibles de cumplir, tan duras que promovían la resistencia y la violencia.

Los obreros eran despedidos por ser adeptos o mostrar simpatía por los sindicatos. Esta situación interna presagiaba una borrascosa explosión y para afianzarse los gobernantes españoles buscaban el apoyo de la Italia de Mussolini.

Todo esto tenía lugar en vísperas de las elecciones de 1936 en las que, a pesar de todo, el Frente Popular obtuvo la victoria. Durante el proceso electoral ya habían ocurrido algunos hechos que anunciaban la aguda crisis que habría de venir, tales como la inestabilidad de los partidos y de los gobiernos.

La Falange que alcanzó una votación insignificante en los escrutinios hacía alardes de confrontación bélica. El problema era el ejército al que antes se le había tocado su centro de poder con el traslado de generales y la reducción de sus esferas de mando.

La sombra de Franco, quien no ocultaba la pretensión de provocar una sublevación militar para usurpar el poder, emergía como uno de los cabecillas.

Reaccionarios de derecha ocupaban las jefaturas militares claves en el territorio de España y Marruecos. Pasadas 24 horas de los escrutinios comenzó a ejercerse toda clase de presiones para impedir que se supieran los resultados y así poder ganar tiempo para provocar la guerra. Las primeras acciones vinieron precisamente de Franco. La guerra era inevitable. La iglesia oficial junto a la extrema reacción tomó partido de inmediato a favor de los facciosos con el *slogan* «Cristo contra Lenin».

La sublevación se inició en Marruecos pero el propósito era tomar Madrid y otras ciudades importantes. Los intentos fracasaron. En Madrid se produce la revuelta del cuartel de La Montaña, acción que es aplastada por las milicias obreras.

En aquel combate contra la reacción participan los primeros cubanos, entre ellos Alberto Sánchez, Policarpo Candón, Francisco Maydagán y otros.

El fracaso inicial incita a la reacción a buscar a toda costa ayuda exterior, que viene en bandeja de plata por intermedio de los gobiernos de Alemania e Italia, lo cual revela claramente que la denominada guerra civil fue el resultado de la acción complotada de la Falange y los generales sublevados con el apoyo de Hitler y Mussolini. Es decir, que si bien se produce en territorio de España, el compromiso es desarrollarla por convenio y en alianza con naciones. Franco tenía previsto el apoyo de tropas moras y legionarios, así como también el suministro de armas y pertrechos de guerra provenientes de Roma y Berlín.

Desde el principio el fascismo español desencadena el terror, los fusilamientos de líderes obreros e intelectuales, entre ellos el de Federico García Lorca, que estremece a la opinión universal.

El Arzobispo de Salamanca, por otra parte, pasa de inmediato al lado de los facciosos dando a conocer su pastoral denominada «Dos ciudades» en la cual define el hostigamiento que provoca la guerra como una cruzada de «las fuerzas del Bien contra las fuerzas del Mal». A esta siguió otra llamada «Catolicismo y Patria».

El 19 de octubre de 1936 Franco dicta la orden que da comienzo a la batalla para apoderarse de Madrid, pero el pueblo español la rechaza al grito de «¡No pasarán!», quedando reducidas a lo que se denomina el cerco de Madrid, donde tienen lugar sucesivos combates, en uno de los cuales participó Pablo de la Torriente Brau, al frente de la Brigada que comandaba Valentín González, *El Campesino*.

Es obvio que el fascismo no buscaba sólo una victoria militar. Sus objetivos bélicos alcanzaban niveles de una dimensión antes nunca prevista.

El Frente Popular, por su parte, con su programa reivindicativo transformó lo que se denominaba guerra civil en una guerra revolucionaria de todo el pueblo por la consecución de una república democrática. Por primera vez en la historia un proceso en favor de la defensa de una nación inflamaba el espíritu internacionalista de todos los hombres del planeta.

En septiembre de 1936 el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista propone un extenso programa en defensa de la República española y proclama que la causa del país ibérico «es la causa, no sólo de los españoles, sino de toda la humanidad progresista».

La propuesta encontró un apoyo abrumador. Cerca de trescientas mil personas solicitaron a la embajada de España en Washington permiso para incorporarse al ejército de la República, pero el gobierno de los Estados Unidos lo impidió a gran escala. Las dificultades que opuso para conceder las visas hacían prácticamente insuperable cualquier gestión.

En los campos de batalla de España surgió realmente el frente internacional contra el nazi-fascismo. La creación bajo el liderazgo de Gran Bretaña, al que se unieron de inmediato Francia y Estados Unidos, impidió que el Ejército de la República recibiera armas y hombres. Esta alianza imperialista trabajó por la derrota del gobierno del Frente Popular. No fueron pocos los obstáculos que puso hasta organizar la traición. Bien caro la pagaron estos países y toda la humanidad. En poco menos de tres años la Segunda Guerra Mundial dejaba sobre los campos de Europa decenas de millones de muertos y cientos de ciudades destruidas.

Bajo el trueno del cañón

Uno de los motivos que llevó a Pablo a España fue conocer cómo actuaban los comunistas de ese país. Aquel importante contacto le acercó a varios de los más sobresalientes dirigentes políticos españoles del momento, entre ellos a Pepe Díaz, secretario general del Partido Comunista Español, por quien conoció los pormenores del programa y proyectos del Frente Popular y sobre todo los anhelos materiales y espirituales que se proponían en aquella lucha

Las acciones del partido, la más consecuente fuerza política entre todas las que integraban el Frente Popular, fueron expuestas por José Díaz en una entrevista concedida al corresponsal de

guerra Pablo de la Torriente Brau. Resulta necesario detenernos aquí para referir algunos aspectos significativos acerca de las tareas del partido en aquellos momentos:

[...] El Partido, por encima de toda sugestión o presión externa, mantiene la lucha a fondo por la República democrática en España [...].

[...] Nosotros estamos realizando una campaña [...] porque se retorne a muchos pequeños propietarios e industriales sus establecimientos [...].»⁵⁷

Sobre el problema de la tierra le comenta a Pablo lo siguiente: «[...] El campesino se encariña con su pedazo de tierra. Y aun con sus instrumentos de trabajo. Con sus dos vacas, con su arado antiguo, con sus costumbres [...] Hay que respetar, en todo lo que sea compatible, las tradiciones campesinas [...].»⁵⁸

Pero aún más, al referirse a la cuestión religiosa dice: «[...] el Partido no ha hecho especial punto de ataque en el problema religioso [...] Nosotros fuimos el principal factor para que fuera vencida la resistencia que había para darles ingreso en el Frente Popular a los nacionalistas vascos, que son profundamente religiosos. Porque consideramos el problema nacional por encima del problema religioso».⁵⁹

Estas ideas reflejan el firme propósito que llevó a los comunistas a ganarse merecido prestigio entre las distintas tendencias prevalecientes en el escenario político español, pero sobre todo, granjearse el respeto del pueblo.

⁵⁷ Pablo de la Torriente Brau. *Cartas y crónicas de España*. Selección, prólogo y notas de Víctor Casaus. La Habana, Ediciones *La Memoria*, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 1999, p.209.

⁵⁸ *Ibídem*, p. 210.

⁵⁹ *Ibídem*, p. 210.

Pablo no oculta la simpatía que le despierta el Partido Comunista Español y sus principales dirigentes, tal vez por esa misma razón su franca y abierta personalidad —ajena a todo acercamiento pueril o superficial de los acontecimientos de la guerra— inspiró idéntica preocupación entre los revolucionarios y comunistas españoles, con lo cual obtuvo informaciones periodísticas de primera mano como la entrevista citada con Pepe Díaz, Pasionaria y otros miembros del Buró del PCE, quienes no acostumbraban a dar tales pormenores a corresponsal alguno acreditado en España, incluyendo entre otros a notables intelectuales como Hemingway, Dos Passos, Malraux, Herbert Matthews, entre otros.

La experiencia de aquellos primeros días de la guerra y el examen apasionado y, al propio tiempo, crítico de la actuación de las fuerzas políticas que integraban el Frente Popular en España sirvió de escuela para la formación de Pablo como revolucionario. Algo comenzaba a apoderarse de su inteligencia, sus emociones y sus sueños de futuro: dejar de ser un ente individual y unirse como un eslabón más a esa cadena de hombres con ideas como las suyas. Aquel anhelo no era otro, según mi criterio, que el de llegar a ser miembro del Partido Comunista.

En mi opinión esto dio lugar a un cambio profundo en la mentalidad de Pablo. Su comprensión de la guerra y de lo que ella significaba lo llevó a convertirse en comisario político, sin por ello abandonar su profesión como periodista cuya misión era tan importante como la de miliciano.

En sus cartas y crónicas de esta época es fácil percibir la admiración que siente por el programa del Partido Comunista Español. Así se lo hace saber a Joaquín Ordoqui, entonces exiliado en Nueva York. Está deslumbrado por la firmeza, capacidad de movilización e inteligencia de los cuadros comunistas. Su entrevista con Pepe Díaz constituye la mejor, más clara y profunda exposición del programa y estrategia del Partido para dirigir la revolución.

Cuando llegó a España aún no había formalizado su ingreso al Partido, aunque mantuvo siempre estrechas relaciones con los partidos comunistas de México y Estados Unidos. En París, de paso hacia España, tiene contactos con André Marty, responsable por el Partido Comunista

Francés para la ayuda internacionalista a la República Española. No existe constancia escrita del intercambio que seguramente se produjo entre ambos revolucionarios, lo cual resulta raro dada la personalidad excepcional de Marty y el carisma del periodista cubano.

Desde los primeros momentos la mente y el corazón de Pablo no descansan. Escribe crónicas y cartas, realiza entrevistas a jefes militares y políticos, se inicia como comisario político. Cuán lejos estaba entonces de imaginar lo que la vida le depararía en aquellas tierras que habían ejercido sobre él especial atractivo desde niño.

No se sabe a ciencia cierta, aunque es muy posible, que por aquellos días haya recibido alguna ayuda para ir a Barcelona por avión. A su llegada a la ciudad Condal participa en un mitin con miembros del Club *Julio A. Mella* creado también allí. De inmediato continua viaje por ferrocarril a Valencia donde reside el Gobierno de la República; luego va a las oficinas del Comité Central del Partido Comunista de España. Llega con credenciales del periódico *El Machete*, órgano del Comité Central del Partido Comunista de México, de la revista *New Masses*, que representaba a los intelectuales de izquierda en Estados Unidos y de otras publicaciones.

Ha vencido la primera etapa. Tiene una lista de personalidades a quienes debe entrevistar. Se detiene poco tiempo y busca el modo de trasladarse a Madrid. Quiere ver la guerra, vivirla, conocer el alma del pueblo, sus cualidades éticas, sus sacrificios, sus ilusiones y sus posibilidades. Va a aprender el arte militar insurreccional.

Lo primero que advierte, poco después de su llegada, es el despeje de sus añoranzas y perplejidades; su mente es ahora receptiva de toda idea nueva. Siempre quiso estar en el bando de los protagonistas, hasta el momento sólo había tenido la oportunidad de hacerlo desde las tånganas callejeras en Cuba y en Nueva York. Ahora, no sólo podía presenciar la guerra sino entregarse por completo a testimoniarla y participar de ella como un soldado más.

Su mente, como él jocosamente expresaba, sufrió un cambio revolucionario tras el «toletazo» que recibió en la manifestación del 30 de septiembre. Cree fervientemente en la idea de que en las circunstancias del momento un individuo aislado no representa nada. Construir una revolución no es posible sin un partido. Entonces recordará la primera premisa martiana para hacer la guerra necesaria acerca de que todo grupo que actúa para llevar a cabo una revolución debe tener un pensamiento ético y científico de la historia.

Cuando se intenta hablar de hombres como Pablo, es frecuente enaltecer la simpatía, el elogio, la loa, la capacidad de sacrificio; sin embargo se menciona poco su talento, expresado por su pensamiento.

Quien examine con cuidado y hondura la obra de Pablo se convencerá de que se ha tomado más la forma que el fondo. Son sus crónicas y cartas de España las que revelan su capacidad de análisis político y, más aún, su quehacer humano.

Él no escribe sobre los asesinatos en Isla de Pinos —en su libro *Presidio Modelo*— con el sólo propósito de denunciar el crimen, sino para dar testimonio de cómo se engendra la perversidad humana. Su excelente reportaje «Tierra o sangre», publicado posteriormente como libro bajo el título de *Realengo 18* es un anuncio de su perspicacia política y social acerca de la reforma agraria.

En suelo español da auténtica muestra de su gran sagacidad política y del sentimiento que anima sus acciones. Su presencia y participación en aquella guerra es la cristalización de un ideal, que no oculta, el de poner todos sus conocimientos militares, los que pueda adquirir, en función de la lucha revolucionaria por la independencia de sus patrias Cuba y Puerto Rico. En este sentido se adelanta a su tiempo en el ejercicio de sus dos profesiones: la de revolucionario y la de periodista.

Sus artículos escritos en La Habana llevan el sello de las necesidades de su tiempo. Su contribución al avance de la revolución se centraba, en aquellos tiempos, en el rescate de la moral y lo impecable de la conducta humana; al mismo tiempo que alentaba el credo de los estudiantes a través del prisma mental de Mella, de su comprensión y vinculación con los problemas sociales.

En España pone en ejecución esta misma estrategia política pero ahora en consonancia con las circunstancias prevalecientes: la denominada lucha de ideas desde los parapetos, una innovación de alto contenido político. En su criterio nunca debe desperdiciarse la oportunidad de esclarecer y, al propio tiempo, refutar enérgicamente ideas erróneas. Como él mismo dijo «no intento convencer a moros y fascistas, sino a la gente sencilla, no predispuesta, las más de las veces confundida, sin olvidar a aquellos que han sido reclutados a la fuerza incluso contra su real modo de pensar».

Nada hay más desmoralizador para una tropa que la deserción y este era uno de los objetivos. Aquellas conversaciones desde el parapeto, llenas de humor y sabiduría popular constituyen una obra ideopolítica originalísima. El propio Joseph Freeman en entrevista con Carlos Rafael Rodríguez le comenta que su compatriota, el novelista John Dos Passos las había escogido para filmarlas en España como modelo de propaganda revolucionaria.

En Buitrago de Lozoya, en las entrañas de la guerra, donde ansiaba estar, Pablo fija temporalmente su centro operativo. Allí se relaciona con Valentín González, *El Campesino*, a quien se une y del que deja un vivo retrato de héroe popular. En más de una crónica aparecen personajes de carne y hueso como Paco Galán, cuadro destacado de la guerra y militante comunista de quien Pablo deja un admirable y profundo perfil.

Se muestra altamente impresionado por la capacidad política y militar de Galán y de otros notables combatientes cubanos, ya comandantes, como Alberto Sánchez «todavía casi adolescente que pisando sus muertos alcanza su objetivo»; y Policarpo Candón, su amigo de Nueva York, que se le adelantó en sus posibilidades de llegar primero a España.

En Paco Galán advierte por primera vez la fusión de un militar y un luchador revolucionario, algo para él altamente inspirador pues expresaba su aspiración futura.

Años más tarde tuve la posibilidad de preguntarle a *El Campesino* si recordaba algunos de los temas que debatía Pablo en sus conversaciones con los aldeanos y cuál le había causado mayor regocijo, a lo que me respondió: «Su explicación sobre lo que significaba ser cristiano. Aquellos argumentos se propagaron por toda la región e hicieron mucho bien, en especial, entre las campesinas. Más de una vela con su llama amarilla iluminó el retrato de algún héroe muerto.» Y añadió este chiste: «Pablo producía más ideas que una cochina parida.»⁶⁰

Estos recuerdos se insertan aquí sin el propósito de alterar el magnífico prólogo de Víctor Casaus al libro *Cartas y crónicas de España*⁶¹ escrito con belleza y exactitud interpretativa, muy meritorio por la exposición y juicio que constituye, además, una sementera de frases emotivas y brillantes. En adición debe señalarse, que sin haber vivido esos días ni participado en la sublime gesta epopéyica de la guerra, Casaus supo apoderarse de lo trascendente de la leyenda que escribió Pablo, a quien no conoció en vida, un hombre que estremece los recónditos ánimos de quien lo lee.

⁶⁰ Entrevista inédita en Cuba, realizada por José López Sánchez como corresponsal de guerra en España (1937).

⁶¹ Víctor Casaus. «Pablo de la Torriente Brau en la guerra civil española» [prólogo] *Cartas y crónicas de España*. op. cit., pp. 11-42.

En Pablo, como en otros muchos intelectuales, se da una tremenda disyuntiva: dejar la práctica del oficio para darse por entero a la acción militar. De hecho, él tiene plena consciencia de que llegado el momento no vacilaría ni un instante; pero ni siquiera en las circunstancias más difíciles, bajo el cañoneo constante de la aviación enemiga, logra abstenerse de testimoniar a través de apuntes, cartas o crónicas aquellas estremecedoras escenas.

En el drama humano de la guerra, de esa clase de guerra, no hay separación entre lo que se piensa y lo que se hace. Él no fue en busca de gloria; pudo haber escrito una novela, quizás con un tañido más fuerte y vibrante que otras; pero no fue a España en busca de altisonancia o fama.

La guerra, sin embargo, provoca sentimientos tan contradictorios como la propia naturaleza del hombre. Se siente un amor humano como nunca antes se ha percibido y, al mismo tiempo, un odio que traspasa la barrera de lo sensible. La de España, particularmente, dejó páginas im-

borrables en la memoria histórica y en la excelsitud de las ideas comunistas inspiradoras de sus hechos más sobresalientes.

El cañoneo bellamente descrito por Pablo al arribar a Madrid, resonó con igual dureza un año después, en la primera noche de mi llegada a la capital española en unión de Nerina Luque y Joaquín Ordoqui.

Un infierno de luces centelleantes y ensordecedor ruido se había apoderado de las noches de Madrid. Continuaba el cerco sobre la ciudad sin que los fascistas pudieran ganar militarmente espacio pero al precio de vidas preciosas, entre estas la de Pablo y Alberto Sánchez; más tarde —en otros frentes de guerra— caen Policarpo Candón y Rodolfo de Armas, jefe de la Centuria Guiteras. El epónimo fue Pablo por su intelecto original y fecundo, pleno de sencillez y frugalidad.

Hombre de luz y sonido

A pesar del breve tiempo que vivió, apenas treinta y cinco años, en la mente de Pablo fueron acumulándose pensamientos perpetuos. Una ráfaga truncó sus alientos y sueños y cortó la esencia válida de hombre pensador, quizás de líder. Ida su presencia corporal no quedó sitio para albergar tanta sabiduría y humanidad. Su forma de decir era única y propia de un léxico rico en anécdotas, bromas, arengas estentóreas con las que vituperaba al enemigo y atraía y cualificaba el valor de los jóvenes, les infundía audacia y tenacidad para enfrentar el peligro y la muerte. Sus locuciones eran sementeras de bravura para los jóvenes reclutas y exaltación de ánimo para los ya probados oficiales.

El año 1936, en el que Pablo decidió su último combate, fue uno de los más azarosos en política y en acciones militares. Hombre de leyenda y de imaginación trascendente no pudo contarnos y explicarnos los reveses de la lucha que se desarrollaba, como torbellino de coraje, en los alrededores de Madrid. Pocas veces una ciudad se ha convertido en bastión, sólo años después lo sería Leningrado.

Mucho se ha escrito sobre la guerra en España pero, confesémoslo sin pena, no han alcanzado las palabras para la exaltación al valor y al sacrificio de ese pueblo. Habría sido necesario resucitar a los que historiaron La Comuna de París, denominada en su tiempo la revolución mayor, únicamente sobrepasada por el cañonazo del *Aurora*. Nos quedan, sin embargo, los testimonios de generales héroes, como Modesto, Líster y tantos otros. Con la desaparición de Pablo se perdió el mejor paradigma del testimonio de la guerra de España.

Su voz, afincada en los laberintos de la tierra, tiene todavía resonancia universal. Justo es que rememoremos sus virtudes de periodista y escritor, y ahora más que nunca, para no olvidar su hermoso gesto solidario y para que su tremenda existencia sirva de inspiración cotidiana.

Hombre de profundo pensamiento político, su historia aparece plena de movimiento; vivaz en el comentario sarcástico y cruel para los bravucones y enemigos.

Orgánica y mentalmente Pablo era un hombre modesto. Sin olvidar su valor y arte de escribir, era sobrio y rehuía de todo aquello que pudiera considerarse grandilocuencia, altisonancia y envanecimiento en el contar o en el hablar. Sencillo y moderado en sus juicios y aferrado a la verdad como una cualidad sensible que debía sustentar todo lo que escribía o decía.

En lo físico mezclaba su heroísmo con el nivel de la tarea y el esfuerzo a realizar. Siendo aprendiz de comisario actuaba como el primero en cuanto tarea se le encomendara. No fue crítico amargo y violento; tampoco se movió jamás en las sombras, no sabía hacerlo, fue siempre hombre de luz y sonido.

El ámbito donde siempre giró era el del patriotismo, apostolado por la independencia y la libertad de los pueblos. No gustaba de hacer frases fastuosas. Candón me contó que en una ocasión recriminó a Pablo porque pensó que había abandonado su labor periodística; pero en tono cortante, le respondió: «[...] ni la he abandonado ni la abandonaré jamás, sólo que la comparto con mi aprendizaje para ser un soldado de la revolución [...]»⁶²

Desde antes de partir para España se había adueñado de él en espíritu y mente una idea, la de dar a su vida un objetivo concreto: abrazar la militancia comunista. Se hace el firme propósito de ahondar en los problemas ideológicos de su tiempo y así lo pone de manifiesto cuando caracteriza políticamente a Antonio Guiteras y a Carlos Aponte en ocasión del primer aniversario de la caída de los dos revolucionarios.

Recuerdo que aquel acontecimiento había sido oscuro epílogo de la huelga de marzo de 1935, el episodio más sangriento de la primera dictadura batistiana, y en opinión de Pablo y de otros revolucionarios, constituyó el acta de cancelación de la revolución del 30, si se acepta la muy discutible tesis de Raúl Roa de que «la revolución del 30 se fue a bolina». En mi opinión esa histórica frase se corresponde más con un genial artificio intelectual, pues ninguna revolución se pierde en el espacio como un cometa; como este, deja su estela de fuego que avivará otros tiempos y otros hombres.

En apreciación sencilla, Pablo expresa un juicio correcto acerca de la distinción que debe establecerse entre las virtudes del hombre y las insuficiencias de su estrategia revolucionaria. Sobre Aponte y Guiteras dice: «[...] ellos fueron, sencillamente hombres de la revolución [...] Nada más. Y ni me interesa, ni creo en el “hombre perfecto” [...]».⁶² En suma, deja percibir que la revolución no es ni puede ser el producto de un hombre. Es justo el criterio expresado por Víctor Casaus en su evocación de Pablo al afirmar que «es ajeno a toda sacralización». Héroe lo es; pero su heroicidad no se debe a ningún artificio sino a lo que todo hombre es capaz de entregar en defensa de sus postulados ideológicos.

⁶² Entrevista inédita realizada por el autor de este libro a Policarpo Candón, compañero de Pablo en la Guerra Civil Española.

⁶³ Pablo de la Torre Brau. *Hombres de la Revolución. Páginas escogidas*, op. cit., p. 331.

Pablo deja una breve pero intensa producción testimonial, única, original y palpitante sobre aquella guerra de la que se ha escrito mucho pero a la que le han deformado numerosos e importantes hechos y realidades e, incluso, hasta la actuación de sus hombres y mujeres.

La verdadera y real historia de esta magna obra ejecutada por el pueblo español y sus mejores hijos del trabajo y del intelecto tal vez aún no se ha escrito. La historia oficial ocultó para su propia conveniencia la esencia de lo que sucedió en aquellos duros y hermosos tres años de lucha.

Pablo, sin embargo, supo comprender desde el primer instante el drama de la guerra en la cual estaba participando y reportando en su doble condición de soldado y corresponsal. Él no fue tras la gloria intelectual, menos aún tras la ficción. Sus héroes son de carne y hueso, aman y sufren, gozan y mueren. Sus textos no son páginas noveladas, sino la expresión escueta y sencilla de sus pensamientos, lo que no excluye la fluidez de la escritura y belleza de las frases, la mayor de las veces escritas al borde mismo de la muerte. Lo que nos dejó en sus crónicas y en sus cartas no fue mera información política, pues nunca dejó de actuar como periodista.

Como hombre sensible más de una vez contó a sus amigos su estremecimiento al evocar un recuerdo de Cuba, una sinfonía, un olor. Sus entrevistas no perseguían como propósito el protagonismo pueril o el afán de sobresalir ni el revelarse para los lectores extranjeros como escritor hazañoso, sino en dar testimonio sobre el modo de pensar del entrevistado, sus cualidades y actuación. No intercala críticas ni conclusiones. Respeta el derecho del entrevistado sobre sus propias opiniones.

Su ideal fue siempre dar una acertada visión de los hechos de la guerra y de la manera de pensar de los dirigentes políticos. No se detuvo por sí mismo a mostrar suficiencias. Tampoco realizó entrevistas con el mero propósito de que lo evaluaran por el número de ellas y la importancia de la persona que la concedía. La que ya he citado anteriormente a José Díaz, tuvo un valor excepcional, no sólo para su tiempo, sino para el futuro, pues divulgó los justos y atinados objetivos que perseguían los comunistas españoles: la instauración de una república democrática.

La sensibilidad de Pablo, su ideario político y su firme convicción en el hombre le hicieron ver la necesidad de incorporarse al ejército como un combatiente más, un ejército que lo acogió con honor y orgullo y le confirió el cargo de comisario político primero y, luego de su muerte, el de capitán de milicias.

Combate y muerte

Resulta difícil traer de nuevo a la memoria palabras y hechos que ya parecían perdidos en los vericuetos del recuerdo. Como si hubiera traspasado el velo confuso del tiempo en apenas unos segundos aquellas impresiones vuelven a encontrar en mi vida un punto de referencia: las escenas de la guerra de España.

A pesar de no conocer los detalles sobre la caída de Pablo, pues llegué a Madrid muchos meses después de su muerte, aquel hecho había calado profundamente entre los que le conocieron y su sombra de héroe permanecía intacta. Confieso que traer a la mente estos recuerdos es como volver a reconstruir, en cierta medida, aquellos sueños poco tiempo después derruidos por el crimen y la traición de hombres y naciones.

La imaginación me lleva ahora a las escenas en el Guadarrama, en días de crudo invierno y nevadas como aludes, cuando los soldados arañaban el hielo en busca del comisario; aquel joven impetuoso que había dejado su preciosa vida en España como recuerdo imperecedero de una nobleza y un bregar sin tregua por la justicia.

He tratado de testimoniar, por los medios disponibles y a través de interlocutores a los que tuve acceso, los incidentes e imágenes de la batalla en la que Pablo inmortalizó su intrepidez.

Cada cual dio una versión diferente de las acciones de aquel día pero en lo que parecen coincidir todos es en la complejidad de las operaciones militares ejecutadas. Según señala el general español Enrique Lister «había sido una lucha de infantería en la cual los hombres se batieron con inaudito coraje».

El poeta Antonio Aparicio me contó, en 1938, que antes de entrar en combate Pablo arenga a los soldados y les incita a no retroceder ni un paso. «Nos enfrentamos a moros y fascistas y debemos aniquilarlos. Hay que recuperar esa cota.» A lo que Aparicio le responde: «Joder, se te ocurre cada cosa.»

Lo cierto es que la batalla se inició muy temprano, precedida por una brigada de tanques que tenían la misión de abrir el camino, pero en opinión de Lister la brigada cometió un error táctico «no destruyó todos los emplazamientos de ametralladoras. La visibilidad era casi nula, una copiosa nevada cubría todo, la infantería se batió bravamente y logró la victoria, en el campo sepultados por la nieve quedaron los muertos».

Pedro Mateo Merino al recordar el suceso relata:

En estos combates pereció heroicamente, batiéndose en las filas de la 1ra Brigada móvil de choque, el escritor y comunista cubano Pablo de la Torriente Brau[...] a la vista de Majadahonda, como a mitad de camino entre el vértice de Romanillos y Boadilla del Monte, sobre una loma alargada, con una casilla en lo alto, al rechazar un ataque de tropas moras con tanques[...].⁶⁴

En realidad no existe un relato claro y preciso de la batalla. La tropa estaba eufórica y no había percibido la muerte del comisario, cuando la voz ronca de mando de Candón ordena recuperar los cadáveres de los milicianos combatientes. Comienza la ardua labor de rescatar a los muertos, muy pocos heridos; el cuerpo de Pablo no aparece y de nuevo la voz de Candón se hace oír: «Tenemos que hallar al comisario, es una cuestión de honor, si está herido puede congelarse y si está muerto no puede quedar insepulto.»

Se dividió el campo en parcelas y se destinó una compañía para cada cuartón. Dos días de intensa búsqueda y al fin aparece Pablo con la cara vuelta hacia el cielo violáceo, las pupilas

dilatadas que parecían refulgir y una gota de sangre en la comisura de los labios. Una ráfaga de ametralladora le había atravesado el tórax a nivel del corazón.

Era un día típicamente invernal, nevaba profusamente en copos densos. La luz del sol no podía penetrar la plúmbea niebla. Serían aproximadamente las once de la mañana y una oscuridad profunda apenas dejaba ver el movimiento de los hombres. Poco a poco se iban acercando los milicianos para ver por última vez a su comisario.

Sobre su entierro existen dos versiones; una la obtuve directamente de Julio Cuevas, trinitario, combatiente y músico de profesión, quien me hizo el siguiente relato:

El cadáver de Pablo fue llevado a Majadahonda y allí se le puso en una caja rústica, pero no se le enterró, sino que se hizo un simulacro y a mí me encomendaron el toque de silencio, tú sabes yo soy trompetista. Después del toque se hicieron tres salvas y cuando se depositó el féretro toqué el Himno Nacional de Cuba. Después se gestionó un nuevo ataúd y se le llevó al cementerio de Chamartín de la Rosa, el más modesto que se estaba gestionando. *El Campesino* pronunció unas palabras en las que incorporó el texto del mensaje del Partido Comunista de la Brigada. El pésame decía textualmente «El Comisario Pablo es un ejemplo: ¡Imítadle!»⁶⁵

⁶⁴ Pedro Mateo Merino. *Por vuestra libertad y la nuestra*. Madrid, Editorial Disenso, 1986, p. 92.

⁶⁵ Entrevista realizada por el autor en España (1937).

No hubo flores, lágrimas, rencores, sólo el silencio de los bravos. Esta vez el sol filtró un rayo de luz que atravesó el cielo sombrío e iluminó el instante en que descendía el ataúd. Una aurora roja se desvanecía...

Miguel Hernández quien compartió con Pablo noches sin luna, pero iguales sueños de poeta y combatiente cantó en versos:

*Me quedaré en España compañero,
me dijiste con gesto enamorado.
Y al fin sin tu edificio tronante de guerrero
en la hierba de España te has quedado.*⁶⁶

⁶⁶ Miguel Hernández. «Elegía segunda» En *El calor de tantas manos*, Selección, presentación y notas de Elizabet Rodríguez e Idania Trujillo. La Habana, Ediciones *La Memoria*. Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*, 2001, p. 40.

Un bombardeo que sepultó testimonios

A Teruel no autorizaban visitas de corresponsales, pero sin solicitarlo fui citado por el Comité del Partido Comunista de España con el propósito de dirigirme a esa ciudad a cumplir una misión secreta. Mi cargo como corresponsal militar era la fachada perfecta y de autorizarme el mando de la división —donde me desempeñaba como redactor del periódico *Al Ataque*— no habría dificultades. Pregunté si podía hacerme acompañar de un corresponsal civil, miembro del Partido Comunista de Cuba. La respuesta fue: «Vea usted primero su caso y luego procure la autorización para su acompañante.» Regresé al cuartel *O'Donnell* y encontré al comandante Valentín González, *El Campesino*. Le comenté la misión y pregunté si tenía su permiso. La respuesta fue: «Hable con el capitán Palacios para resolver lo del transporte, él se ocupará de todas las gestiones y permisos oficiales.»

Recibí mi credencial en sobre cerrado y la autorización para hacerme acompañar por Carlos Montenegro, que venía como corresponsal de la revista cubana *Mediodía*. Me indicaron ir al local del partido para recibir las instrucciones.

El día 24 de diciembre salimos de Madrid vía Valencia. Un viaje difícil. Nos avituallamos como fue posible. Taracón, el chófer, no conocía bien los caminos para Teruel, que según consejos debía hacerse por carreteras auxiliares, lo que motivó una absurda pérdida de tiempo y finalmente el extravío de la ruta.

Al no existir una línea de demarcación entre la zona franquista y los leales incursionamos en el territorio enemigo por Bezas. Un campesino, al notar nuestra confusión, nos indicó el camino correcto. Cogimos el trayecto de Campillo, en el ala izquierda del frente, que daba signos de desorganización, pues los tanques franquistas habían roto las líneas.

Nuestro exceso de confianza nos llevó a continuar viaje hacia Teruel, pero nuevamente equivocamos el rumbo y entramos a la ciudad por el lado errado. En el cuartel de milicias nos indicaron la ruta a seguir para poder contactar a Líster, pero nuestro empeño fue infructuoso; la noche nos alcanzó por el camino, la niebla y el frío, inseparables compañeros, se convirtieron desde entonces en los enemigos más peligrosos.

Por fin tuvimos que desistir de nuestro propósito de alcanzar San Blas y decidimos tomar una carretera bastante estrecha para internarnos nuevamente en el bosque. Los tanques y la aviación nazi hacían incursiones cada vez más activas y potentes contra los cielos de España y las líneas republicanas. Desde el 29 de diciembre había comenzado la gran contraofensiva fascista. Nos fue imposible llegar donde estaba Líster con sus tropas, pues se libraba una batalla descomunal.

Años después, al recordar aquel acontecimiento, el propio Líster relata cómo una masa imponente de infantería, precedida de gran cantidad de tanques, apoyada por un fuego infernal de cañones y bombas, lanzadas por cerca de 100 aviones se abalanzó contra las fuerzas republicanas. Bajo aquellas circunstancias era prácticamente imposible cumplir nuestra misión, no obstante continuamos viaje.

La noche del 30 de diciembre llegamos a Torrebaja donde estaba la División de Martínez Cartón, y en la que había un cubano de apellido Cuervo. Allí compartimos un huevo hervido entre cuatro e hicimos noche en una barbacoa. Finalmente pudimos hacer llegar nuestro mensaje pero ya era demasiado tarde. La realidad había superado al deseo y al deber.

Iniciamos el regreso y la última noche del año 1937 nos encontramos en Albacete con la XV Brigada Internacional y el Batallón *Lincoln* del que era médico de ambulancias el capitán cubano Luis Díaz Soto, uno de mis más fraternos amigos.

Aquella noche nevó, de tal modo que el primer día de enero de 1938 nos sorprendió sacando hielo de la entrada de la casa. Al mediodía continuamos para Cartagena, donde debíamos encontrar al capitán cubano Jorge Agostini pero, como nos retrasamos, ya había salido en misión para el frente.

Llegamos a Cartagena en la noche. La ciudad estaba como boca de lobo. Habían desactivado la electricidad para evitar la furia de la aviación enemiga. Por esa razón decidimos pasar la noche en el coche. Al siguiente día, 3 de enero, fuimos al hospital de Murcia donde creíamos encontrar al médico cubano Eduardo Odio Pérez, pero nos dijeron que estaba en Madrid. La carretera estaba congelada y como resultado de una mala conducción el automóvil se despeñó y perdimos nuestros documentos de identidad. Salimos a la carretera y al rato sentimos el ruido del motor de un camión. Eran carabineros. Con ellos viajamos hasta Madrid. Llegamos de noche y sin contraseñas. A riesgo de recibir un tiro en medio de aquella oscuridad y rehuyendo a los guardias que hacían la posta llegamos a la Plaza del Ángel donde estaba el hotel *Victoria* en el que estaba hospedado Carlos Montenegro. Cuento esta anécdota pues, aunque no está directamente relacionada con Pablo, forma parte de las vivencias de España y el preludio de cómo recibí sus documentos.

En la mañana del 3 de enero me presenté en el cuartel *O'Donnell*. Allí encontré a Montenegro. Con una emoción envidiable, me dijo: «Me voy con la brigada de Candón que sale para el frente de Aragón. Ya he sido autorizado.» El relato de aquellos meses los dio a conocer años más tarde en un pequeño libro, *Tres meses con las fuerzas de choque*.

El día 4 de enero por la mañana me presenté en las oficinas del Comité del Partido en Madrid. Me recibió el entonces secretario general, camarada Domingo Girón, a quien le informé los detalles y resultados de la misión. Recuerdo sus palabras: «Bien camarada, usted debe salir de inmediato para Barcelona. Tome este sobre que contiene documentos del Comisario Pablo, creo que contiene cosas importantes para vuestro Partido» y añadió: «Tiene una citación de la

Comisión de Cuadros del Comité Central, viajará en un camión de carabineros que va a Valencia y allí usted se las arreglará para llegar a Barcelona.»

En Barcelona contacté de inmediato con el compañero Ramón Nicolau (Monguito), quien había llegado a la Ciudad Condal desde La Habana acompañado por Emilio Laurent, Feliciano Maderne y Remberto O’Farrill, tres militares cubanos de experiencia cuya misión era asesorar a las tropas españolas en el manejo de las ametralladoras. Monguito me entregó una carta del compañero Blas Roca en la que me explicaba la urgencia de mi regreso a Cuba debido al grave estado de salud de mi padre.

En la Comisión de Cuadros se discutió sobre algunas incidencias del viaje a Teruel. En aquella reunión conocí al camarada Bob Minor del Buró Político del Partido Comunista de Estados Unidos.

Permanecí unos días más en Barcelona y aproveché para hablar por las ondas internacionales de la radio española. Asimismo establecí muy buenas relaciones con el camarada Neels Sbert, ministro de cultura de la Generalitat de Cataluña, quien había estado en Cuba y conocido a Mella.

Mi regreso había sido programado vía Nueva York. El día 31 de enero se produjo un bombardeo sobre Barcelona que destruyó una guardería infantil en la que perecieron decenas de niños. Monguito y yo ayudamos a sacar los cuerpecitos inertes y mutilados de decenas de niños inocentes. Aquella fue mi última tarea —muy dolorosa por cierto— en España. Ese mismo día a las doce de la noche tomé el tren para la frontera. Abandonaba así aquel inmenso y rico país con sus ciudades arruinadas por el fuego de la aviación italiana. En breves semanas comenzarían los combates del Ebro.

Al siguiente día, temprano en la mañana, la aviación enemiga o pavas «cagonas» —así llamadas por el pueblo— bombardearon la carretera a la altura del Castillo de Figueras. Es difícil precisar si el objetivo era volar el tren o si sólo se proponían interrumpir el viaje. El resultado fue la destrucción de la línea férrea que obligó a evacuar rápidamente el tren con el equipaje y todos los pasajeros, la mayoría mujeres y niños. Se nos ordenó avanzar por los costados de la línea férrea mientras esperábamos otro tren que vendría a recogernos desde Port-Bou. Los hombres debían dejar el equipaje; luego sería enviado a sus lugares de destino. Sólo las mujeres pudieron cargar con los bultos. Los hombres les ayudamos pues ellas llevaban a sus hijos en brazos.

En Port-Bou me comuniqué por teléfono con Sbert y le narré lo sucedido solicitándole el envío de mi equipaje a París. Como a las cuatro de la tarde se produjo un nuevo bombardeo y tuvimos que refugiarnos en el túnel que separa Port-Bou de Cerbère. No pude precisar el objetivo, pues el tren ya estaba en camino de regreso a Madrid. Lo rigurosamente cierto y grave fue que perdí una maleta en la que llevaba documentos, fotos, libros y por supuesto el sobre con las cosas de Pablo. Girón me había dicho que en aquel sobre iba un documento muy importante: la certificación de Pablo como miembro del Partido Comunista Español. Si bien no pude leer su contenido completo sí vi el documento, recuerdo que tenía un cuño con la inscripción de «Aprobado»; el pequeño sobre también contenía una pluma corriente de color azul; un libro, que ahora no recuerdo el título, y otros papeles.

A las seis de la tarde nos recogió otro tren y logramos pasar la frontera y continuar viaje a París. En la estación me esperaban Félix Pita Rodríguez y Osmundo Illas. En la Ciudad Luz recibí instrucciones para ir a las oficinas del Partido Comunista de Estados Unidos donde me entregaron el pasaje en barco para Nueva York.

A pesar del tiempo transcurrido nunca he podido dejar de recriminarme por haber perdido los documentos de Pablo, así se lo hice saber a sus hermanas, en particular a Zoe de la Torriente Brau en una carta y lo he expresado en distintas ocasiones.

Ladislao González Carbajal —que estuvo en la reunión del Buró Político del Partido donde rendí un informe sobre mi labor en España— al referirse años después a este hecho relacionado con los documentos de Pablo perdidos en España, recordó mi afirmación de que Pablo había ingresado en el Partido Comunista de España y lo dio a la luz en un pequeño folleto.

Por otra parte, Raúl Roa, a quien conté lo de la pérdida de aquellos valiosos documentos, me respondió: «Coño, Pepe, no te culpes más, Pablo te obligó a cumplir con sus palabras de entregarse plenamente a la guerra de España y dejó en esas tierras sus inmortales recuerdos y sus restos de revolucionario íntegro y único. Él se fundió con la lucha de España hasta la muerte.»

Pablo cayó, como bien dijo Roa, «como había soñado en su vigilia febril, combatiendo por la libertad del mundo». Su cadáver como el del general Antonio Maceo, tuvo que ser rescatado como reliquia sagrada para darle honrosa sepultura.

Su entierro fue una ceremonia sencilla, y como alguna vez lo había vislumbrado: rodeado de combatientes, con el rifle en mano, sin llantos ni flores. La trompeta de Julio Cuevas llamó a silencio y luego se dejaron oír las notas del Himno Nacional Cubano y las salvas de honor hendiendo el espacio estremecieron el silencio de un cielo enlutado y oscurecido.

Los restos de Pablo

Cuando apenas el sol rompió la tristeza de la oscuridad, que ya anticipaba la noche, apareció el cuerpo exánime de Pablo. Ante los hombres del comando se abrió una inquietud: ¡Qué difícil dejar de ver al comisario si lo sepultamos!, tampoco puede quedar a la intemperie. No era el lugar merecido ni apropiado y hubo consenso: vamos a sepultarlo provisionalmente. Se preparó un ataúd para conservarlo hasta que se decidiera, al parecer, su destino último. Los honores de combatiente victorioso, aunque sin vida, se le tributaron.

El 24 de diciembre de 1936 fue enterrado en Madrid, en un cementerio cercano y colindante a un hospital de Chamartín de la Rosa, inscripto con el N° 1563, Libro 7364, Folio 55. El 8 de enero de 1937 fue trasladado al cementerio de Barcelona. Embalsamado y en caja de bronce se le enterró en el cementerio de Montjuïc. Sus datos constan en el Libro Registro N° 26, correspondiente a los años 1936-1937. Fue inhumado en el nicho N° 3772, en la Vía “sin vía” primer piso, con el N° de Orden 206.

El 13 de junio de 1939 se venció el plazo de dos años pagados por el Club *Mella* de Barcelona y el 26 de septiembre de 1939 sus restos fueron depositados en una fosa común, al lado del nicho donde estaba enterrado.

Con reverencia profunda he reseñado los datos de Pablo, que yace aún en la tierra donde batalló. Ahora que en su patria, la que forjó sus ideales de lucha y a la cual sirvió con su inteligencia periodística y su humanidad íntegramente revolucionaria espera por sus restos para que se alce en el más elevado pedestal.

Este será el símbolo más alto de la integridad y unificación de todas las patrias de nuestra América a las que deberá unirse aquella que constituyó el sueño febril de un hombre bondadoso, noble, inteligente, que nunca temió equivocarse en política porque sólo «no se equivoca el que no labora, el que no lucha».⁶⁷

⁶⁷ Véase carta a Raúl Roa, 15 de enero de 1936, op. cit., p. 226.

Capítulo V

Pablo y Che: románticos de la revolución⁶⁸

Como bien dice Plutarco en su libro *Vidas paralelas* no son el tiempo y los hechos los que determinan la existencia y actuación de los hombres. Siguiendo la lógica de este razonamiento plutarquiario confieso que durante un tiempo me animó la idea de escribir sobre Pablo de la Torriente Brau y Ernesto Che Guevara dos hombres que compartieron, a pesar de no haberse conocido y vivir épocas diferentes, idénticos anhelos, pasiones humanas y revolucionarias.

Aquella idea se hizo seria inquietud intelectual cuando por una circunstancia puramente casual un día en el hotel Sovietskaya de Moscú, el Che, que se encontraba reunido con Aníbal Escalante y el general Enrique Líster, al enterarse que yo había participado en la guerra revolucionaria del pueblo español, me reprochó no haberle contado antes sobre aquella experiencia y haberlo mantenido ajeno a un suceso que para él despertaba, al menos esa fue la impresión que dejó en mí, gran interés y entusiasmo.

⁶⁸ Este capítulo se basa en las vivencias personales del autor. Véase Apéndices.

En un momento de la charla me pregunta: «¿Conoció usted a Pablo de la Torriente Brau, me han hablado de él?.» «Sí, comandante, le respondí, lo conocí en Cuba, en las aulas universitarias.» «Ah, ¿no fue en España?», inquirió. «No, comandante, cuando yo llego a España, él ya había muerto.» Y dice el Che: «Volveremos a hablar sobre este tema, doctor, me debe una.»

Ciertamente, había conocido a Pablo en las tónganas estudiantiles de los años 30 del pasado siglo y, con el tiempo, su imagen se fue haciendo cada vez más íntima, amistosa y cercana, tal vez, inconscientemente, porque para quien ha vivido noventa y dos años los recuerdos cobran una dimensión más sólida e intensa.

Aquella breve charla con el Che me impactó a tal punto que aún la conservo fresca en mi memoria. Las anécdotas contadas en aquellos, escasos pero vivos minutos de conversación, debieron haberle causado honda impresión, la misma que dejó en mí su transparente personalidad humana y su bravura de combatiente.

Al compartir estos recuerdos y valoraciones con los lectores cumplo una deuda espiritual con la memoria de Pablo y Che: románticos de la revolución cuyas vidas cobran inusitado interés histórico, más por el genio de sus inteligencias, que por lo heroico de sus empeños guerreros. En uno y otro caso la marcha de sus existencias explica la trayectoria de sus pensamientos e ideas.

En Pablo y en Che se resumen y condensan los avatares de sus respectivas generaciones. Físicamente diferentes: Pablo, hombre robusto, de tórax amplio y respiración profunda; Che, afectado desde niño por el asma debió suplir esa deficiencia con voluntad ciclópea. Ambos, sin embargo, podían acometer las mismas maravillosas hazañas de escalar montañas, recorrer grandes distancias y enfrentar peligrosos escollos de la naturaleza como tolerar el frío inclemente y todo lo que se presentase de improviso.

Pero lo que más los identifica es su pensamiento y devoción a la humanidad. Su sacrificio fue retribuido a favor de sus patrias por la justicia y la libertad de los pueblos sojuzgados por los poderosos imperios.

Las ideas de estos dos hombres emanaban de la hontana del marxismo, aplicado según las condiciones, tiempo y circunstancias concretas de los países en los que llevaron a cabo sus luchas. Ambos emprendieron un camino sin retorno. Conscientes de ello, sus hálitos excitantes brotaban de su amor por los destinos del hombre. Por esa razón, sus vidas son comparables y paralelas en la historia. No nacieron en Cuba pero fue en esta tierra donde sus espíritus alcanzaron dimensión universal en sus ilusiones y realidades sociales.

Hombres sin desmayos, honestos, valientes no aspiraron a la gloria, ella les vino como cosa propia. Sus vocaciones fueron distintas pero convergentes en su afán de redención humana.

Tanto Pablo como Che fueron escritores de imaginación desbordante; sólo disienten en el género literario de expresión. En Pablo prima lo epistolar, la crónica y el reportaje humano, en Che tiene su más acabado análisis y exposición el diario y la memoria.

Ninguno de los dos privilegia la finura del lenguaje, la altisonancia, la afectación o la fraseología estruendosa y sonora; sólo la firmeza de la persuasión, el claro razonamiento dialéctico sostiene su argumentación y esclarecimiento conceptual.

Las obras del Che son literariamente concretas, hermosas, verídicas, reveladoras de una penetrante comprensión humana y un certero análisis de los hechos. Poseía un peculiar y profundo subjetivismo para valorar la excelsitud humana. Su empeño principal era descubrir la calidad de la naturaleza del hombre. Nadie pudo superar esa cualidad suya que más de una vez puso a prueba con sus amigos y, en particular, con sus hombres en los duros años de la guerrilla en Cuba, el Congo y Bolivia. En Pablo, prima la objetividad, corolario de su sólida labor periodística, la pasión, simpatía y humor que siempre supo mantener a flote hasta en los momentos más difíciles de su agitada vida.

Uno y otro evidencian la gigantéz intelectual de su intelecto tanto en la ética como en la política. Poseían una mente revolucionaria y prolífica. Puede que no hayan sido felices en la cotidianidad de la vida pero sí en el éxito de sus designios, engendro de su ilusión y quehacer inspirado en la firme voluntad de ideales y de justicia humana. Traspasaron el umbral de su tiempo no como héroes marmóreos sino como hombres que vivieron intensamente, lucharon, amaron, sufrieron decepciones y gozaron la vida por sobre la mediocridad, las falsas apariencias o las derrotas.

Una cualidad común, en ambos, es la inteligencia, el genio particular que significa presteza en apreciar las cosas tal y como son. Entregaron su amor a los otros sin importarles nada a cambio. En ellos no cabe, porque está superado visceral y mentalmente, el egoísmo.

Vivieron épocas convulsas más no se conformaron con los dramas sociales o las penurias materiales. En ellos primó un alma enteramente libre, sincera y valerosa, el amor a la vida, a la audacia y a la fe.

Sus ideas, exponentes de un pensamiento prevaleciente en las generaciones de su tiempo, pueden ser objeto de comparación —entendiendo el término no como rivalidad por méritos— sino como punto de partida para un posible y necesario paralelismo que busca revelaciones más profundas sobre sus muy particulares maneras de ver al hombre y a la sociedad en su conjunto y, al mismo tiempo, ser ellos mismos protagonistas de esos cambios. Cada uno fue mejor a su manera y ninguno mejor que el otro de un modo absoluto. Para ambos lo militar y lo social se funden en un ambiente de lealtad y amor.

En modo alguno esta comparación pretende inspirarse en el raquítico concepto de resaltar las cualidades superiores que distinguen a uno y otro hombres pues, en todo caso, lo relevante es destacar las semejanzas y no las diferencias de sus aptitudes filosóficas. Ambos fueron ilustrados, ideológicamente modernos y románticos pero no en el sentido peyorativo de la palabra sino en su capacidad de entrega y sacrificio por lo que consideraban justo y verdaderamente humano: la redención de la especie humana.

Y ese romanticismo también se esboza en su filosofía de la vida, en la sustancia de su ideología marxista resumida en el razonamiento faústico que se fundamenta en la acción y no en la gloria.

A ambos les fascina la transformación de las cosas mediante la voluntad. Se esforzaron en redimir sus propios sueños no para autocomplacerse o vanagloriarse sino para construir la felicidad de los demás hombres y mujeres sin importarles el color de la piel, la geografía o el origen. Fueron una suerte de Quijotes de su tiempo.

En Pablo y Che, por otra parte, brilla clara y rutilante la destreza revolucionaria resultado de sus experiencias cualitativas ceñidas a una percepción política audaz y, al propio tiempo, racional.

Pablo, por ejemplo, fue capaz de prever el papel que desempeñaría Inglaterra en el conflicto de la República Española. Así se lo hace saber a Julio Álvarez del Bayo en una de sus más

memorables y esclarecedoras entrevistas de la guerra, cuando le comenta que aquel país europeo estaría dispuesto a la traición para derrocar al gobierno republicano, pues ya presumía que sin el apoyo militar de Hitler y Mussolini no se obtendría la victoria sobre el ejército popular. Madrid era el ejemplo terrible y magnífico de la resistencia, el cerco permanecía incólume.

En aquella lúcida entrevista con Álvarez del Bayo había dado a conocer Pablo una premonición al afirmar que, tal vez, en aquel momento en Inglaterra se estuviera fraguando la traición. En efecto, poco tiempo después comenzaron las negociaciones para imponer el pacto de No Intervención.

Álvarez del Bayo se mostró sorprendido e incrédulo ante aquella frase a la que Pablo acompañó con otro argumento «los nazis y el *fascio* son ahora los instrumentos, pero no olvide usted que los internacionales y la Unión Soviética son una fuerza poderosa».

El entonces ministro de guerra del gobierno popular le respondió: «Ustedes los periodistas tienen un don especial y una sutil capacidad especulativa.»

La entrevista no se publicó, pero el Comité del Partido Comunista en Madrid recibió una versión secreta. Como yo estaba adscrito a su Comité Militar tuve oportunidad de conocerla. Existe, por cierto, una referencia a esta entrevista en una de las crónicas que luego escribió Pablo y en la cual alude a la conducta hipócrita asumida por Inglaterra en el conflicto republicano.

En aquellas circunstancias Pablo no podía intuir que detrás de Albión estaba la mano de Estados Unidos que negaba visas para ir a España y jamás envió armas de combate.

El Che, por su parte, conoció profundamente lo que representaba el imperialismo yanqui como enemigo principal de la humanidad y en el que no se podía confiar —como bien dijo— «ni un tantico así».

Admito que acercarme a Pablo y Che desde la perspectiva de mis ya largos años e intentar hacer esta comparación de sus excepcionales existencias desborda el genio del razonar humano, por eso recorro a ciertos resortes imaginativos que se fundamentan en mis recuerdos y en mi fantasía, resortes propios de la psicología literaria, arte de imaginar cómo sienten y piensan los hombres de la historia.

Me propuse pasar por alto la pasión sobre lo ilusorio de la naturaleza volátil de la ficción; pero el intento fue en vano. Así de difícil ha sido el empeño de representar la virtud del heroísmo. Las vidas comparadas son siempre hipótesis de experiencias ideales.

Sin embargo, las vidas personales de estos dos hombres fueron sobrepasadas en sus afanes revolucionarios por el mejoramiento de la existencia humana. Como sucede con los personajes shakesperianos también tenían contradicciones, precisamente por eso son recordados y constituyen paradigmas de todos los tiempos. Por sus propósitos de denuncia de los males sociales, poseían la sólida virtud de la perseverancia y un ansia inusitada de ver culminadas sus obras.

Sus pensamientos oscilan entre lo abstracto y lo concreto; tienen mentalidad matemática. Pablo recurre al método algebraico para el análisis político; el Che aficionado a la geometría, decidió un buen día abandonarla pues había llegado a la conclusión de que no le hacía pensar y resolver incógnitas y pidió un profesor de álgebra para solucionar ecuaciones.

Ambos engendraron leyendas de trascendencia histórica. Amantes del buen humor —cada uno en su estilo— anidaron cualidades espirituales sublimes; jamás necesitaron de órdenes, títulos honoríficos ni condecoraciones. Ellos fueron sujetos, no objetos de la historia. Sus únicos títulos los ganaron con sus hazañas, su valor, su sacrificio por la verdad y el honor.

Difícil ha sido intentar comparar las vidas de Che y Pablo, paradigmas de las luchas emancipadoras de la humanidad. Raúl Roa, con quien mantuve una entrañable y sincera amistad hasta el filo mismo de su muerte, expresó de ambos esta hermosa frase: «también fueron poetas, no de versos y rimas, sino poetas de la lucha y de la victoria por y para la Revolución». Poetas de la vida, Pablo y Che no buscaron la posteridad ni la gloria, fueron personalidades históricas antes que sus destinos los convirtieran en iluminadores del futuro.

Epílogo

Más de medio siglo tienen los recuerdos que evoco en este breve ensayo biográfico. No miento si digo que la manera más hermosa —tal vez la única con que a Pablo le hubiera gustado que se le nombrara— es en la brega constante y afilada por la vida.

Escribir estas líneas ha sido un gran esfuerzo pues ha obligado a elevarme hacia las silenciosas alturas de mi memoria en aquellos años de estudiante cuando salíamos a combatir a la «porra» machadista en las calles y, luego, enamorábamos a las muchachas bajo la luz de las estrellas. Un tiempo verdaderamente prolongado, pero igual de hermoso y complejo, forjador de conciencias y paradigmas.

Uno de los acontecimientos que contribuyó decisivamente a mi formación como marxista y revolucionario —del cual vivo orgulloso— fue mi breve pero intensa participación en la guerra revolucionaria de España. El personaje central de este libro fue protagonista excelso de aquella contienda; hombre de leyenda, con apenas treinta y cinco años se jugó la vida, pluma en ristre, con la palabra y con la acción.

En Pablo resalta la nobleza humana, la fidelidad incólume de su pensamiento que fue, sobre todo, la inspiración de su vida, la felicidad de su pensar y su querer. Él fue una partícula de amor en la vida de la humanidad a la que supo entregarle corazón y mente, sacrificio y abnegación.

Deja tras sí no una huella sino un camino por el que debe marchar la juventud hacia el horizonte del mundo que continuamente crea la humanidad para conquistar, mantener y enaltecer la vida en este planeta.

El valor consciente y no la temeridad de Pablo por sus convicciones políticas hacía imposible suponer su muerte. Sólo un error en la táctica militar empleada por el cuerpo de tanques posibilitó que lo lanzase, aquel día de diciembre de 1936, al fuego de ráfaga de una ametralladora que le atravesó el inmenso pecho donde se cobijaba uno de los corazones más nobles de entre los revolucionarios cubanos de todos los tiempos.

No importa si, como dijo el poeta, sus huesos quedaron en la tierra de España, Pablo todavía anda guerreando.

Apéndices

Nota introductoria

Con el propósito de enriquecer desde el punto de vista testimonial y documental las diversas partes que integran este volumen incluimos apéndices donde aparecen un índice onomástico, fotos y otros documentos relacionados con Pablo de la Torriente Brau y los vínculos afectivos que a lo largo del tiempo han unido al autor de este libro, doctor José López Sánchez, con la familia Torriente Brau.

Si bien no existen fotos de la época que evidencien la amistad entre Pablo y López Sánchez, si aparecen numerosas referencias orales tanto en Cuba como en España que permiten acercarnos a la personalidad de Pablo a través del testimonio de uno de sus contemporáneos.

López Sánchez afirma haber perdido en un bombardeo en España, el documento que acreditaba la incorporación de Pablo al Partido Comunista Español. Él había llegado a España en 1937 y Pablo había caído en combate en Majadahonda, el 19 de diciembre de 1936; sin embargo quedan para la historia iconográfica de la participación cubana en la contienda civil española dos fotos, tomadas en distinta época —una de Pablo en la Embajada de Cuba en España; y otra de José López Sánchez y Nerina Luque, representantes del estudiantado cubano al Congreso Mundial de Estudiantes, que debía celebrarse en Valencia en 1937. Aparece, además, otro texto sobre Pablo publicado por el autor.

Como López Sánchez, en una suerte de homenaje, dedica el capítulo V a Pablo y al Che, hemos incluido una foto de extraordinario valor tomada por Víctor Casaus, director del Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*, en Altavilla, Argentina en el patio de la que fuera la casa del Che y su familia.

El lector podrá encontrar, entonces, en este libro no sólo el testimonio de su autor acerca de Pablo, sino también el contexto histórico de aquellos hermosos y convulsos años 30, del pasado siglo, en que estos hombres, jóvenes entonces, pelearon, sufrieron reveses pero, sobre todo, amaron la vida.

19 de marzo de 1974*

“Año del XV Aniversario”

Co. Zoe de la Torriente Brau,

Estimada Zoe:

En distintas ocasiones hemos hablado acerca de la presencia de Pablo en España y por este motivo es que te he contado, como me consta, que Pablo ingresó en el Partido Comunista de España poco tiempo después de su arribo a esas tierras como combatiente internacionalista.

En el mes de enero de 1938, regresé a Madrid en unión de otros compañeros, después de estar en Teruel, Cartagena y Albacete. Fuimos al Comité Distrital del Partido, en Madrid, y allí hablamos con el Co. Girón, uno de los dirigentes del Partido. En la conversación surgió la cuestión de la presencia de los cubanos en las diferentes unidades militares, y sin proponérselo, el giro de las palabras nos llevó al recuerdo de Pablo. Por él nos enteramos que Pablo había pedido su ingreso en el Partido Comunista y que había sido aceptado y que en el archivo se encontraba su solicitud, así como algunos recuerdos personales. Le pedimos nos permitiera ver la planilla y nos respondió que no había ningún inconveniente en ello. Cuando la tuvimos en nuestras manos, le dije: «Camarada Girón, esto es un documento muy valioso para los comunistas cubanos; yo sé que también es muy querido por los comunistas españoles, pero si valoramos justamente su importancia política, usted comprenderá lo que esto significa como arma de lucha ideológica en manos de nuestro Partido». El camarada secretario del Partido nos dijo que esto tenía que discutirse en el Comité y que dentro de unos días volviésemos a buscar la respuesta a nuestra petición. Y así fue, días después nos entregaron la planilla de ingreso de Pablo de la Torriente Brau, con una nota que decía: «Aprobado». Y además, recibimos su pluma estilográfica.

La planilla y la pluma las conservé hasta mi salida de España. El 31 de enero de 1938, por la noche, yo tomé el tren para Port-Bou, para seguir viaje a París. En la madrugada la aviación italiana bombardeó la línea del ferrocarril a la altura del Castillo de Figueras, por lo que hubo necesidad de abandonar el tren en que veníamos y trasladarnos para el que debía recogerlos en el otro extremo, donde comenzaba de nuevo la línea. Para ello debía recorrerse por tierra

aproximadamente unos dos kilómetros. Se nos pidió que ayudáramos a las mujeres que venían con sus hijos y gran cantidad de bultos, prometiéndonos llevar nuestro equipaje más tarde. Yo tenía dos maletas, una con libros, folletos, periódicos, papeles y las cosas de Pablo; en la otra, sólo efectos personales. Dejé la primera, que era muy pesada, y pedí que me la enviaran de nuevo a Barcelona, que yo llamaría al camarada Sbert para que me la mandaran a París.

Desde la embajada de España en París hablé con Sbert y le pedí que me enviaran la maleta, y él me dijo que se ocuparía de ello. Cuando salí de París, la maleta aún no había llegado, por lo que dejé una nota rogando que la mandaran al consulado en Nueva York, pero nunca la recibí. Por culpa del bombardeo, perdí lo de Pablo y también todos los periódicos y notas sobre mis actividades en España.

Yo puedo asegurar, que todo lo que le relato se ajusta enteramente a la verdad. Que Pablo de la Torriente Brau ingresó en el Partido Comunista de España poco tiempo después de su llegada y que cuando cayó en Majadahonda, combatiendo al enemigo fascista en las primeras líneas, era militante comunista. Esto explica el por qué de la participación del Partido en su entierro.

De esta carta, estimada Zoe, puedes hacer el uso que consideres más conveniente.

Revolucionariamente,
Dr. José López Sánchez

* Carta enviada a Zoe de la Torriente Brau por José López Sánchez en la que ofrece su testimonio acerca del ingreso de Pablo a las filas del Partido Comunista Español.

En el 60 aniversario de la muerte de Pablo de la Torriente Brau.*

Un día como hoy —hace 60 años— cayó en combate, en Majadahonda, en las cercanías de Madrid, Pablo de la Torriente Brau, quien fue a España porque, como les reiteró a sus amigos, que urgían de su presencia en Cuba «voy a España» «[...]Y como yo todo lo proyecto sobre Cuba, bien creo que algo he de sacar de experiencia». Él, como Raúl Roa, estaban convencidos que para librarse de una vez y por todas de los bribones a que alude Rubén usurpadores del poder en la república neocolonial, al amparo del gobierno de los Estados Unidos, sólo había un camino «darle la palabra al camarada Máuser» que en definitiva fue el que decidió la lucha del pueblo contra los tiranos y vasallos del imperialismo yanqui, en la epopeya de la Sierra Maestra, bajo la acertada dirección político-militar del Comandante Fidel Castro, cuya victoria plasmó de modo irreversible los sueños, las ansias y los anhelos perdurables y necesarios de la patria.

Pablo, a quienes sus contemporáneos llamaban «muchacho», era un hombre robusto, atlético, de pelo oscuro y ondeado, siempre rebelde ante el viento, frente dilatada, mentón altivo, además suelto, con mirada profunda y dulce. Compartió luchas e ideales con Rubén Martínez Villena y participó con ardor y decisión, con criterio marxista en las luchas estudiantiles junto a Raúl Roa en los años 30, hasta 1935, en el que la juventud escogió, el camino de la contienda y el sacrificio, en ocasiones hasta llegar a la inmólación, olvidándose de textos y clases, más aún de diversos sueños juveniles y con pensamientos en noches de vigilia, para sumergirse en la batalla riesgosa y feroz contra el terror desatado por Machado primero y Batista después.

* Discurso pronunciado por el Dr. José López Sánchez en nombre de los Brigadistas Cubanos participantes en la Guerra Civil Española en el acto de conmemoración, auspiciado por el Comité Central del Partido Comunista de Cuba, el 16 de diciembre de 1996.

Se necesitó mucho coraje, voluntad e inteligencia táctica para llegar hasta el derrocamiento, las incomprensiones, divisiones, sobre todo por abandono de ideales y ambiciones de poder, que

frustraron sus objetivos de modo tal que hizo exclamar a Roa «la Revolución del 30 se fue a bolina».

La obra de Pablo no puede reseñarse y menos aún describirse en tan poco tiempo, pero se ha divulgado lo suficiente para que cada uno memorice algunos de sus títulos publicados, entre los que se destacan como más impresionantes por su valía como testimonio, la divulgación de las luchas campesinas de Realengo 18 y la narración espeluznante de los crímenes del Presidio Modelo, expresión cabal de sevicia e insania de aquel régimen de oprobio del machadato, denuncia implacable de los 500 crímenes que se cometieron allí y cuya lectura estremece de horror, más que aquellas páginas de Henri Barbusse en *Los Verdugos* relatando lo que ocurría en las sombrías cárceles de los países balcánicos.

Yo, como otros, apreciamos más como fuente límpida de sus vivencias sus cartas, porque ellas eluden la versión pulida de lo que se escribe para publicar y conservar lo prístino de la expresión del pensamiento sin las rectificaciones que requiere darlo a la luz, y no excluye la exigencia de la edición de sus crónicas o artículos periodísticos, fuentes válidas para el estudio, comprensión y análisis de lo que califico como «tercer ciclo de guerras y revoluciones por la independencia de Cuba». El cuarto, conducido por Fidel Castro, es y será siempre el último, el definitivo.

Han pasado ya algunas décadas pero se sigue recordando con amor y gratitud a las Brigadas Internacionales, porque están insertas en lo más noble de nuestra historia y la de otros países y «en el corazón del pueblo español», como dijo Pasionaria. Pablo fue un revolucionario íntegro que se incorporó a la guerra por la República y contra el fascismo en España no como una aventura, sino por la firmeza de sus convicciones; rehusó hacerlo como escritor incorporándose como combatiente y comisario en los días precisamente más críticos, imprescindibles para mantener la guerra de resistencia e impedir a toda costa la caída de Madrid ante las hordas moras. Él no podía contemplar el crimen en calma; mas supo y pudo cambiar la pluma por el fusil, porque era la tarea que urgía.

Así en la ofensiva contra los invasores con el rifle en mano y a la voz de ¡Adelante camaradas!, cayó como dice Roa «como había soñado, en una vigilia febril, combatiendo por la libertad del mundo». Su cadáver, como el del general Antonio Maceo, fue rescatado como reliquia sagrada y se le dio sepultura honrosa. Así ese otro gran jefe militar cubano —el más modesto de los brigadistas— Policarpo Candón organizó su búsqueda y lo halló, con una honorable «gota de sangre en su sonrisa».

Su entierro fue como él alguna vez lo vislumbró: rodeado de combatientes con sus fusiles, sin llantos ni flores y los camaradas con el ceño adusto y los párpados para impedir la traicionera lágrima. La trompeta de Julio Cuevas llamó a silencio y luego se dejaron oír las notas del Himno de la Patria y las salvas de honor, hendiendo el espacio, y todo bajo un cielo enlutado y oscurecido.

Cuando uno habla de Pablo no puede dejar de recordar a los contemporáneos de su etapa juvenil: Rubén, Gabriel, Tony Guiteras, Raúl Roa, los más preclaros y límpidos y también porque Pablo simboliza a todos los brigadistas internacionales cubanos que murieron o pudieron sobrevivir y que fueron como voluntarios de la libertad a otras tierras a cumplir el deber revolucionario de cooperar con la justicia y defender el derecho de los pueblos, porque para ellos como para nosotros hoy, el concepto de Patria es universal.

GLORIA A LOS HÉROES DE LA PATRIA
SOCIALISMO O MUERTE
VENCEREMOS

*España en el imaginario combativo del Che**

He leído varias biografías del Che pero no recordaba este pasaje que les voy a contar. En visita a Altagracia, Argentina, me encontré que se ha hecho un museo de la infancia del Che, organizado por las propias autoridades de esa localidad. Se ha reconstruido la casa donde vivió la familia, tienen algunos materiales de la época y se han traído otros para ambientarla; han reconstruido la casa más o menos como era en aquellos momentos y en el patio hay una trinchera rústica y la guía explicó que era una réplica recordando a una de las que había hecho el Che para jugar a la guerra de España. La trinchera está ambientada como una de las que se hicieron cuando la Guerra Civil Española. En ese momento pensé en el empate lindo y simbólico, si uno quiere de ese momento, la presencia de la Guerra Civil Española era importante ya en el imaginario combativo de lo que sería, luego, el imaginario combativo real del Che. La Guerra Civil Española fue importantísima para esa generación.

Hemos escuchado en el Coloquio y, también en entrevistas que hemos hecho en otras ocasiones, en testimonios como el de Fernández Retamar —por hablar de un escritor cubano de esa generación— cómo en su casa, por ejemplo, se hablaba de la guerra como un hecho que estuviera ocurriendo aquí en Cuba. La cercanía de ese hecho desde el punto de vista anímico, afectivo, amoroso, digamos, de nuestro pueblo por ese hecho fue verdaderamente emocionante.

Eusebio Leal, por otra parte, recordaba lo lindo que era que todavía no habían pasado cuarenta años de que España fuera la potencia dominante en nuestro país, con una guerra cruenta de treinta años, y sin embargo este pueblo cubano, el mismo que estuvo sometido al poder colonial español, iba con cientos de hombres a luchar a ese país por la democracia, por la república y por la liberación de España.

Qué cosas más hermosas se relacionan. Por un lado, escuchar la ponencia de José López Sánchez, uno de los miembros de Honor de este encuentro, en el que está Ruth de la Torriente Brau, hermana de Pablo, y otros amigos de Pablo que aún viven entre nosotros, aunque algunos no pudieron asistir, por problemas de salud, como son los casos del propio López Sánchez y de Salvador Vilaseca.**

De manera que José López Sánchez tiene además del mérito afectivo y hermoso de haber conocido a Pablo —que le envidiamos, por supuesto— el de ser el hombre que traía los documentos de Pablo para Cuba. Él fue inmediatamente después de la muerte de Pablo para España, en una tarea del partido y de los jóvenes comunistas cubanos. Estuvo en Madrid y otros lugares de España y los documentos que traía se le perdieron cuando salía de Madrid. Entre ellos estaban los documentos que atestiguan que Pablo perteneció al Partido Comunista Español. Lo que tenemos para validar esa certeza es una carta de López Sánchez dirigida a Zoe y Ruth sobre esos hechos. Por desgracia en los archivos de la guerra no se conservan copias u otros documentos que nos permitiría buscar otras evidencias.

Por todas estas razones nos alegra mucho que José López Sánchez con la edad tremenda de más de 90 años, esté terminando un texto sobre Pablo al que pertenece este capítulo del Che. Nos parece muy hermoso que se mantenga, igual que el pintor Julio Girona,** que Ruth de la Torriente, entregando en los documentales y en los libros, la memoria de su época y sobre todo la memoria de Pablo. Muchas gracias.

* Palabras de Víctor Casaus al concluir exposición de la ponencia de José López Sánchez en el Coloquio *Cien años de Pablo*, celebrado en diciembre de 2001 en el Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*.

** Fallecido en enero de 2003, el eminente profesor universitario e integrante del Directorio Estudiantil Revolucionario (DEU), compartió con Pablo avatares políticos en la década de los años 30 del siglo XX.

*** Uno de los más irreverentes y genuinos exponentes de la pintura abstracta en Cuba, dejó de existir el 24 de diciembre de 2002. Conoció a Pablo, a Roa y a otros intelectuales de la generación del 30.

Índice onomástico

La inexistencia de un diccionario biográfico cubano actualizado nos lleva a la necesidad de incluir, en el caso de este libro, un breve índice onomástico que facilite acercarse a la época, a los hechos, pero, sobre todo, a las personas que el autor cita con familiaridad y que no son conocidas por la generalidad de los lectores.

Aldereguía Lima, Gustavo (1895-1970). Médico y amigo de Pablo. Estuvo vinculado al movimiento de reforma universitaria. Perteneció a ORCA y sucedió a Pablo como Secretario General. Participó en la Conferencia de Miami para establecer un Frente Único antibatistiano. Redactó el prólogo a la edición de *Realengo 18 y Mella, Rubén y Machado*, de 1962.

Álvarez del Bayo, Julio (1885-1975). Doctor en derecho, periodista y político español. Militante del Partido Socialista Obrero Español (PSOE). En octubre de 1936 fue nombrado comisario general del Ejército, formó parte del Consejo Superior de Guerra. En el exilio se radicalizó cada vez más y fue presidente del Movimiento Internacional Antifascista y periodista en el continente americano. Publicó *La nueva Rusia* (1926), *The Freedom's Battle* (1940), *The Last Optimist* (1950) y *¡China vence!* (1964).

Aparicio, Antonio (1912-2000). Poeta, narrador y crítico literario. De ideales republicanos, participó en la Guerra Civil Española. Al finalizar la contienda se radicó en Venezuela. Colaborador de *El Nacional* de Caracas. Publicó *Fábula del pez y la estrella* (1942) y *Cuando Europa moría* (1948).

Aponte, Carlos (1900-1935). Revolucionario venezolano. Llegó exiliado a La Habana en 1924. Se une a la lucha contra Machado y conoce a Julio A. Mella y a Rubén Martínez Villena. Se vincula a Joven Cuba y a Antonio Guiteras y cae junto a éste en El Morrillo en mayo de 1935. Fue uno de los héroes preferidos de Pablo, quien lo entrevistó varias veces con el propósito de hacer un libro de memorias.

Armas, Rodolfo de (1912-1937). Destacado combatiente revolucionario. Activo participante en la *tángana* del 30 de septiembre de 1930. Miembro del DEU; firmante del manifiesto-programa del AIE. Tras la caída de Machado, integra el ejército Pro Ley y Justicia. Se vincula a Antonio Guiteras y milita en TNT y Joven Cuba. Como exiliado en los Estados Unidos trabaja en el Club *Julio A. Mella*. Marcha a España al frente de la Centuria Guiteras; alcanza el grado de teniente coronel del Ejército Republicano Español. Con apenas 25 años cae combatiendo en el frente de Jarama.

Barceló Gomila, Gabriel (1907-1934). Miembro del Directorio Estudiantil de 1927. Expulsado de la Universidad. Fundador del Ala Izquierda Estudiantil. Estuvo preso con Pablo en el castillo del Príncipe y en el Presidio Modelo, donde tradujo -junto a Pablo- el *Manual de materialismo histórico* de Nicolás Bujarin. Entre los proyectos que Pablo no pudo realizar estaba la biografía de Barceló.

Batista Zaldívar, Fulgencio (1901-1973). Sargento mayor, taquígrafo del ejército. Integró la conspiración de los sargentos que dio el golpe de Estado (4 de septiembre 1933). Junto al embajador norteamericano en Cuba, preparó otro golpe de Estado (15 de enero 1934). Tanto desde el Ejército como desde el Gobierno promovió el crimen y el robo. Estando Pablo en el exilio en Nueva York (1935) escribió «Este es Fulgencio Batista...» artículo en el que al caracterizarlo señala: «Pero el Coronel Batista [...] muestra poseer eminentes virtudes maquiavélicas.»

Borges Carreras, José Elías (1903-1934). Doctor en Medicina. Miembro de los Manicatos. Expulsado de la Universidad en 1927. Va a Francia con la intención de continuar sus estudios de medicina; de allí es expulsado por gestiones de Ramón Vasconcelos con el gobierno de Machado; marcha a Bélgica donde, finalmente, consigue graduarse. Regresa a La Habana y participa en las asambleas depuradoras. Amigo de Pablo desde su infancia. Muere asesinado durante la huelga médica de 1934.

- Busch Rodríguez, Luis María** (1853-1926). Destacado pedagogo, masón y patriota santiaguero. Con apenas 20 años se vincula a actividades conspirativas contra la colonia española. Hasta la intervención norteamericana dirige varios colegios, en los que promueve el progreso y las libertades escolares; entre ellos el *Juan Bautista Sagarra*, en el que pone en práctica numerosas innovaciones pedagógicas, entre ellas, la tradición matutina escolar de entonar las notas del Himno Nacional.
- Bujarin, Nicolás** (1888-1938). Economista y político ruso. Teórico marxista. Bolchevique y compañero de Lenin. Dirigente de la Internacional Comunista. Director del diario *Pravda*.
- Caffery, Jefferson** (1886-1974). Diplomático norteamericano. Sucesor de Wells en el cargo de embajador de los Estados Unidos en Cuba (1933). Cómplice de la gran represión de 1935, luego de la huelga general de ese año.
- Candón, Policarpo** (1905-1938). Destacado combatiente y militar. Nació en Cádiz, España. A los tres años se traslada con su familia a Cuba. Participa activamente en las luchas populares contra el régimen de Machado. En busca de mejores condiciones económicas pero sin dejar de conspirar contra la tiranía, emigra a los Estados Unidos. Allí friega platos y es auxiliar de mecánico en la compañía Ford. Participa en la frustrada expedición de Gibara. Sufre cárcel. Regresa a España dos meses y medio antes del movimiento faccioso y de inmediato se incorpora al ejército de la República. Combate en diferentes frentes (Madrid, Jarama, Guadalajara y Brunete). Obtiene el grado de comandante. Conocida la noticia de la desaparición del comisario Pablo, organiza una patrulla para rescatar el cadáver de su amigo.
- Cuevas Díaz, Julio** (1896-1975). Músico y compositor cubano. Fue director de la banda municipal de Trinidad. Es autor de piezas que alcanzaron gran popularidad como «Golpe de bibijagua» y «Tingo Talango», entre otras. Al estallar la sublevación fascista se encuentra en España en labor artística. Desde los primeros momentos se integra a las milicias populares y meses después se convierte en director de la banda de música de la 46 División. Conoció a Pablo y entonó las notas del Himno Nacional de Cuba en los momentos de su entierro en el cementerio de Chamartín de la Rosa, en Madrid, cuando se le rindieron los honores póstumos.
- Chibás, Eduardo R.** (1907-1951). Abogado y político cubano. Forma parte de la protesta estudiantil por la libertad de Julio A. Mella. Integra el DEU de 1927. En diciembre de ese año es expulsado de la Escuela de Derecho al protestar contra la prórroga de poderes de Machado. Forzado a marchar al exilio, llega a Nueva York donde en unión de otros compañeros, forma la Unión Cívica de Exilados Cubanos. Fundador del Partido del Pueblo Cubano, Ortodoxo. Muere en 1951.
- Díaz Ramos, José** (1895-1942). Político español. Nacido en Sevilla, desde muy joven trabajó como panadero y militó en las filas de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). En 1927 ingresó en el Partido Comunista de España (PCE) y de 1932 a 1938 fue secretario general Comité Central del PCE. Al producirse el triunfo del Frente Popular fue elegido diputado y miembro permanente del Parlamento. Durante la Guerra Civil ejerció una notoria influencia en la zona republicana sin ocupar cargo alguno en el gobierno, mostrándose partidario de la alianza con las fuerzas democráticas. A finales de 1938, poco antes de que acabara la guerra, se trasladó a la antigua URSS, gravemente enfermo, aunque siguió trabajando como miembro del *Komintern*.
- Dos Passos, John** (1896-1970). Escritor estadounidense representativo de la «generación perdida», cuyas novelas, de fondo amargo y carácter impresionista, atacan la hipocresía y el materialismo de los Estados Unidos entre las dos guerras mundiales. En su novela *Manhattan Transfer*, sencilla, directa y con un fondo crítico y social, se observa una visión abarcadora de la cultura. Según refieren numerosos testimonios, Dos Passos conoció la crónica de Pablo «Polémica con el enemigo» y tenía la intención de llevarla a la pantalla del cinematógrafo.
- Fernández de Castro, José Antonio** (1897-1951). Ensayista, periodista y diplomático. Fue jefe del *Suplemento Literario Dominical* del *Diario de la Marina*. En varias ocasiones fue

encarcelado por enfrentarse al régimen de Machado. Amigo y fiel colaborador de Pablo, a quien este le encomendó las gestiones para publicar su libro *Presidio Modelo*.

Fernández Sánchez, Leonardo (1906-1965). Amigo de Julio Antonio Mella desde 1933. Uno de los fundadores del Partido Comunista de 1925. Vivió exiliado en Nueva York y fue el alma del Club *Mella*. Conoció a Pablo y mantuvo estrechos vínculos con él durante 1935 y 1936. Participó, junto a Juan Marinello, Nicolás Guillén, Félix Pita Rodríguez y Alejo Carpentier en el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, celebrado en Valencia, en julio de 1937.

Ferrara Marino, Orestes (1876-1972). Abogado y diplomático italiano. Se incorporó a la Guerra de Independencia de Cuba en 1895. Peleó con el general Máximo Gómez. Fue embajador en los Estados Unidos y Secretario de Estado durante la tiranía de Machado. Pablo escribe desde Nueva York el enjundioso e irónico folleto, *Los títeres de Ferrara*, donde denuncia las argucias y traquimañas políticas urdidas por este personaje para sostener a toda costa, aún sin Machado en el poder, el régimen machadista.

Freeman, Joseph (1897-1965). Intelectual comunista; coautor con Scott Nearing de *La diplomacia del dólar* (1925); y fundador y coeditor, con Mike Gold, de la revista *New Masses* de la que Pablo fue corresponsal en España. En el exilio neoyorquino Pablo le solicita la publicación de algunos de los capítulos de *Presidio Modelo*.

Galán, Francisco (Paco) (?-?). Teniente retirado de la Guardia Civil y militante del Partido Comunista Español. Se incorporó a la defensa de la República Española, desde los primeros momentos del levantamiento fascista el 18 de julio de 1936. Se destacó por su extraordinaria capacidad como jefe de las primeras fuerzas milicianas en la Sierra de Guadarrama, donde Pablo le conoció.

García Lorca, Federico (1898-1936). Poeta y dramaturgo español. Fue director del teatro universitario «La Barraca», conferenciante y compositor de canciones. Sus posiciones antifascistas y su fama le convirtieron en una víctima fatal de la Guerra Civil Española, en Granada, donde le fusilaron. Publicó *Romancero gitano* (1928), *Poeta en Nueva York* (1940) y *Tierra y Luna*, aparecido póstumamente. Entre sus obras como dramaturgo se destacan *Bodas de sangre*, *Yerma* y *La casa de Bernarda Alba*.

Gómez Arias, Miguel Mariano (1858-1950). Político y Alcalde de La Habana en la primera etapa del machadato. Figura indecisa y controvertida. Recibió el apoyo de S. Welles para su elección como presidente en 1936, cargo que asumió el 20 de mayo. Intentó infructuosamente una imagen pública de legitimación de los poderes civiles pero fue destituido de su cargo por órdenes de Batista. Durante la década de 1940 continuó haciendo política.

González, Valentín (El Campesino) (1909-1983). Militar y político español. Afiliado al Partido Comunista de España (PCE), al estallar la Guerra Civil en 1936 se alistó en el 5to Regimiento y obtuvo el grado de teniente coronel, distinguiéndose en las batallas de Brunete, Belchite y Teruel. Uno de los jefes de las tropas republicanas que desde los primeros momentos se enfrenta al levantamiento franquista. Minero de Extremadura, fue una de las figuras atrayentes de la guerra a la que Pablo dedicó una de sus crónicas: «Campesino y sus hombres».

González Carbajal, Ladislao (1912-?). Doctor en Ciencias Políticas y diplomático. Fundador del Ala Izquierda Estudiantil. Ingresó al Partido Comunista en 1926. Amigo de Pablo. Figura destacada el movimiento estudiantil de su tiempo.

Grau San Martín, Ramón (1889-1969). Médico y catedrático de la Universidad de La Habana. Se asoció a la política antimachadista a través de sus relaciones con integrantes del Directorio Estudiantil Universitario de 1930 (DEU). Integró la Pentarquía, gobierno instaurado por el golpe de Estado del 4 de septiembre; del 10 de ese mismo mes al 15 de enero de 1934 ejerció como Presidente de la República. Desde la fundación del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) -febrero 1934- se convirtió en su cacique. Fue

presidente de la República (1944-1948). Se mantuvo activo en la politiquería hasta enero de 1959.

- Guevara de la Serna, Ernesto** (1928-1967). Revolucionario y líder político latinoamericano. Nació en Rosario (Argentina) y obtuvo el Doctorado en Medicina por la Universidad de Buenos Aires en 1953. En 1954 marchó a México, donde se unió al Movimiento *26 de Julio*, liderado por Fidel Castro. Tras el triunfo de la Revolución Cubana, fue nombrado ministro de Industria (1961-1965). Escribió *Relatos de la guerra revolucionaria en Cuba* (1961) y *Diario de campaña en Bolivia* (1968).
- Guillot, Manuel** (1906-1982). Miembro del Directorio Estudiantil de 1927. Fue uno de los expulsados de la Universidad de La Habana. Perteneció al ala Izquierda Estudiantil. Amigo de Pablo, compartieron prisión en La Habana e Isla de Pinos.
- Guiteras Holmes, Antonio** (1906-1935). Político e intelectual cubano. Miembro del Directorio Estudiantil de 1927. Secretario de Gobernación del Gabinete de Ramón Grau San Martín. Desde el golpe de Estado de septiembre de 1933 se enfrentó a Batista. Fundó la Joven Cuba. Murió en El Morrillo junto a Carlos Aponte en 1935. Fue uno de los líderes revolucionarios más admirado por Pablo, a quien dedicó la crónica «Hombres de la Revolución.»
- Hemingway, Ernest** (1899-1961). Novelista estadounidense. Su vida y su obra ejercieron una gran influencia en los escritores norteamericanos de la época. Muchos de sus libros están considerados como clásicos de la literatura en lengua inglesa. Fue a España, durante la Guerra Civil, como corresponsal de guerra. Vivió durante algunos años en Cuba. Obtuvo el Nobel de Literatura con su libro *El viejo y el mar*.
- Hughes, James Langston** (1902-1967). Escritor estadounidense. Durante la Guerra Civil Española fue corresponsal en Madrid de una revista de Baltimore. Escribió las novelas *Nada sin risas* (1930), *Tambores de gloria* (1958), *El inmenso mar* (1940), de carácter autobiográfico, y *Me asombran mis desvaríos* (1957). Conoció a Pablo y estaba interesado en publicar algunos de sus cuentos.
- Icaza Coronel, Jorge** (1906-1978). Escritor ecuatoriano. Representante de la novela indigenista. Fue actor teatral y dramaturgo. Su novela, *Huasipungo* constituyó una salvaje crítica a la actitud de los terratenientes respecto de los indígenas. Publicó también: *En las calles* y *El chulla Romero y Flores*. Ocupó numerosos cargos diplomáticos; fue embajador en la Unión Soviética, Polonia y la República Democrática Alemana.
- Laurent, Emilio** (1902-1946). Oficial del ejército opuesto a la prórroga de poderes machadista. Jefe de la expedición de Gibara (1931). En la cárcel hizo amistad con Pablo; se enfrentó a Batista y se afilió al Partido Auténtico. En 1939 fue electo a la Asamblea Constituyente y e integró el Partido Agrario Nacional.
- Líster, Enrique** (1907-1994). Militar y político español. Emigró a Cuba a los 11 años y a su regreso a España (1929) se afilió al Partido Comunista de España (PCE), después de haber militado en la organización homónima cubana. Al estallar la Guerra Civil en 1936 se le encomendó el mando del 5to Regimiento, uno de los cuerpos más conocidos del ejército republicano. Participó en las batallas de Brunete y Ebro. En marzo de 1939, poco antes de acabar la guerra, fue ascendido a coronel. Al finalizar la contienda se exilió en la antigua URSS, donde ascendió a general y combatió durante la Segunda Guerra Mundial contra las tropas alemanas.
- Machado Morales, Gerardo** (1873-1939). Presidente en la República de Cuba entre 1925-1933. Llega al poder en 1925 y tras una reforma de la Constitución que reforzó el ejecutivo, se hizo cada vez más dictatorial, consolidando su situación mediante la persecución a la oposición. Pasó a la historia de Cuba como «el asno con garras» así calificado por Martínez Villena. Bajo su gobierno se produjeron los más abyectos crímenes y violaciones.
- Malraux, André** (1901-1976). Novelista, arqueólogo, teórico del arte, activista político y funcionario público francés. Entre sus más famosas novelas se encuentran: *Los conquistadores*, *La vía real* y *La condición humana*. Fue una de las personalidades más combativas de la cultura antifascista europea, señaló que la guerra de España era en defensa

de la cultura, y todo intelectual debería colocarse automáticamente al lado de los republicanos. Participó en la Guerra Civil Española como miembro de las brigadas internacionales, experiencia en que se basa *La Esperanza*. Durante la II Guerra Mundial estuvo en los campos de concentración alemanes.

Mañach, Jorge (1898-1961). Escritor periodista y ensayista histórico cubano. *La nación y su formación histórica* Fundador de la organización antimachadista ABC. Secretario de Educación en el gobierno de Mendieta (1934). Pablo lo entrevistó para las páginas de *Ahora*.

Marinello Vidaurreta, Juan (1898-1977). Ensayista, poeta y político. Fue el único profesor universitario que participa al lado de los estudiantes en la histórica *tángana* del 30 de septiembre de 1930. Conoce a Pablo en el presidio. Luego de 1933 integra las filas del Partido Comunista. Participa, junto a otros escritores cubanos, en el Primer Congreso de Escritores Antifascistas, celebrado en Valencia, España, en 1937. Escribió y publicó el artículo «Pablo de la Torriente, héroe de Cuba y de España.»

Mateo Merino, Pedro (1912-2001). Militar español. Desde muy joven ingresa en las filas republicanas y comunistas; actúa en el movimiento estudiantil (FUE y FUHA). Sufre persecuciones y encarcelamientos en Madrid, Zaragoza y Barcelona. En defensa de la República, combate en Somosierra, Madrid, Brunete, Teruel, Lérida y el Ebro. Recorre toda la gama de cargos y empleos militares desde miliciano hasta teniente coronel. Luego de la derrota de la República se exilia en la antigua URSS, donde se gradúa de economista. Participa en la defensa de Moscú. Recorre Yugoslavia, Praga, Polonia y Cuba donde ejerce como técnico en las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

Martí y Pérez, José (1853-1895). Poeta, escritor, abogado y político. Sus actividades revolucionarias le valieron la prisión y el destierro. Visitó numerosos países latinoamericanos en los que realizó una fecunda labor como periodista y diplomático. En 1892 funda en Nueva York el Partido Revolucionario Cubano para darle cohesión a todas las fuerzas cubanas en la emigración y preparar la guerra necesaria. Como poeta fue uno de los iniciadores del modernismo. Fue un creador prolijo e incesante; cultivó el género epistolar, la crónica, la novela, el teatro y el ensayo. Dedicó parte de su producción literaria a los niños de América y para ellos creó la revista ilustrada *La Edad de Oro*; en sus páginas aprendió a leer Pablo.

Martínez Márquez, Guillermo (1900-?). Periodista. Director de *Ahora* (1933-1935), amigo y colaborador de Pablo durante su fructífera etapa de cronista en ese diario (1934-1935). Escribió «Semblanza de Pablo», reseña que aparece en *Pluma en ristre* (1949).

Martínez Villena, Rubén (1899-1934). Poeta, abogado y periodista. Amigo de Pablo. En 1923, con *La Protesta de los Trece*, crea el ambiente político propicio para ampliar la lucha revolucionaria contra los gobiernos de Alfredo Zayas y Gerardo Machado. Líder de los comunistas y del movimiento obrero cubano prepara la huelga de marzo de 1930. Enferma de tuberculosis y parte hacia la Unión Soviética. En 1933, casi al borde la muerte, participa en las manifestaciones que dan al traste con el gobierno de Machado. Fue muy admirado por Pablo quien escribió varios artículos sobre Villena. Se conoce un poema de Rubén dedicado a Pablo: «Mensaje prenupcial anticatólico.»

Maydagán Hernández, Francisco (1909-?). Escultor cubano. Integra el AIE. Por sus actividades políticas es encarcelado en varias ocasiones. Al ocurrir el alzamiento fascista contra la República Española se encuentra en Madrid como exiliado político y de inmediato toma las armas en defensa del Frente Popular. Conoció a Pablo en el frente de Madrid.

Mazas Garbayo, Gonzalo (1904-1978). Médico y escritor cubano. En 1930 publicó *Batey*, junto con Pablo de la Torriente, libro que recoge cuentos de ambos. Colaboró en *El País*, *Excelsior*, *Diario de la Marina* y *Carteles*.

Mella, Julio Antonio (1903-1929). Líder del estudiantado cubano, desde 1921 se vincula a las actividades de protesta. En 1922 funda la Federación Estudiantil Universitaria. Dirige las acciones por la reforma de la Universidad en 1923; en noviembre de ese mismo año inaugura la Universidad Popular *José Martí*. Fue uno de los fundadores del Partido Comunista(1925).

Desarrolla diversas acciones que lo vinculan al movimiento obrero. Encarcelado por Machado, se declara en huelga de hambre. En 1926 tiene que exiliarse en México y allí se vincula al movimiento revolucionario continental e internacional. Crea la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos (1928). En enero de 1929 es asesinado por el gobierno de Machado. Fue director y redactor de *Juventud* (1923-25) y colaborador de los periódicos *Cuba Libre*, *El Libertador*, *Tren Blindado*, *El Machete* y *Boletín del Torcedor*. Para Pablo fue un paradigma de revolucionario.

Menéndez Pidal, Ramón (1869-1968). Filólogo e historiador español y creador de la escuela filológica española. Estudio la lengua y literatura medievales y presidió la Real Academia de 1925 a 1939 y de 1947 a 1968. Una de las más altas figuras de la intelectualidad española en los años treinta. Pablo lo entrevistó en septiembre de 1936.

Mendieta Montefur, Carlos (1872-1951). Médico y coronel del Ejército Libertador. En 1924 le disputó la candidatura presidencial a Machado. Presidente del gobierno provisional de 1934. Fue cómplice de la gran represión de 1935 luego de la huelga general de ese año.

Montenegro, Carlos (1900-1991). Narrador cubano. Escribió importantes libros de testimonio sobre la situación de los hombres en las cárceles. Amigo y compañero de Pablo. Escribió «Pablo de la Torriente Brau», artículo publicado en *Mediodía* (1937).

Nicolau, Ramón (1905-1981). Dirigente comunista cubano. Destacado por su participación en las luchas obreras desde la década del 20 del pasado siglo. Se le responsabiliza con la Secretaría de Organización del Comité Central del Partido Comunista y actúa en la preparación de la huelga general revolucionaria de agosto de 1933. Desempeña la asesoría política y militar en las luchas agrarias del Realengo 18 entre 1934 y 1935. Durante ese tiempo traba amistad con Pablo. Su conocimiento de las luchas realenguistas y de los principales líderes campesinos fue de inestimable valor para el trabajo de investigación realizado por Pablo en las lomas del oriente cubano.

Pedraza, José Eleuterio (?). Miembro del movimiento conspirativo de los sargentos del 4 de septiembre de 1933. Batista lo nombró Gobernador General de La Habana, para que ejecutara la gran masacre de la huelga de marzo de 1935. A fines de 1939 Batista le entrega la jefatura del ejército. De 1952 a 1959 vuelve estar junto a Batista protagonizando innumerables crímenes.

Pendás, Porfirio (El Guajiro) (?). Miembro del Ala Izquierda Estudiantil. Se adhirió a Joven Cuba (1935-1936) en México. Con posterioridad fue senador de la República. Se fue de Cuba después de 1959.

Prío Socarrás, Carlos (1903-1977). Abogado y político cubano, presidente de la República (1948-1952). Fue dirigente del Directorio Estudiantil Universitario (DEU) que se opuso al presidente Gerardo Machado (1925-1931). En 1934 participó en la fundación del Partido Revolucionario Cubano (PRC). Su mandato como presidente de la República se caracterizó por la corrupción y las agitaciones sociales. Conoció a Pablo y escribió el prólogo del libro *Pluma en ristre*.

Reed, John (1887-1920). Periodista y dirigente obrero estadounidense. En 1913 comenzó a trabajar para el periódico radical *The Masses*. En 1911, como corresponsal de guerra del *Metropolitan Magazine*, llegó a México donde sus entrevistas y reportajes sobre la Revolución tuvieron un gran éxito. Durante su visita a Rusia, se hizo muy amigo de Lenin. Su obra más famosa *Diez días que estremecieron al mundo*, es un relato de primera mano sobre la revolución bolchevique. A su regreso a Estados Unidos fue expulsado del Congreso Socialista Nacional. El grupo disidente formó el Partido Comunista de Estados Unidos. Acusado de espionaje, escapó a la Unión Soviética, donde murió y fue enterrado en el *Kremlin*, junto con otros líderes bolcheviques. También se convirtió en un héroe en los círculos intelectuales radicales de Estados Unidos.

Roa García, Raúl (1907-1982). Doctor en Derecho, profesor universitario y diplomático. Miembro del Directorio Estudiantil Universitario de 1930 y fundador del Ala Izquierda Estudiantil. Entrañable amigo de Pablo con quien compartió prisión en el Castillo del

Príncipe, La Cabaña y el Presidio Modelo. A la caída de la tiranía machadista, fue miembro de la comisión depuradora universitaria. Activo dirigente de ORCA en el exilio neoyorquino, fue su representante en la conferencia del Frente Unico, celebrada en Miami en 1936. Director de Cultura del Ministerio de Educación (1948). Ensayos y artículos periodísticos y literarios suyos aparecen en numerosas publicaciones de Cuba y América Latina, algunos de ellos sobre la vida y obra de Torriente Brau. Representó a Cuba como embajador ante la OEA y fue ministro de Relaciones Exteriores.

Roca Calderío, Blas (1908-1987). Político cubano, nacido en Manzanillo. Participante activo en la huelga general que derrocó a Machado, dirigió en 1938, como secretario general, el Partido Comunista de Cuba. Tras el triunfo de enero de 1959 integra el nuevo secretariado del Partido Comunista; fue presidente de la Comisión de Estudios Constitucionales, vicepresidente del Consejo de Estado y presidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular en 1976 y 1977.

Rodríguez, Luis Felipe (1884-1947). Periodista, escritor y dramaturgo. En 1937 su novela *La conjura de la ciénaga* obtuvo el premio correspondiente a ese género en el concurso literario de la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación. Conoció a Pablo en la redacción del periódico *Ahora*, en donde ambos eran asiduos colaboradores.

Roosevelt, Franklin Delano (1882-1945). Político estadounidense, presidente de Estados Unidos (1933-1945). Se graduó en la Universidad de Harvard y en la Facultad de Derecho de la Universidad de Columbia. En 1907 comenzó a ejercer la abogacía en la ciudad de Nueva York. Conocido mundialmente por su programa *New Deal*.

Sánchez Menéndez, Alberto (1915-1937). Estudiante y revolucionario cubano. Con sólo 15 años se incorpora a las luchas estudiantiles contra Machado. Participa en la histórica *tángana* del 30 de septiembre de 1930. Es apresado en 1931 y recluido en el Castillo del Príncipe. Fue uno de los principales activistas de la huelga de marzo de 1935. Sobreviviente de los acontecimientos de El Morrillo, Matanzas, tiene que exiliarse y viaja por varios países centroamericanos hasta que Lázaro Cárdenas lo ampara en México. Se incorpora a la guerra de España. Allí ingresa en el Ejecutivo del Comité de Revolucionarios Antimperialistas Cubanos. Trabaja intensamente en el Socorro Rojo Internacional. Como soldado participa en riesgosas misiones en varios frentes de guerra. Por su arrojo y valentía obtiene el grado de Comandante. Muere heroicamente en la batalla de Brunete. Pablo lo conoció en el frente de Somosierra.

Sánchez Arango, Aureliano (1907-1976). Miembro del Directorio Estudiantil de 1927. Fue uno de los estudiantes expulsado de la Universidad de La Habana. Fundador del Ala Izquierda Estudiantil. Estuvo preso en el Castillo del Príncipe y en el Presidio Modelo. Amigo de Pablo de la Torriente.

Suárez Solís, Rafael (1881-1968). Español radicado en Cuba. Periodista y crítico literario, vinculado al movimiento antimachadista. Amigo de Torriente Brau, sobre quien escribió «Muerte arrebatada» (1967).

Tallet, José Zacarías (1893-1989). Poeta, traductor y periodista. Fue uno de los iniciadores de la poesía de tema negro y social en Cuba. Entrañable amigo de Pablo. Laboraron juntos en el periódico *Ahora*.

Torriente Loló, de la (1907-1983). Abogada, profesora universitaria y periodista. Combatió activamente contra la dictadura de Gerardo Machado. En 1935 visita Estados Unidos donde se encuentra con Pablo. Sufre prisión en Cuba, desde fines de 1935 hasta 1937. Ese mismo año se traslada a México donde se inicia como periodista en *El Nacional* y *El Popular*. Colaboró con numerosas publicaciones cubanas: *Carteles*, *Bohemia*, *Alerta*, *Prensa Libre*, entre otras. Es autora de diversos ensayos sobre literatura cubana e hispanoamericana, entre ellos *Torriente Brau: retrato de un hombre* (1968).

Valdés Daussá, Ramiro (1909-1946). Miembro del Directorio Estudiantil Universitario de 1930. Leyó en el Patio de los Laureles la proclama contra Summer Welles. Compartió cárceles y exilio con Pablo. Fue uno de sus más cercanos y fieles colaboradores. Fundó

Izquierda Revolucionaria. Fue asesinado por algunos bonchistas (gansterismo estudiantil) cuando impartía una clase. Pablo le envió una de las copias de su carta conocida como «Algebra y política».

Welles Summers, Benjamin (1892-?). Diplomático norteamericano. Permaneció en Cuba de mayo a diciembre de 1933. Propició la mediación con los opositores a Machado, su sustitución y la imposición de Carlos Manuel de Céspedes como presidente. Negoció con Fulgencio Batista y preparó el golpe de Estado de enero de 1934. Pablo y sus compañeros se opusieron a su política.

Testimonio gráfico



Pablo en el patio de la Embajada cubana en Madrid, junto a Ramón Menéndez Pidal, Gregorio Maraón y un funcionario diplomático, en los primeros días de su llegada a España.



En compañía de Nerina Luque y Leonor Pérez, quienes viajaron junto a López Sánchez como representantes del estudiantado cubano al Congreso Mundial de Estudiantes que se celebraría en Valencia en 1937.



Vista del patio de la casa del Che en Altavracia, Argentina, hoy convertida en Museo de la Infancia.



Vista de la trinchera rústica que recuerda a una de las que había construido el Che cuando niño en el patio de su casa en Altagracia para jugar a la guerra de España.

Síntesis biográfica del autor

José López Sánchez (La Habana, 1911). Médico, historiador y diplomático. Desde 1925 se incorpora a las actividades revolucionarias. Integra la Liga Juvenil Comunista y como delegado de la FEU y cuadro profesional del Partido Comunista de Cuba arriba a España para participar en el Congreso Mundial de Estudiantes que se celebraría en Valencia en 1938. Se desempeña como redactor del periódico *Al Ataque*, de la División 46 que dirige Valentín González, *El Campesino*, y cumple otras misiones como corresponsal de guerra en el frente de Teruel.

En 1959 ocupa el cargo de viceministro de Salud Pública y creador del Consejo Científico. En 1962 funda el Museo Histórico de las Ciencias, *Carlos J. Finlay*. Entre 1974 y 1989 cumple varias misiones diplomáticas en países de Asia y Europa. Como historiador de la ciencia tiene una amplia bibliografía entre la que destacan sus libros: *Vida y obra del médico habanero Tomás Romay y Chacón* y *Carlos J. Finlay y la verdad científica*. Es Premio Nacional de Ciencias Sociales 1999. Ostenta las órdenes Carlos J. Finlay, Ernesto Che Guevara, Internacionalista de Primer Grado y por la Cultura Cubana. Tiene más de 70 años de militancia comunista.

CONTENIDO

A modo de presentación. Idania Trujillo y Elizabet Rodríguez / vii

Prólogo. Víctor Casaus /

Palabras proemiales /

Capítulo I. El pequeño Torriente / 1

Capítulo II. Pasiones y vivencias / 11

Capítulo III. *Nueva York: siempre llovizna, siempre frío* / 47

Capítulo IV. *Donde palpitan hoy las ansias del mundo entero* / 73

Capítulo V. Pablo y Che: románticos de la revolución / 99

Epílogo / 105

Apéndices

Nota introductoria / 109

Carta a Zoe de la Torriente Brau / 110

Discurso en el 60 Aniversario de la muerte de Pablo / 112

España en el imaginario combativo del Che / 115

Índice onomástico / 117

Testimonio gráfico / 131

Síntesis biográfica del autor / 136